



---

DE LOS REYES

MANCERO

DON JAIME

EL  
VICU|STADOR

---

P06633

.16

R6

R. C.



U A N L



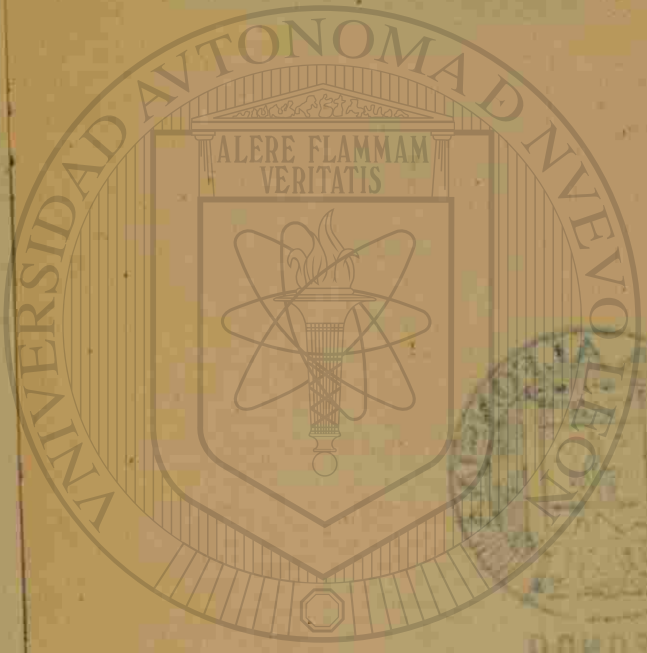
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRERIA GENERAL  
E. DEL MORA  
MÉXICO, D.F.

422



FONDO  
RICARDO GONZÁLEZ

*negro*

ROMANCERO

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32369



Blanca de los Ríos.

ROMANCERO

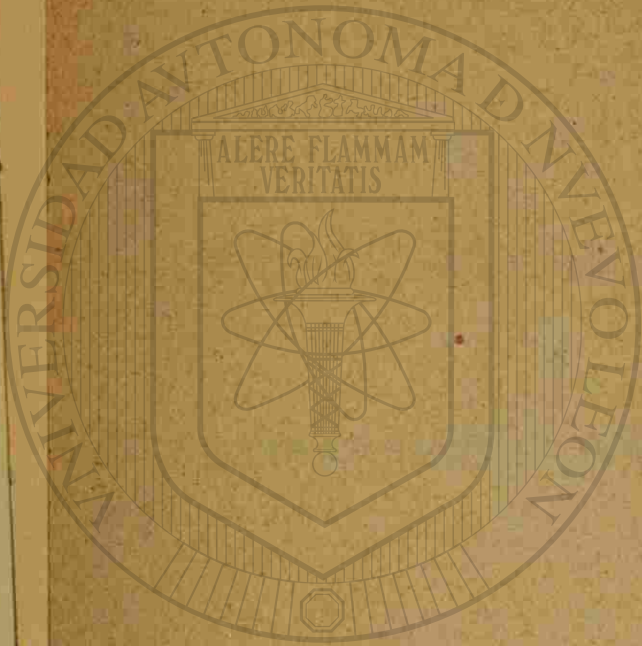
de

**DON JAIME**

EL CONQUISTADOR

ILUSTRACIONES DE D. VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

FOTOGRAFIADOS DE LAPORTE Y LAURENT



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

100261®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID  
IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7 bis.

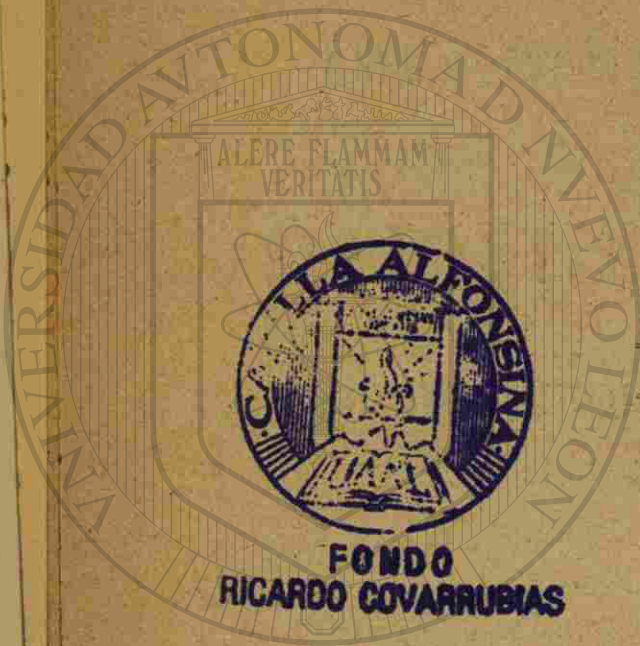
1891

861.  
R

PQ 6633

.I 6

R 6



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



## TRADICIÓN

OÑA María, la Santa,  
nació con nublada estrella;  
repudiada vió á su madre,  
tan infeliz como buena.

Los hijos de su madrastra  
le arrebataron la herencia;  
nególe el amor su padre,  
Dios le negó la belleza.

¡Desdichada fué de niña,  
desdichada de doncella;  
para aumentar su infortunio,  
sin duda, la hicieron Reina!

El de Aragón se casó  
con la dote, y no con ella.  
¿Por qué le dió la corona  
cuando el corazón le niega?



Don Pedro, *flor de los Reyes*  
y *espejo de gentileza*,  
*el católico y el noble*,  
*el valeroso*, el poeta,

por no ser de Reyes hija  
diz que á su esposa desdeña;  
pero los pueblos murmuran  
que por otro amor la deja.

¡Rey galante, mal escoges.,  
por vidrio cambias las perlas,  
lo propio por lo robado,  
la virtud por la belleza!

¡Ay, desde aquella mañana  
de florida primavera,  
en que en la santa capilla  
del Temple, de luces llena,

la unió con Pedro segundo  
la bendición de la Iglesia,  
tres años hace que sufre  
la infortunada Princesa!

Tres años que no sonríe  
ni sus tristes ojos seca;  
llorando pasa los días,  
llorando las noches vela;

mientras que el infiel esposo,  
sin cuidarse de sus penas,  
de una principal señora  
ronda, galante, las rejas.

Haciendo suya la causa  
de la infortunada Reina,  
de Montpellier los varones  
en secreto se congregan,

quejosos del rey don Pedro  
que á la de Guillén desprecia;  
que quien á su dueña ofende,  
tambien á la villa afrenta.

Quieren que Pedro á los brazos  
de su digna esposa vuelva,  
porque renueve sus bodas  
con Montpellier y con ella;

que arraigue en la Señoría  
de Aragón la estirpe regia,  
y el árbol de sus amores  
produzca flores eternas.

Los cónsules de la Villa,  
en secreta conferencia  
con su noble Soberana,  
algo muy grave conciertan.

Lo que de grado no pueden,  
por el engaño lo intentan.  
¡Ay, que para ser creída  
la verdad augusta mienta,

y que á veces, por sarcasmo,  
de la vida en la comedia,  
con el vestido del vicio  
se disfrace la inocencia!



**C**AUTELOSO, un pajecillo  
del Rey á las plantas llega;  
un pergamino doblado,  
que exhala oriental esencia,

pone en su mano, y, discreto,  
sale de la estancia regia:  
la faz de Pedro retrata  
de su emoción la violencia.

De su adorada señora  
es una cita secreta,  
y el Rey imprime al mensaje  
más besos que tiene letras.

La noche espera don Pedro,  
y con tanto afán la espera,  
que, ansioso, se bebería  
las horas de luz que quedan.

Tan de prisa van sus ansias,  
que hallan las horas eternas;  
acusa al sol de indiscreto,  
de torpes á las estrellas,

y en su demente delirio,  
teme que, por vez primera,  
falte la constante Noche  
á su cita con la Tierra.

Pero no faltó: el alcázar,  
del Rey por orden expresa,  
yace en sombras. ¡Las traiciones  
bien están en las tinieblas!

Súbito se alza el Monarca,  
la mano al pecho se lleva,  
leve murmullo se escucha,  
como de agua que se acerca;

y era, en verdad, una ola  
de encajes, de oro y de seda:  
entra velada una dama;  
loco el Rey, prorrumpe:

—¡Es ella!

Y asiéndola de una mano  
con ambas las suyas trémulas,  
la conduce ante una ojiva,  
que inunda la luna llena.

Bajo nubes del tocado  
soles de joyas flamean;  
álzase el velo la dama,  
y el Rey exclama:

—¡La Reina!

Y corrido, mudo, atónito,  
suspense, inmóvil se queda;  
mientras que en el fondo oscuro  
de la ancha cámara regia,

como por arte de encanto  
el grueso tapiz se pliega,



y en el hueco que descubre  
de Pedro al asombro muestra,

de nobles figuras hecho  
un grupo de tal grandeza,  
que es de un pueblo poderoso  
conjunto, cifra y emblema:

cónsules y ciudadanos,  
que á Montpellier representan;  
damas, caballeros, frailes,  
soldados, pajes, doncellas,

todos como al templo, vienen  
con blancas hachas de cera,  
todos ante el Rey se postran  
para alcanzar su clemencia:

perdón de su engaño piden  
y gracia para su Dueña.  
Ante su esposa que llora,  
y ante su pueblo que ruega,

conmovido Pedro el Noble:  
—¡Pues que lo quisisteis, se!—  
dice, y se arroja á los brazos  
de la enamorada Reina.



II

## JAIME

IOS bendijo la esperanza  
del pueblo de Montpellier,  
haciendo que floreciera  
la rama de los Guillén;

que de Pedro y de Maria  
nació un hijo de tal prez,  
que mientras exista el mundo  
se hablará en el mundo de él.

Jaime llamaron al Príncipe,  
del cielo por la merced,



que en la iglesia doce cirios  
mandó la Reina encender,

y el nombre de un Santo Apóstol  
dió á cada cirio su fe,  
del que más tiempo luciera  
queriendo el nombre escoger.

Once, á un tiempo consumidos,  
se extinguieron á la vez;  
y al cirio de Santiago  
se vió largo tiempo arder;

que el Santo Apóstol, que vela  
por el pueblo aragonés,  
quiso del recién nacido  
patrono y égida ser.

Mas ¡ay! ¡cuán breve la dicha  
de la triste Reina fué!  
Que le enturbiaron la fuente  
cuando tenía más sed;

le envenenaron el vaso  
cuando empezaba á beber;  
cuando de un amor de madre  
comenzó á gustar la miel,

sobre la dorada cuna,  
cifra de todo su bien,  
por mano artera lanzada  
vino una piedra á caer,

que del volcán de la envidia

lava delatora fué,  
que el cráter de las traiciones  
mostróle, abierto, á sus pies.

Los infantes de Aragón,  
los bastardos de Guillén,  
de sus locas ambiciones,  
de su culpable avidez,

vieron ante aquella cuna  
rodar la altiva Babel,  
y aborrecieron á Jaime  
por el crimen de nacer.

¡Si la traición no respeta  
ni el sueño de la niñez,  
más vale nacer mendigo  
que nacer hijo de Rey!

¡Ay, Provenza infortunada,  
quién te ha visto y quién te ve!  
SICART DE MARJEVOLS.

**I**BA el conde de Tolosa  
por Tolosa á contender,  
cuando se le alzó el condado  
contra el obispo Folquet.

Pide el Legado á Raimundo  
toda guerra suspender,  
tornando sus propias armas  
contra la rebelde grey.



Niégame el Conde, y armado  
con el rayo de la fe,  
Pedro Castelnau fulmina  
la excomunión contra él.

Conde y Legado altercaban,  
cada cual por su interés;  
increpó el Legado al Conde  
con soberano desdén,

y un paladín tolosano,  
soberbio como Luzbel,  
hirió al ministro del cielo,  
que cayó, muerto, á sus pies.

Cruje el rayo pontificio  
sobre Tolosa otra vez;  
Provenza provoca al Papa  
con sentencias de Ezequiel:

sangre, pide el *serventesio*;  
guerra, clama el Albigés;  
y acusados son de herejes  
Cominges, Foix y Beziers.

Arnaldo y Milón despliegan  
las banderas de la fe,  
y toman la cruz Monforte  
San Pol, Borgoña y Nevers;

arzobispos y prelados,  
nobles del suelo francés,  
llegan á la voz del Papa  
y del abad del Cister:

y juran el exterminio  
de Tolosa y de su grey,  
de Provenza y de su raza,  
que raza de herejes es.

Prisionero de Monforte  
murió Raimundo Roger;  
mares de sangre inundaron  
á Carcasona y Beziers:

y en tanto que Pedro el Noble  
lanzó el rayo de la ley  
contra herejes de la Marca,  
de Raimundo hermano fiel,

con las guerras de Provenza  
quiso acabar de una vez,  
creyendo del de Monforte  
saciar la avarienta sed;

y por virtud de un tratado,  
otorgóle, en Montpellier,  
la rica y huérfana herencia  
del vizconde de Beziers;

prometió casar á Jaime  
con la hija del francés,  
y entregó á Monforte el niño,  
de aquella promesa en fe.

Y dobladas vió sus penas  
doña María Guillén.  
¡Triste Reina, pobre madre,  
desventurada mujer!



Es hermana, y dura guerra  
le hacen los hijos de Inés;  
es esposa, ama á su esposo  
y es repudiada por él;

es madre, y de entre sus brazos  
le arranca implacable ley  
al hijo de sus entrañas,  
de su vida único bien;

Soberana, y sus vasallos  
la arrojan de Montpellier,  
cobrando en su patrimonio  
las deudas que dejó el Rey.

Vió sus bienes confiscados,  
vió sus castillos arder,  
su juventud condenada  
á prematura viudez;

y sin Estado, sin hijo,  
sin amores ni sostén,  
á llorar fué sus desdichas  
del Pontífice á los pies:

y allí, la suerte, con ella  
compasiva alguna vez,  
dióle un consuelo al morir  
y una tumba en que yacer.

CONDENADO el de Tolosa  
por el Concilio de Arlés  
á humillar su altiva frente  
ó sus bienes á perder;

y hallándose en el Concilio  
de Aragón el noble Rey,  
para su deudo Raimundo  
pidió á los Padres merced.

Pero al mirar rechazados  
su valimiento y poder,  
con los lauros de las Navas  
ceñida la augusta sién,

el Rey Católico y Noble,  
el defensor de la fe,  
jurando que á los cruzados  
hará la tierra morder,

planta el glorioso oriflama  
en los campos de Muret,  
y legiones de valientes  
se agrupan en torno de él.

Trovadores y magnates  
de Carasona y Beziers,  
de la Marca y la Aquitania,  
Provenza y el Albigés;



ed Aragón y Cataluña  
los guerreros de más prez,  
á lidiar van por Tolosa  
y el Monarca aragonés.

Tantas armas van cubriendo  
las llanuras de Muret,  
que cual ancho mar de plata  
se las ve resplandecer.

Jinete en *mil sueldos de oro*  
(quetal vale su corcel)  
da el gallardo rey don Pedro  
la señal de acometer.

El conde Simón recibe  
la bendición de Folquet,  
el trovador hecho obispo,  
que á Papa llegó después.

Se oyen trotar los bridones,  
los atabales tañer:  
de éste lado:—¡Aragón!—claman.—  
¡Tolosa!—gritan de aquél.

—¡Monfort, Monfort!—apellidan  
los soldados del francés;  
y ambas huestes se arremeten  
y se funden á la vez.

Traspasa el hierro la cota,  
la maza abolla el arnés,  
salta en pedazos la lanza  
y herido bota el corcel.

Por sustentar su divisa  
de triunfar ó perecer,  
de las enemigas huestes  
internándose á través,

el temerario don Pedro  
grita:—¡A mí, yo soy el Rey!—  
y súbito del caballo  
viéronle muerto caer.

Ya sin jefe, los guerreros  
se desbandan en tropel;  
y en las apiñadas huestes,  
que huyendo van por do quier,

del vencedor el acero  
se ceba duro y cruel,  
segando vidas, cual siegan  
las hoces compacta mies.

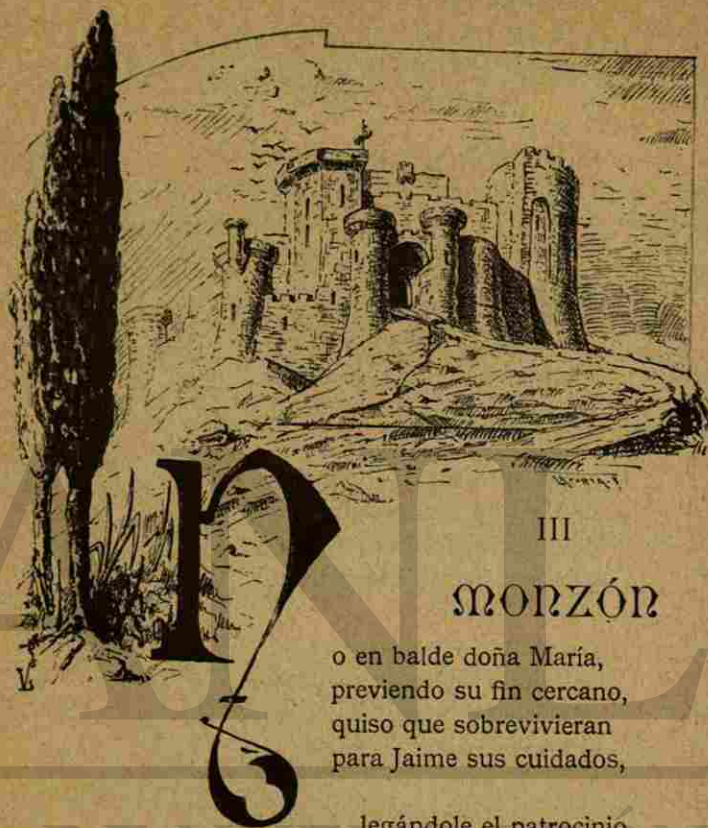
Los que del hierro se salvan,  
van al río á perecer;  
otros se arrancan la vida  
con soberana altivez.

La flor de los caballeros  
pereció en torno del Rey:  
¡Provenza y sus trovadores  
murieron allí con él!



**T**RISTE herencia fué la herencia  
del Monarca aragonés;  
un reino ardiendo en discordias,  
y para futuro Rey,

Jaime, de tan pocos años  
que apenas contaba seis,  
prisionero en Carcasona  
del vencedor de Muret.



III

## MONZÓN

o en balde doña María,  
previendo su fin cercano,  
quiso que sobrevivieran  
para Jaime sus cuidados,

legándole el patrocinio  
del Pontífice Romano:  
que es el amor de las madres  
flor que muere fecundando. ®

Ambos en un año solo  
huérfano al niño dejaron;  
el Rey le dejó en prisiones,  
la Reina le dejó amparo.



TRISTE herencia fué la herencia  
del Monarca aragonés;  
un reino ardiendo en discordias,  
y para futuro Rey,

Jaime, de tan pocos años  
que apenas contaba seis,  
prisionero en Carcasona  
del vencedor de Muret.



III

### MONZÓN

o en balde doña María,  
previendo su fin cercano,  
quiso que sobrevivieran  
para Jaime sus cuidados,

legándole el patrocinio  
del Pontífice Romano:  
que es el amor de las madres  
flor que muere fecundando.

Ambos en un año solo  
huérfano al niño dejaron;  
el Rey le dejó en prisiones,  
la Reina le dejó amparo.



A veces más que un ejército  
puede una gota de llanto,  
y el auxilio del Pontífice  
salvó á Jaime y á su Estado.

**M**IENTRAS destrozan el Reino  
parciales de don Fernando,  
y en las tierras de Monforte  
se ceban los de don Sancho,

Jimeno Cornel, Guillermo  
de Cervera y el prelado  
de Albarracín; Pedro Ahones  
y el maestro de Templarios,

solicitan y consiguen  
del Santo Padre un mandato  
para que Monfort devuelva  
el Príncipe á sus vasallos.

Ante el decreto del Papa  
dobló la frente el Cruzado,  
y en Narbona, y á presencia  
de nobles y de villanos]

de Aragón y Cataluña,  
que solícitos llegaron,  
entregó Monfort el niño,  
del Pontífice al Legado.

Cortes juntaron en Lérida,  
do sus nobles diputados  
mandó la Marca Española;  
y allí el venerable Aspargo,

tomando en brazos al niño  
presentóle á los prelados,  
ricos-homes y burgueses,  
que obediencia le juraron.

Y al gran maestro del Temple  
juntamente confiaron  
al heredero de Pedro,  
y á Ramón, su primo hermano.

**A** las orillas del Cinca,  
de altivos muros cercado,  
se alza Monzón, el castillo  
que conquistó el rey don Sancho.

Ayer alcázar de moros,  
hoy fuerte de los Templarios,  
en cuyas viejas murallas  
y en cuyo anchuroso patio

suena el choque de las armas,  
el trotar de los caballos,  
la voz del clarín de guerra  
y el jurar de los soldados.



Mientras que allá, en la capilla,  
cubierta de ricos paños,  
de lámparas y de cirios  
á los reflejos opacos,

por la grave melodía  
del salterio acompañados,  
cantan los frailes guerreros  
del Rey poeta los salmos.

Ó en solemnes procesiones,  
á la voz del bronce santo,  
por entre nubes de incienso  
tendidos los blancos hábitos

do la roja cruz campea,  
cruzan los frailes rezando  
por las anchas galerías  
de la fortaleza-claustro.

Dentro de tus fuertes muros,  
castillo viejo y avaro,  
la esperanza de dos pueblos,  
cual puro verbo encarnado,

vive en forma de dos ángeles,  
de dos mancebitos cándidos;  
que los niños y los pueblos  
se aman siempre: son hermanos.

El hijo de Pedro el Noble,  
que cayó en Muret lidiando,  
y el del conde de Provenza,  
nietos son de Alfonso el Casto.

Del mismo robusto tronco  
son dos retoños lozanos,  
la misma sangre los nutre,  
la misma edad tienen ambos;

la misma injusticia lloran,  
que violencias de don Sancho  
su trono usurpan á Jaime,  
y á Raimundo su condado.

Los dos niños, los dos huérfanos,  
príncipes y desterrados,  
juegos, inquietudes, lágrimas,  
preces y ensueños mezclando,

de penas y de alegrías  
tejieron eternos lazos;  
la infancia los hizo amigos  
y la desventura hermanos.

Que cual prematuros frutos  
que el viento arranca del árbol,  
ambos niños, desasidos  
de los maternales brazos,

tienen por solaz los rezos,  
la guerra por espectáculo,  
por hogar la fortaleza,  
por familia los soldados.

¡Triste vida es para niños  
la vida de los Templarios!  
Cumpliendo la dura regla  
que les impuso Bernardo,



siempre en guerra, y para siempre  
de su patria desterrados,  
no cazan con gavilanes,  
huyen fiestas y espectáculos;

nunca asaltan por sorpresa,  
nunca esperan emboscados;  
siempre atacan frente á frente  
en franco y abierto campo,

á la voz de sus clarines  
y á pendones desplegados,  
sobre fogosos corceles  
sin paramentos profanos.

Deben seguir al león  
por las selvas y matarlo;  
no salir sin compañero,  
comer dos en cada plato,

lidiar por el peregrino,  
admitir tres adversarios,  
no ofrecer por su rescate  
de terreno un solo palmo.

*Y armados de fe por dentro,  
por fuera de hierro armados,  
deben triunfar, como nobles,  
ó morir como cristianos.*

Las dos contrapuestas fuerzas  
de aquel revuelto océano,  
del cenobio al campamento  
los arrojan sin descanso.

Y en la estrechez de las celdas,  
y en la extensión de los campos,  
ni gozan quietud de monjes  
ni libertad de soldados.

Con doble yugo los ata,  
á dos extremos contrarios,  
la militar disciplina  
y el reglamento monástico.

Guerra, dice su armadura;  
paz, dicen sus blancos hábitos;  
sangre piden sus espadas,  
misericordia sus salmos;

soberbia claman sus muros;  
humildad gimen sus claustros;  
muerte; gritan sus clarines,  
piedad sus bronces sagrados.

La paz y la guerra llevan  
en sus armas y en sus mantos;  
la bendición y la muerte  
se derraman de sus manos.

CUANTAS veces á la lumbre  
del hogar de los Templarios,  
en la vieja y ancha sala,  
de tantas luchas teatro,



cuyos robustos pilares  
soportan macizos arcos,  
de cuyos espesos muros,  
negros del humo y los años,

penden armas y trofeos  
que los freires conquistaron,  
y entre brillantes pendones  
y tapices de Damasco,

rojas pieles de panteras  
que los del Temple cazaron  
en los desiertos de Arabia  
y á los niños dan espanto,

los dos inocentes príncipes,  
por las manos enlazados,  
se dijeron sus recuerdos,  
sus penas se confiaron.

Jaime á Berenguer contaba,  
que allá, entre celajes vagos,  
vió en su niñez un guerrero,  
como San Jorge, gallardo,

que con magnífico séquito  
de paladines bizarros,  
de su madre, que lloraba,  
le arrancó de entre los brazos.

Y el sonar de los clarines  
y el clamor de los soldados,  
le revelaron la alteza  
del caballero fantástico;

tras del cual un escudero,  
sobre un palafrén dorado,  
llevóse al niño, que nunca  
volvió al materno regazo.

Luego, como quien de un sueño  
despierta en lugar extraño,  
hallóse en ajenos sitios  
de hombres de hierro cercado.

Y allí por la vez postrera  
tornó el bello soberano,  
y un beso le dió en la frente  
muy cariñoso y muy largo,

y en su cándido semblante  
dejó una gota de llanto;  
y entonces supe—acababa  
el niño Jaime llorando—

que aquel apuesto guerrero,  
aquel hombre extraordinario,  
era mi padre, Raimundo;  
nunca más volví á sus brazos.

Yo me quedé, como en prendas,  
prisionero del cruzado,  
y el hermoso caballero,  
como San Jorge gallardo,

con su séquito magnífico  
de paladines bizarros,  
ante mi asombrada vista  
despareció como un rayo.



Y A en Don Jaime se veían  
gallardamente esbozados  
sobre el semblante del niño,  
del Conquistador los rasgos.

Era cual la hermosa imagen  
del más puro y blanco mármol,  
donde el escultor hubiera,  
como á su pesar, trazado

la serena faz de un ángel  
la inspiración aguardando,  
para hacer de él, por virtud  
de los más valientes rasgos

de su cincel, un arcángel  
de ira celeste animado;  
llevando un sol por escudo,  
blandiendo soberbio un rayo.

Ramón Berenguer, nacido  
de Provenza en el condado,  
hijo de Alfonso Segundo,  
en cuyo gentil palacio

templo halló la gaya ciencia,  
cuna el provenzal teatro,  
*corte de amor* la hermosura,  
los juglares agasajo,

el hijo de la poesía,  
Ramón á quien en sus brazos  
meció la noble Garsenda  
sus propios versos cantando,

de aquel despertar de gloria  
guardaba el recuerdo vago,  
mezclado á sus propios sueños,  
hasta el delirio exaltados

por las peregrinas fábulas  
de magias y de milagros,  
de hechizados paladines,  
de alcázares encantados,

de enanos, fadas, gigantes,  
de apariciones y trasgos,  
que allí al amor de la lumbre,  
les contaban los soldados.

Cual se confunde en los términos  
del horizonte lejano,  
la postrer luz de la luna,  
de la aurora al primer rayo,

en las almas de los niños,  
de lo real y lo falso,  
del recuerdo y la esperanza,  
de lo divino y lo humano,

los indecisos contornos  
unos con otros mezclados,  
formaban un mundo nuevo,  
en cuyo ideal espacio

se daban los niños cita  
con espíritus alados,  
para realizar ensueños  
que eran augurios acaso.

Mandar invencibles huestes,  
vestir arneses dorados,  
llevar encantadas armas,  
donde los hierros contrarios,

cual las olas que revientan  
contra el escollo basáltico,  
se estrellen y salten rotos  
en mil brillantes pedazos:

empuñar fuertes espadas  
que, por virtud de su encanto,  
dividan en dos los ríos,  
tajen los duros peñascos:

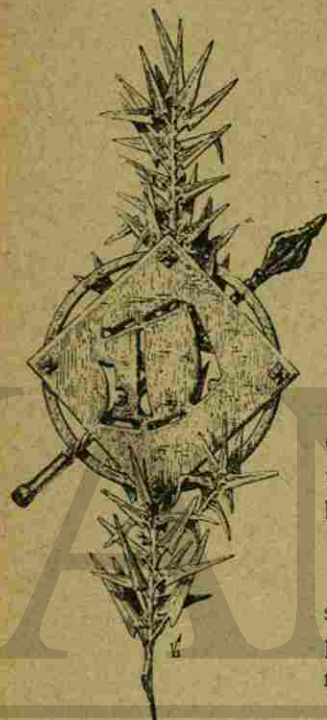
montar alados corceles,  
y al son de clarines mágicos,  
ver las murallas hendirse  
y rodar los montes altos.

¡Tiene auroras en el alma  
lo porvenir ignorado!  
Y así, soñando grandezas  
que más tarde realizaron,

en el rincón más oscuro  
del hogar de los Templarios,  
los dos inocentes príncipes  
se dormían abrazados,

como en el tronco del roble  
los recién nacidos pájaros,  
batiendo las tiernas alas  
preludian el primer canto.





IV

## LA FUGA

En Monzón ante los muros,  
cuando espiraba la tarde,  
un humilde peregrino  
llegó en hábitos de fraile;

pidió asilo, y los del Temple,  
según su regla, hospedáronle;  
pero no quiso el romero  
ni comer ni calentarse;

ni alzó la parda cogulla  
ni hablar consintió con nadie;  
acaso así cumple votos  
que antiguos crímenes laven.

Cuando acabó la velada,  
cuando todo en calma yace,  
cuando en sus lechos reposan  
los niños Raimundo y Jaime,

y cruza la media noche  
velado el negro semblante  
y cercada de visiones  
que bullen como un enjambre,

seguida de extraño séquito  
de enanos y de gigantes,  
de brujas y de alimañas,  
de trasgos, fadas y arcángeles,

hasta el lecho de Raimundo  
llega una sombra; es el fraile,  
ó acaso el mismo demonio  
que gusta vestir sayales.

El niño tiembla, el romero  
sus burdos hábitos abre,  
y al tibio rayo de luna  
que de alta ventana cae,

de un juglar de la Provenza  
descubre el gallardo talle,  
y arrojando ajenas barbas  
muestra el juvenil semblante.

Raimundo piensa que sueña  
con la corte de sus padres:  
pero el gentil mensajero  
le dice:—Señor, levántate,

que en el puerto de Salou  
presta te aguarda una nave,  
y como al sol de los cielos  
te esperan los provenzales.—

Raimundo, que aunque tan niño,  
no es de raza de cobardes,  
rápido del lecho salta,  
viste un disfraz que le trae

bajo el suyo el mensajero,  
se acerca al lecho de Jaime,  
con un beso le despierta  
y le dice en voz sūave:—

—Adiós, hermano, me llaman  
los vasallos de mi padre;  
nuestros ensueños de gloria  
comienzan á realizarse;

ya soy Conde-soberano  
desde hoy: ¡imitame, Jaime!—  
Y él le contestó:

—¡Te juro  
que pronto Rey han de alzarme!

No tardaron en cumplirlo  
sus ricos-homes leales;  
que prelados de la iglesia,  
comendadores, magnates,

infanzones de Aragón  
y barones catalanes,  
en la sala del castillo,  
ofreciéndole homenaje,



sobre los cuatro evangelios  
juran por Rey acatarle,  
respetando la regencia  
de don Sancho, á quien Dios guarde.

Mas de aquella fuerte Liga,  
los preladados venerables  
y valientes caballeros  
piden, á fuer de leales,

que el gran maestro del Temple  
les entregue al niño Jaime  
para regir, en su nombre,  
los Estados de su padre.

Pero ni, cuerdo, el maestro  
quiere á la Liga entregarle,  
temiendo á Sancho y Fernando  
y á sus inquietos parciales,

ni al bravo niño contentan  
prometidas libertades;  
que hartó ha vivido en prisiones  
y hartó le oprime la cárcel.

Invocando el juramento  
que acababan de prestarle,  
pidió auxilios á los suyos  
determinado á fugarse.

Y, en vano, jura don Sancho,  
ciego de envidia y coraje,  
que *ha de cubrirle de púrpura*  
las sendas por donde pase.

El niño Jaime es del bronce  
de que los héroes se hacen,  
y en el día prefijado,  
antes que el sol se levante,

solo, audaz y decidido,  
del viejo castillo sale,  
sediento de respirar  
de la libertad el aire.

Llega al puente que atraviesa  
sobre el Cinca, y puntuales,  
halla á los hombres de armas  
que manda Pedro Fernández:

á Lizana y á Cervera  
y otros valientes magnates  
de Aragón y Cataluña,  
que su fe guardan leales.

Un caballero del séquito,  
temiendo imprevisto ataque,  
se desnuda de su cota,  
que resuelto ciñe Jaime.

Torna al castillos los ojos,  
porque en aquellos lugares  
dejaba al vestir las mallas  
sus vestiduras de ángel.

De un cordobés alazano,  
que infunde celos al aire,  
salta á la enhiesta montura,  
diestro revuelve el rendaje,

y empuñando la tizona  
que tres reinos ha de darle,  
por el camino de Huesca  
raudo con los suyos parte.



V

## LA MERCED

UANDO en su lecho de púrpura  
se ocultaba el sol de oro  
y alargaban por los valles  
sus sombras pinos y chopos;

cuando todo respiraba  
paz, oración y reposo,  
por riscos y por atajos  
y por senderos angostos

caminaban lentamente,  
rendidos y melancólicos,  
unos viajeros extraños,  
amarillos y andrajosos,



y empuñando la tizona  
que tres reinos ha de darle,  
por el camino de Huesca  
raudo con los suyos parte.



V

## LA MERCED

UANDO en su lecho de púrpura  
se ocultaba el sol de oro  
y alargaban por los valles  
sus sombras pinos y chopos;

cuando todo respiraba  
paz, oración y reposo,  
por riscos y por atajos  
y por senderos angostos

caminaban lentamente,  
rendidos y melancólicos,  
unos viajeros extraños,  
amarillos y andrajosos,

de tan distintos aspectos,  
de tan diferentes rostros,  
que aun en sus cuerpos consuntos  
y aun en sus trajes astrosos,

de sus diversos orígenes  
daban claro testimonio,  
como lo dan los cadáveres  
de sus tumbas en el fondo

por los jirones de púrpura,  
ó de paño burdo y tosco,  
que aún flotan en la osamenta,  
cual distintivo irrisorio

de orgullos que son cenizas  
allí donde acaba todo;  
que más que hombres son espectros  
los caminantes incógnitos,

que al poder de algún conjuro  
se levantaron del polvo,  
con las deshechas mortajas  
flotando sobre los hombros.

Mas no son vanos espectros  
los viandantes misteriosos,  
son los valientes cruzados  
que cautivaron los moros:

si no salen de las tumbas  
salen de los calabozos,  
y si ya no son cadáveres,  
por Dios que les falta poco.

Pero cerca está el asilo,  
que está el monasterio próximo;  
y el monasterio en tal época  
es playa, albergue y reposo,

posada del peregrino,  
faro junto al mar sin fondo,  
casa del expatriado,  
corazón abierto al prójimo.

Ya los albergan los frailes;  
ya suena el bronce sonoro,  
y como la luz, sus ecos  
llegan por igual á todos,

al castillo, á la cabaña,  
al monte, al pueblo y al soto;  
y el señor con sus villanos,  
con el abad el acólito,

rústicos, soldados, pajes,  
viejos, doncellas y mozos,  
á la voz del bronce acuden  
despoblando los contornos.

Del monasterio románico  
en el claustro misterioso,  
cuyas bóvedas macizas  
soportan pilares sólidos,

por cuyas impostas corren  
entre hojas, flores y troncos  
fabulosas alimañas,  
quimeras y alados monstruos,



se va congregando el pueblo,  
de los cautivos en torno,  
y allí escucha embebecido  
sus relatos prodigiosos.

Atended, habla un guerrero,  
en cuyo lívido rostro  
brillan como fuegos fatuos  
las centellas de sus ojos:

—“Ansi Dios me salve, hermanos;  
y ansi vos salve á vosotros,  
como aquesto que vos digo  
non es digno de abandono.

„Yo, por mi negra ventura,  
mal confiado en mi arrojio,  
corrí de moros la tierra,  
y en poder finqué de moros.

„¡Que non veades, hermanos,  
lo que han visto aquestos ojos!  
Yací en tan honda mazmorra  
como son mis duélos hondos;

„que allá en mis solares llora  
la mí dueña, en abandono,  
y allá fincan tres arcángeles,  
de la mí vida retoños.

„Muchas vegadas dijéronme  
los frailes, siendo yo mozo,  
que el señor Santo Domingo  
de Silos, nueso patrono,

„vestido de blancos paños  
entraba en los calabozos,  
et de los tristes captivos  
aparecía á los ojos,

„á tal que la luz que nace  
de Oriente en el alto solio,  
et sin cuerpo et sin ruido  
llega et penetra en nosotros.

„A la su vista caían  
fierros y cadenas rotos,  
et rasgábanse los muros,  
et se colmaban los fosos;

„nubes del cielo bajaban,  
é á tal que blancos embozos,  
furtaban á los captivos  
de la vista de los moros;

„puentes de cristal tendíanse  
por los ríos capdalosos,  
et muy grandes claribdades  
los guiaban con su foco.

„Yo también, triste, atendía  
del santo Abad el socorro;  
mas nin homes, nin espíritus,  
nin luz cataron mis ojos;

„et cayendo en los mis fierros  
los torrentes del mi lloro,  
cuidé que los fundirían,  
tal me escaldaban el rostro.



„¡Ay, cuantas noches dejaba  
de la humedad de aquel pozo  
correr las gotas de nieve  
con el mi llanto ardoroso!

„Dábame entonces consuelo  
que non lloraba yo sólo;  
¡ved de cuáles tristes cosas  
saca el captivo sus gozos!

„Cuidaba que eran las piedras  
más piadosas que los moros,  
et veyendo las mis cuitas  
las plañían al su modo.

„Dábannos pan de anifala;  
et con cueros sin adobo,  
de cuyas puntas pendían  
fierros et bolas de plomo,

„nos desgarraban las carnes  
aquellos fambrientos lobos,  
fasta beber sangre nuesa,  
fasta embriagarse en sus ódios.

„Tres años finqué sin vida,  
soterrado en aquel foyo,  
mas nin penas nin dolores  
lograron tornarme al polvo;

„la muerte me aparescía  
como un sueño deleitoso;  
mas porque non lo gustara  
quedóme de vida un soplo.

„Nuevas de mi desventura  
alcanzaron, no sé cómo,  
á la mi cuitada esposa  
que cedo acorrió en mi apoyo.

„Veinte doblas alfonsies,  
tres aljubas y dos potros,  
costóle á mi triste dueña  
la libertad que non gozo;

„que antes que llegue á mi patria,  
daré en encierro más hondo,  
en la fuesa, que es mazmorra  
que non ha de abrimme el oro!„—

Estallaron del cruzado  
los comprimidos sollozos,  
y al escucharle lloraba  
de ternura el pueblo todo.

¡Tristes cautivos cristianos  
que en poder yacéis de moros!  
¿quién romperá vuestros hierros?  
¿quién irá en vuestro socorro?

LA Virgen, en la primera  
velada del mes de Agosto,  
cercada de resplandores  
dejó su místico trono;



cruzó el azul de los cielos  
alzando de estrellas polvo,  
con las orlas de su manto  
que dan á la nieve enojos;

suspendieron los arcángeles  
del cielo una escala de oro,  
por ella bajó la Virgen  
vagarosa como un soplo;

como brisa entre las flores,  
como rayo misterioso  
que al desprenderse del cielo  
tomara aspecto corpóreo.

Y al mancebito don Jaime,  
que dos lustros cuenta solo;  
al francés Pedro Nolasco,  
noble cruzado católico,

y al venerable Raimundo,  
doctor, legista y apóstol,  
la santa Madre de Cristo,  
envuelta en nubes de oro,

se apareció, como existe  
sentada en su eterno sólio,  
con su corona de estrellas,  
con la alborada en el rostro.

É inspiró, más bien, que dijo  
al Rey, al noble, al apóstol,  
que fundasen una orden  
para rescate y socorro

de los cautivos cristianos,  
con el nombre misterioso  
de la Merced, que á otorgarla  
bajó á nuestro pobre globo

la que entre nubes de rosa,  
de luz entre vivos golfos,  
desapareció, de nuevo,  
cual fúlgido meteoro,

dejando en pos, como estela  
de su paso milagroso,  
perfumes del Paraíso  
y acordes de arpas de oro.

**S**ANTA Cruz de Barcelona  
es el templo suntuoso  
donde para el gran suceso  
se congrega el pueblo todo.

Los fieles llenan las naves,  
canta el salterio en el coro,  
dora el sol los altos vidrios,  
tañe el bronce armonioso:

arde el perfumado incienso  
en incensarios de oro,  
que asidos de sus cadenas,  
mueven los niños acólitos,



cuyas dalmáticas brillan  
con sus bordados simbólicos,  
mientras las de los heraldos  
lucen blasones pomposos

en torno del rey don Jaime,  
puesto, ante el ara, de hinojos,  
sin más joyel ni corona,  
sino los cabellos blondos,

que sueltos por las espaldas,  
como torrente de oro,  
flotan sobre el mar de fuego  
de su extenso manto rojo,

Raimundo de Peñafort,  
conmovido y tembloroso,  
sube al púlpito, llevando  
la inspiración en el rostro.

El pueblo está de rodillas  
con la impaciencia en los ojos;  
Nolasco gime postrado,  
el rey Jaime sube al trono,

Habla el Doctor de Bolonia,  
que arrebatava en el Foro,  
no como el sabio en la cátedra,  
como el profeta radioso

que ha visto abrirse los cielos,  
sin límites y sin fondo,  
y aún lleva sus resplandores  
en el alma y en los ojos.

Pinta, con frases patéticas,  
los tormentos espantosos  
de los cautivos cristianos  
que yacen en abandono;

la lobreguez de su encierro,  
la crueldad con que los moros  
los torturan, porque abjuren  
de Cristo el nombre glorioso.

Refiere luego, temblando,  
ebrio de místicos gozos,  
la visión que tuvo en sueños;  
cuenta su inefable arrobó;

cuál vió rasgarse las nubes;  
cómo de los cielos rotos  
vió despeñarse, á torrentes,  
de la gloria los tesoros;

cuál la Inmaculada Virgen  
pidió á su espíritu absorto,  
con palabras de dulzura  
como celestiales ósculos,

libertad para el cautivo,  
sacrificio generoso  
para romper sus cadenas  
de la caridad al soplo.

Cual las hojas en el bosque  
tiembla el cristiano auditorio,  
que de los abiertos cielos  
ante la visión atónito,



ya escucha inmóvil y fijo,  
ya extasiado, ya anheloso,  
ya rompe en copioso llanto,  
ya en exclamación de asombro.

Desciende, al cabo, del púlpito  
el sacerdote filósofo,  
y aún vibra en las altas naves  
de su acento el eco armónico;

y aún flotan con el incienso,  
que vuela en frágiles copos,  
del pueblo las bendiciones,  
sus preces y sus sollozos.

Sigue la solemne misa;  
y acabado el Ofertorio,  
el rey don Jaime y Raimundo  
acompañan al neófito

Pedro Nolasco, que puesto  
ante el Obispo de hinojos,  
recibe el hábito blanco,  
tan puro como su votos.

Símbolo de redención  
fué aquel hábito glorioso;  
alba que irradió en la noche  
de los tristes calabozos;

túnica digna de un ángel,  
cándido ropaje, propio  
de un sér que, transfigurado,  
sacude el terreno polvo.

Con Nolasco, otros dos nobles  
descalzan la espuela de oro,  
dejan las brillantes armas  
por el místico cenobio.

Tras de pronunciar humildes  
los tres votos religiosos,  
los novicios fundadores  
pronuncian el cuarto voto,

por el que al amor se inmolan,  
por el que ofrecen, no sólo  
pedir para los cautivos,  
de puerta en puerta, socorro,

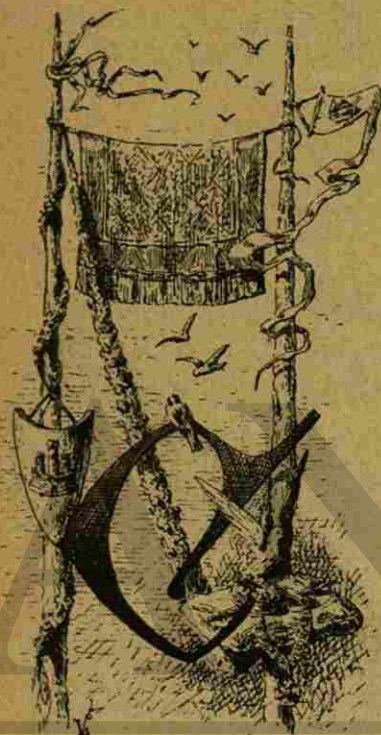
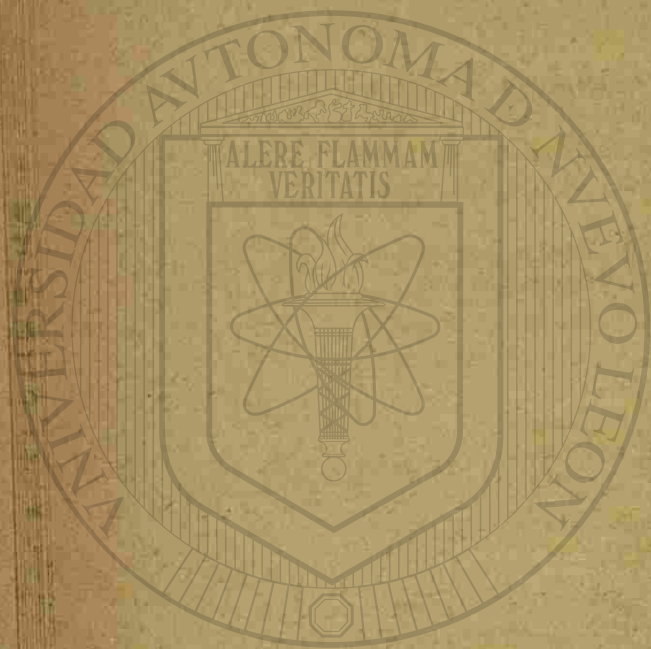
sino dar su libertad  
en rescate generoso  
de sus hermanos, haciendo  
obligación de lo heróico,

profesión de lo sublime,  
abdicación de sí propios,  
oblación de su albedrío,  
de su libertad despojo.

Sube el incienso á las bóvedas,  
entona el *hosanna* el coro,  
voltea cantando el bronce,  
llora el cristiano auditorio.

La historia esculpió aquel día  
sobre una página de oro,  
y la tradición cristiana  
lo canta de un siglo en otro.





VI

## BODAS REALES

UANDO asomó el alborada  
perfilando en luz los montes,  
las castellanas fronteras  
tan ricas vió de colores,

de movimiento y de vida,  
de varios y dulces sonos,  
que pensó que Abril por ellas  
vertió, á destiempo, sus flores.

Tal la multitud alegre,  
bulliciosa, inquieta, móvil,  
por sendas y por atajos,  
por veredas y trasmontes,

desordenada y brillante,  
compacta, revuelta, informe,  
como inundación espléndida  
ondula ó se encrespa, indócil:

rebotando de las lindes,  
vertiéndose de los montes,  
ya en masa inmensa se funde,  
ya en mil pedazos se rompe,

se detiene, se derrumba,  
se agolpa, se extiende y corre,  
y en sus olas se confunden  
clases, formas y colores,

semblantes, trajes, insignias,  
estados y religiones,  
el judío con el clérigo,  
el villano con el prócer;

menestrales, aldeanos,  
golfines y trovadores,  
donceles y almogavares  
mendigos y altos varones,

romeros, pajes, soldados,  
mercaderes, sacerdotes;  
las mallas del caballero  
con la estameña del monje;

con pardos paños de Jaca  
cendales de mil colores;  
con burieles y fustanes  
brocados y tornasoles.

Por senderos y veredas  
arroyos humanos corren,  
y el ancho mar del gentío  
atravesar se proponen:

empujan los rezagados,  
gritan los madrugadores,  
desmáyanse las mujeres,  
amotinanse los hombres;

del tumulto se aprovechan  
malandrines y ladrones:  
la multitud, impaciente,  
se arremolina en desorden;

suenan ayes, juramentos,  
canciones, aullidos, voces,  
carcajadas y silbidos,  
blasfemias y maldiciones.

—¡Ya vienen!—gritan de pronto  
los muchachos, que avizores,  
de atalayas en los árboles  
exploran los horizontes.

—¡Ya vienen!—claman las turbas,  
y aumentan las confusiones,  
y las apreturas crecen,  
se multiplican los golpes:

y mientras el pueblo grita  
en algarada discorde,  
de Aragón por el camino  
brillan lanzas y pendones;



y avanza, inmensa, una nube  
radiosa, compacta, informe,  
hecha de polvo y centellas,  
de armas, corceles y hombres.

De la nube surge un rayo  
deslumbrante de fulgores;  
es el rey Jaime: de lejos  
su pueblo le reconoce:

que el rey de Aragón campea  
sobre su brillante corte,  
como la espléndida luna  
sobre el cielo de la noche.

En pos de Jaime cabalgan  
prelados y ricos-homes,  
mesnaderos y magnates  
y maestros de las Órdenes;

Pedro Pérez, el Justicia,  
Sancho Duerta, Atho de Foces,  
Bernardo Guillén de Entenza,  
los Moncadas, Pedro Ahones,

Blasco, Alagón, mayordomo  
del Reino, comendadores,  
escuderos y donceles,  
caballeros infanzones;

de los consejos de villa  
los magníficos señores;  
por Cataluña los síndicos  
y por Montpellier dos cónsules:

y en pos, cien pajes cargados  
con los riquísimos dones  
que al rey don Jaime en sus bodas  
le ofrecen villas y próceres.

Por la parte de Castilla  
suenan confusos rumores,  
y á columbrarse comienza  
de lanzas movible bosque.

Galante y diestro don Jaime,  
lanzando el potro al galope,  
al encuentro de Castilla  
y de la Princesa corre.

Cual juntos al mar confluyen  
los ríos deslumbradores,  
se mezclan ambos cortejos  
con magnífico desorden.

Rompiendo por la ola viva  
que delante se les pone,  
se abren paso los heraldos  
aguijando sus bridones,

y por medio de las turbas  
que en ¡vitor! inmenso rompen,  
fluyen en soberbio curso  
las esplendorosas cortes.

Los hidalgos castellanos,  
de Aragón los infanzones,  
los caballeros leoneses  
y los catalanes próceres;



ya en alazanes de Arabia,  
como el huracán veloces,  
que lucen con oro y perlas  
bordados caparazones;

ya en corceles andaluces,  
ya en recios brutos del Norte,  
con arneses ó gualdrapas  
llenas de empresas y motes,

cabalgan alardeando  
de gentiles y de nobles,  
pero todos son apuestos,  
que todos son españoles.

Sobre un corcel africano,  
tan negro como la noche,  
que un paje lleva del diestro  
porque el freno tasca indócil,

gallarda la de Castilla  
viene erguida en los arzones,  
y para honrar como debe  
á su futuro consorte,

luce un brial de examito,  
de Aragón con los colores;  
manto azul con cebellinas  
y franja de oro en los bordes,

y en torno del alto seno  
un collar de perlas doble;  
perlas que, entre nácar, sueñan  
que aún en sus conchas se esconden.

La madre de San Fernando,  
Reina de tan altas dotes  
que en los fastos de la historia  
logró eternizar su nombre,

lleva un manto recamado  
con castillos y leones,  
y de una ciudad el precio  
en collar, diadema y broches.

Del sol los rayos de oro  
sobre las armas se rompen,  
y resurgen en mil chispas  
deslumbrantes de colores.

Despléganse en las banderas  
cendales y singlatones,  
que el aura, en giros suaves,  
sacude, pliega y recoge.

Mientras brillan sus dalmáticas  
recargadas de blasones,  
dan al viento los heraldos  
de sus clarines las voces;

y á los ecos de las trompas,  
del tambor á los redobles,  
las religiosas campanas  
mezclan sus himnos de bronce.

Refrenando á duras penas  
el ardor de sus trotones,  
juntos van Jaime y Fernando,  
tan ilustres como jóvenes.



En vez de espadas de guerra  
sujetas á los arzones,  
pendientes llevan del cinto  
doradas bronchas y estoques;

y en vez de yelmos de hierro  
que cuello y cabeza esconden,  
cascos de Milán bruñidos,  
con diademas en los bordes;

mantos de armiños y púrpura,  
sobrevestés con blasones,  
y en arneses y vestidos  
joyeles deslumbradores.

Galanés van los dos Príncipes,  
al eco de cuyos nombres  
latirán siempre de orgullo  
los hispanos corazones.

Castilla y León por dueño  
á Fernando reconocen;  
Jaime reina en Aragón  
y es de Barcelona Conde.

De Córdoba y de Sevilla,  
sobre las moriscas torres,  
pronto clavará Fernando  
sus victoriosos pendones,

y hará que el mundo le admire,  
que la fama le corone,  
que le eternice la historia,  
que la cristiandad le adore.

Jaime hará que ante sus plantas  
tres nuevos reinos se postren;  
ambos serán generosos,  
sabios y legisladores;

ambos irán ensanchando  
los dominios españoles,  
de la gótica diadema  
recogiendo los florones.

Y en el yunque de la historia,  
de sus hierros á los golpes,  
reconstruyendo una estatua  
grande, colosal, enorme,

que holló con sus pies dos mundos  
y esclavizó á las naciones,  
y hunde en los cielos la frente  
cercada de rojos soles;

la patria, la madre España  
que volvió á nacer entonces,  
la matrona respetada  
y temida por el orbe,

que debió el sér al esfuerzo  
de aquellos dos campeones;  
la patria que hoy de rodillas  
canta y bendice sus nombres.



**D**E Ágreda á las puertas llega  
la esplendorosa cohorte;  
derrámase por sus calles  
que adornan arcos de flores

y tapizan ricos paños  
pendientes de los balcones;  
y alfombran mirtos y juncias  
é inunda el sol de arrebales,

de matices los vestidos,  
las armas de resplandores;  
añafles y trompetas  
de agudos y alegres sonos,

de mil discordantes notas  
trompas, dulzainas y albogues,  
las campanas de repiques  
y la multitud de voces.

Y allá en la nave cristiana,  
llena de luces y flores,  
de pajes, damas, prelados,  
burgueses y ricos-homes,

la bendición de la Iglesia  
unió con vínculos dobles  
dos Estados poderosos,  
dos vírgenes corazones.



VII

## LOS RICOS-HOMES

**N** Guillermo de Moncada  
y el conde del Rosellón,  
cual si un reino disputasen  
disputábanse un azor.

Nuño Sánchez lo pedía,  
negábalo Cerbellón,  
y uno en pedir obstinóse,  
y otro en negar se obstinó.

Siguió á la ofensa el denuesto  
y al mentís la imprecación,  
hasta provocarse á muerte  
ciegos de rabia los dos.



Cada cual á su linaje  
llevó el fuego del rencor,  
y entrambas altivas casas  
alzaron hueste y pendón.

Sublevada Cataluña,  
en dos bandos se partió;  
del bando de los Moncadas  
el Vizconde es campeón,

y con él van Pedro Ahones,  
el Infante y Ramón Folch;  
Pedro Fernández de Azagra  
de don Nuño es defensor.

Furiosos los del Vizconde  
devastan el Rosellón.  
¡Venganza!—clama don Sancho  
de aquellas tierras señor:

—¡Guerra y venganza!—repiten  
Cataluña y Aragón,  
y tinta en sangre de hermanos  
la tierra, provoca á Dios.

Nadie de aquellos magnates  
la altiveza domeñó;  
cada pueblo es una pira,  
cada noble es un león.

Atajar quiere el Rey niño  
de aquel torrente el furor;  
y pues deudo es de don Sancho,  
el conde del Rosellón,

y pues de aquella contienda  
fué Moncada el agresor,  
por el conde y por su hijo  
don Jaime se declaró,

Y acaudillando esforzado  
su ejército de Aragón,  
ciento treinta plazas fuertes  
á sus contrarios ganó.

Mas delante de Moncada,  
formidable posesión  
que sólo el hambre rindiera,  
no el acierto ni el valor,

cedió el Rey, que de los suyos  
la perfidia le vendió,  
alimentando el castillo  
con despojos del honor.

Pero cien muros que el rayo  
de su tizona abatió  
contaban, en lenguas mudas,  
la prez del Conquistador.

Sangre de nobles manaban  
las campiñas de Aragón,  
y el soberbio feudalismo  
frente al Monarca tembló.

Que aque. mancebo tan alto  
de cuerpo y de corazón,  
nacido en la desventura  
y acendrado en su crisol,

ante sus fieros magnates  
se alzaba amenazador,  
afrentando los furores  
que ningún Rey afrontó.

El infante don Fernando,  
pronto siempre á la traición,  
del recelo de los nobles  
vínculo estrecho forjó;

y ambos partidos rivales,  
unidos por el temor,  
contra el temido mancebo  
levantáronse á una voz.

Adhiriéndose á la liga,  
contra su Rey y Señor,  
Huesca, Jaca y Zaragoza  
se alzaron en rebelión.

De improviso, abandonados  
don Jaime y doña Leonor,  
en su palacio de Zuda  
presos se hallaron los dos.

¡A tanto de los feudales  
la ciega audacia llegó,  
que osaron poner las manos  
en el trono de Aragón!

Preso yace de los nobles  
el que á los nobles rindió.  
¡Guay de todos, si algún día  
rompe su yugo el león!

Entre tanto, los magnates,  
olvidados del honor,  
tras repartirse los feudos  
despojando á la nación,

veinte mil morabatines  
de oro, puro como el sol,  
pidieron por el rescate  
de los reyes de Aragón.

¡Nobleza ambiciosa y torpe  
que vendes á tu Señor,  
cara el Rey ha de cobrarte  
la libertad que compró!

Libertad que es un sarcasmo  
que á Jaime causa rubor,  
que el Infante-Abad no cede  
el cetro que le usurpó;

su derecho á la regencia  
reclama el Procurador;  
protestan los catalanes  
del gobierno de Aragón.....

Revuelta charca es el reino  
de sangre y de deshonor,  
donde flota hecho jirones  
de la discordia el pendón.

Los fieros nobles recuerdan,  
que cuando eligen Señor,  
le dicen como amenaza  
de eterna dominación:—



—Cada cual como vos somos,  
 todos juntos más que vos.—  
 ¡Más que el Rey son todos juntos  
 en invencible legión!

Monstruo de cien mil cabezas  
 que la discordia engendró,  
 el altivo feudalismo  
 se levanta destructor.

No fué Luzbel tan soberbio  
 cuando se alzó contra Dios.  
 ¡Pobre Rey de quince años,  
 solo frente á su nación!

Pero mal conoce á Jaime  
 quien de sus fuerzas dudó,  
 que á su faz son las traiciones  
 lo que la niebla ante el sol.

Luchar contra sus vasallos  
 fuera inútil pretensión,  
 fuera arriesgar la corona  
 deslustrando su esplendor.

Ya que aplastarlos no puede  
 como San Jorge al dragón,  
 á lidiar contra los moros  
 los llama en nombre de Dios.

Jaime convoca á los suyos  
 con el grito del honor,  
 y aquel grito más que un rayo  
 á los feudales hirió.

Ensanchando iban á España  
 por Castilla y por León;  
 y en tanto Aragón ocioso  
 ni una almena conquistó.

Era justo el llamamiento  
 y la causa la de Dios;  
 y vacilaban los nobles,  
 ciegos de enojo y furor,

entre huir la guerra santa  
 y cubrirse de baldón,  
 ó seguir como un rebaño  
 las armas de su Señor.

Las fuerzas del enemigo  
 tornaba Jaime en su pró,  
 lanzando á los musulmanes  
 su torrente asolador.

El entusiasmo del pueblo  
 de guerra el grito acogió,  
 y el Rey marchó hácia Peñíscola  
 lleno de santa ambición.

Contra la invencible plaza  
 su voluntad se estrelló;  
 y los nobles sonrieron  
 con torpe satisfacción.

Contrariado, y no vencido,  
 Jaime á Teruel se partió,  
 á esperar de sus magnates  
 el demandado favor.



Mas solo comparecieron  
Luna, Foces y Alagón,  
y en vano esperó el Monarca,  
y en vano el tiempo corrió;

se agotaron sus recursos,  
ninguno acudió á su voz;  
y con los moros, al cabo,  
forzosas treguas pactó.

Ciego estaba el Rey don Jaime  
de sublime indignación;  
corridos sus ricos-homes  
de vergonzoso rubor.

Si no era mengua entre ellos  
no aceptar dominador,  
era mengua y era mancha  
negarse á lidiar por Dios.

Don Sancho Ahones, Obispo,  
ferviente y batallador,  
y su hermano Pedro Ahones  
mesnadero de gran pró,

contra moros de Valencia  
levantaron su pendón,  
por no someterse á Jaime  
ni arrostrar el deshonor.

Cuando el Monarca irritado  
á Terüel se partió  
con cincuenta caballeros  
y una brillante legión,

hácia Terüel marchaba  
el opulento Señor,  
á quien el Rey Pedro, el Noble,  
villas por oro empeñó:

¡Pedro Ahones, el que siempre  
por el de Muret lidió,  
y en defensa de su hijo  
quiso retar á Monfort;

el que en Roma la justicia  
de don Jaime defendió;  
hoy, de don Jaime á despecho,  
lleva al campo su pendón!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

### Muerte del mesnadero.

ABALGA don Pedro Ahones  
hacia el reino de Valencia;  
de Teruel viene Don Jaime  
y en el camino se encuentran.

El Rey propone á don Pedro  
que le siga á Burbaguena;  
él accede, y ambas tropas  
del pueblo á los muros llegan.

Y en una casa del Temple,  
do breve espacio se albergan,  
al rebelde mesnadero  
dijo el Rey con voz serena:

—En vano, don Pedro Ahones,  
por tres semanas enteras,  
en Teruel os esperamos  
á vos y á la hueste vuestra,

que ha tiempo que pretendemos  
ver á los moros de guerra;  
por vos y por otros nobles  
abandonamos la empresa;

mas ya que por vuestra culpa  
con el Emir de Valencia  
treguas hicimos, es justo  
que respetéis tales treguas.—

—Mucho—contestó don Pedro—  
á mí y á mi hermano cuestan  
los aprestos de la hueste,  
y no es bien que esto se pierda;

ved que Sancho y yo llevamos  
buen golpe de gentes nuestras,  
y os haremos buen servicio  
contra el moro en las fronteras.—

—Mal tuerto nos haréis ambos  
si vais á romper las treguas,  
pues que va nuestra palabra  
y va nuestro honor en ellas.

¿Partiréis?—

—Será forzoso.—

—¿Nos negáis vuestra obediencia?...  
¡pues sois nuestro prisionero!—  
gritó Jaime con voz trémula.

Levantóse Pedro Ahones  
la mano en la espada puesta,  
y el Rey le tuvo la mano  
con incontrastable fuerza.

Los hombres del mesnadero,  
que llegaban á cuarenta,  
bajaron de sus caballos  
al rumor de la reyerta:

y, en tanto los del Monarca  
se alejaban de la escena,  
don Pedro Ahones, frenético,  
llevó á la daga la diestra;

Jaime al cincelado pomo  
se la apretó de manera,  
que pomo y cinceladuras  
dejó esculpidos en ella.

Los caballeros de Pedro  
mezclándose á la refriega,  
de entre las manos del Rey  
le arrancan por la violencia,

y asiéndole fuertemente  
le arrastran más que le llevan,  
le hacen montar á caballo  
y escapan á la carrera.

A Miguel Daguas, que estaba  
con un corcel á la puerta,  
pidiólo Jaime, y lanzóse  
tras de Pedro á toda rienda.

Tres de la real mesnada  
tomaron la delantera,  
y alcanzando á los rebeldes  
trabóse ruda contienda.



Cayó herido Atho de Foces,  
volvieron los otros riendas.

—¡Aragón, Aragón!—grita  
don Jaime que al campo llega.

Los de Ahones le abandonan,  
y sólo con él se queda  
Martín Pérez de Mezquita  
por servirle de defensa.

Però Martínez de Luna,  
por la abertura derecha  
del perpunte, clava á Pedro  
su lanza firme y certera.

Dobla improviso el magnate  
la noble frente soberbia,  
y el cuello de su caballo  
con ambos brazos rodea;

pero como el roble herido  
desplomado viene á tierra:  
descabalga el Rey don Jaime,  
y en él poniendo la diestra:

—En mal hora habéis nacido  
don Pedro, y con ma la estrella!—  
Dice al noble, que le mira  
ya con las ansias extremas.

—Dejadnos á ese león,—  
con voz destemplada y recia  
grita Alagón: pues que aún vive,  
¡vénguese en él vuestra afrenta!

—¡Don Blasco, Dios os confunda  
si acometéis tal proeza,  
y antes que á don Pedro Ahones  
vuestro cuchillo me hiera!—

Dice el Rey, y entre sus brazos  
al herido noble asienta  
sobre la rica montura  
de su caballo de guerra,

sobre el cual un escudero  
su inerte cuerpo sustenta;  
marcha don Jaime á su lado  
porque nadie se le atreva;

pero á mitad del camino  
que conduce á Burbaguena,  
del escudero en los brazos  
rinde el noble la existencia.

**D**EL temido caballero  
sobre la tumba sangrienta,  
Sancho Ahones, el Obispo,  
jura al Rey venganza eterna.

De don Nuño y don Fernando  
renuévanse las querellas,  
renacen los viejos ódios  
y nuevos ódios se engendran.

El Obispo y el Infante,  
Pedro Cornel, Atho Orelia,  
con la viuda de Ahones  
contra Jaime se concertan,

y con ellos se coligan  
los Moncadas y Cerveras  
y los más fieros barones  
de la indomable nobleza.

Consume el fuego las mieses  
tala el hacha la arboleda,  
y el hambre desmelenada  
viene detrás de la guerra.

La voz del anciano Aspargo,  
tan noble como evangélica,  
en nombre del Rey promete  
perdón, olvido, indulgencia.

Sobre el cielo de la patria  
brillan esperanzas nuevas,  
como brilla el arco iris  
tras de la negra tormenta.

Falto de vida está el pueblo,  
de recursos la nobleza:  
y entre Jaime y los rebeldes  
una entrevista se acuerda.

Hasta el monte de Alcalá  
llegan con armas ligeras,  
de un lado los ricos-homes,  
del otro la escolta regia.

Y allí los nobles que un día  
pusieron al Rey cadenas,  
arrastrándose á sus plantas  
demandáronle clemencia.

Otorgóla el Soberano;  
y para siempre deshecha  
fué la unión de los magnates  
y humillada su altiveza.

¡El astro del feudalismo,  
velada la faz sangrienta,  
declinaba ante aquel astro  
que inundó en gloria la tierra!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TARRAGONA

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



IX

## EL BANQUETE

EDRO Martell en su casa  
previene un festin magnífico,  
que hallándose en Tarragona  
el rey don Jaime, Dios quiso

que, sin llamarlos á Cprtes,  
quizás por altos designios,  
los nobles de Cataluña  
se hallasen allí reunidos,

y á don Jaime y á su corte  
convida el viejo marino;  
que aún es la hidalga franqueza  
de los reyes distintivo.

Y de Aragón los Monarcás,  
tan nobles como benignos,  
de sus vasallos leales  
más que reyes, son amigos;

comparten su vida, asisten  
á sus bodas y bautizos;  
prueban con sus labradores  
lo que el campo ha producido;

administran la justicia  
por igual y por sí mismos;  
dan audiencia á todo el pueblo,  
y cuando van de camino

se alojan en las cabañas,  
como en los nobles castillos,  
y hacen parar á un ejército  
para escuchar á un mendigo.

Rivalizando en nobleza  
el Monarca y el marino,  
si el Rey se mostró benévolo,  
mostróse el vasallo altivo.

Dándole festín de reyes  
probarle Martello quiso  
que si no era un rico-home,  
era, en cambio, un hombre rico.

El Rey, de sus caballeros  
con el séquito magnífico  
llega, y del festín la sala  
se abre como por hechizo.

Ricos tapices de Persia  
de brillante colorido,  
cubren los muros y el suelo  
del anchuroso recinto.

Sobre los blancos manteles,  
como en desbordado río,  
brillan el bronce, el acero,  
la plata, el oro y los vidrios.

Primores de orfebrería,  
vasos en forma de grifos,  
cuyas alas son de oro,  
cuyos vientres cristalinos

llenar esencias preciosas  
y licores exquisitos;  
bellos vidrios de Venecia,  
de abolengo bizantino;

esbeltos jarros de plata,  
profusamente esculpidos,  
que en olas de oro y rubies  
vierten espumosos vinos;

y en caladas estufillas,  
y en pebeteros moriscos,  
embalsamando el ambiente  
perfumes de Asia traídos;

ricas especias de Arabia  
en cerrados cofrecillos;  
y en escudillas de plata  
y en anchos vasos asirios,



conservados en almíbares,  
frutos de Alepo y Corinto;  
vinos de Chipre y Falerno,  
cual topacios derretidos;

cuanto produce la tierra,  
cuanto excita el apetito,  
cuanto la vista fascina,  
cuanto halaga los sentidos.

Galán viene el rey don Jaime  
y extremado es su atavío;  
presos en cerco de perlas  
lleva los dorados rizos:

sobre las calzas de grana  
rica veste de examito,  
que, abierta en ambos costados,  
muestra los forros de armiño;

recamada limosnera  
pendiente del aureo cinto;  
cordobeses borceguíes  
bordados con oro fino;

y ancho manto de escarlata,  
en ambos hombros prendido,  
de su varonil belleza  
redoblan los atractivos.

Bajo un dosel de brocado,  
y en un sitial esculpido,  
ante una mesa de alerce  
tiene el Rey su puesto digno.

Circundan otra gran mesa  
don Nuño Sánchez, su primo,  
del Rosellón, la Cerdaña  
y el Conflán, Señor legítimo;

Ramón Berenguer de Ager,  
el de Bearn y su hijo,  
el Señor de Santa-Eugenia,  
En Galcerán de los Pinos,

Guillén de Cervera, Croyles,  
Claramont, lo más florido  
de la corte de don Jaime,  
de la ciudad lo más digno;

que también hallaron puesto  
sus regidores y síndicos,  
marinos y mercaderes,  
del rico huésped amigos.

Martell escancia á don Jaime  
en su copa de oro el vino;  
y un aguamanil de plata  
le ofrecen dos pajecillos.

Un coro de rapazuelos,  
de seda y oro vestidos,  
sirve la espléndida mesa  
del famoso Mayorino.

Llevan, en fuentes enormes,  
terneros y cabritillos,  
cubiertos de oro y de plata,  
que parecen culpados;



faisanes con su plumaje,  
como si estuvieran vivos;  
pasteles, de cuyo centro  
vuelan aves al partirlos.

Un jugador salta los aros,  
otro tira los cuchillos,  
y otros cantan los romances  
de Alexandre ó de Pipino.

En candelabros de bronce  
arden perfumados cirios,  
y exhalan suaves aromas  
los pebeteros moriscos:

con el oloroso vaho  
de manjares exquisitos,  
se mezcla el de las esencias  
y el acre olor del marisco.

A los postres ya está el aire  
viciado y enardecido;  
de las caladas ojivas  
se abren los pintados vidrios;

y al rayo azul de la luna,  
transparente, suave y tibio,  
bajo los serenos cielos,  
aparece el mar dormido.

Su fresca brisa es cual bálsamo  
que reanima los sentidos,  
su aparición, como en sueños  
la imagen de lo infinito.

Ella despierta en don Jaime  
deseos mal adormidos,  
sueños de gloria y grandeza  
y anhelos de poderío:

y volviéndose á Martell,  
dícele en tono expresivo:  
—“Referidnos algo, En Pedro,  
de las tierras que habéis visto.”—

Como si le adivinara  
Pedro, el experto marino,  
al Rey y á sus caballeros  
dice en animado estilo:

—Yo, templado en las borrascas,  
por la intemperie curtido,  
he visto muchas bellezas,  
salvando muchos peligros.

Cien veces cargué mis naves,  
ora en Asia, ya en Egipto,  
de Alepo, Armenia y el Cairo  
con los productos magníficos.

Conozco á Flandes y á Chipre,  
y á Damasco y á Corinto,  
y á Génova y á Sicilia,  
rival de la antigua Tiro

en teñir y tejer telas  
con oro, con plata y sirgo;  
tan famosa por sus púrpuras  
como Etruria por sus vidrios.



Yo he visto el negro Vesubio  
con su penacho encendido,  
que á veces en la alta noche  
sirve de faro al marino;

y á Venecia de las aguas  
surgir como por hechizo;  
y el Oriente hecho de sueños,  
de misterios y prodigios.

Pero en mis largos viajes  
nada tan hermoso he visto  
como Mallorca y sus islas,  
bellas como el paraíso.

Innumerables rebaños  
cruzan sus prados floridos;  
y otro mar en sus orillas  
fingen maizales y trigos.

Grandes tesoros encierra  
la Almudaina en su recinto;  
pero más tesoros guarda  
su suelo fecundo y rico;

son sus tendidas llanuras,  
do se aduerme el mar tranquilo,  
copas de oro en que rebosan  
olas de claros zafiros:

y aquellas copas, ¿no es cierto  
que á varones tan altivos  
y á Reyes como don Jaime,  
brindan excelente vino?

—Brindan un reino y la gloria,  
Pedro Martell, tú lo has dicho,—  
contestó Guillén Cervera,  
el entusiasta caudillo.

Ramón Berenguer, el Grande,  
suyos hizo esos dominios;  
luego Mallorca nos pide  
venganza de agravio antiguo.—

—Venganza de agravio nuevo  
que está reciente, está vivo  
y en la mejilla nos quema,  
nos está pidiendo á gritos.

Que há poco los de Mallorca  
robaron vuestros navíos,  
y en mis nobles mensajeros  
me insultaron á mí mismo.—

Exclamó el Rey, con los ojos  
en viva lumbre encendidos,  
y á su voz, rumor creciente  
se fué alzando en el recinto.

Como en el monte abrasado  
por el rojo sol de estío,  
prende la chispa y se eleva  
trocada en airón rojizo;

y de arroyuelo de púrpura  
se hace lago y despues río,  
y á merced del viento crece,  
y se trueca en mar flamígero,



así prende el entusiasmo  
contagioso, alado, vivo,  
de aquellos bravos guerreros  
en los ardientes espíritus;

y arrojan chispas los ojos,  
y el verbo surge encendido,  
vibra, hiere y centellea  
como espada de dos filos.

—Señor; Mallorca es un reino  
tan hermoso como rico,  
Santa Ponza y Palomera  
puertos de fácil arribo;

naves tiene Barcelona,  
valor sobra á sus marinos;  
los nobles os darán gentes  
y las ciudades subsidios;

sangre os darán los soldados,  
oro os daremos los ricos;  
y si alguno os lo negare,  
que os lo presten los judíos.—

Dice al Rey Pedro Martell,  
con acento decidido;  
y—¡A Mallorca!—gritan llenos  
de entusiasmo los caudillos.

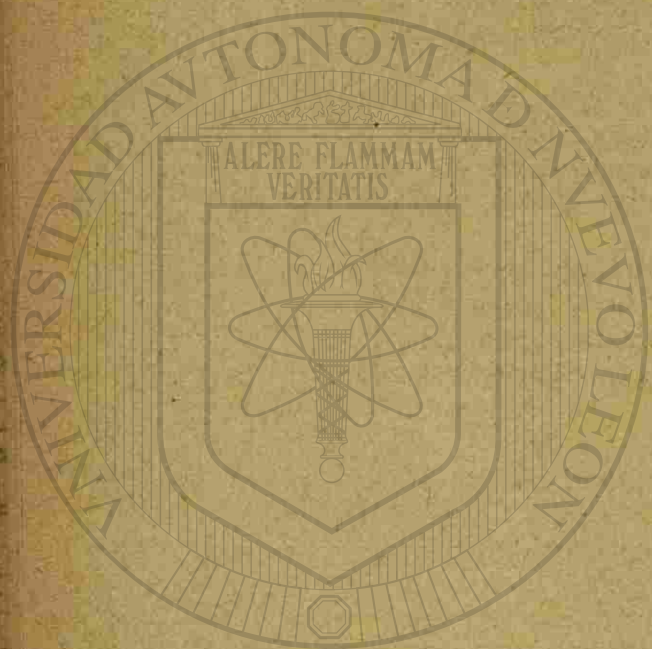
—No seré yo, por mi vida,  
quien estorbe esos designios;  
Cortes tendré en Barcelona,  
para las Cortes os cito:

pedidme, á la faz del reino,  
lo que aquí me habéis pedido;  
y Aragón y Cataluña  
verán crecer sus dominios.—

Dijo el Rey, y á sus palabras  
respondió, unánime, un ¡vitor!....  
¡La comida de Martell  
tuvo unos postres magníficos!

Del banquete surgió un reino:  
por eso, de siglo en siglo,  
para ejemplo de grandezas,  
brilla en la historia esculpido.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

## LA FLOTA



MALLORCA va don Jaime,  
puesta la esperanza en Dios,  
y en las proras de sus leños  
las banderas de Aragón.

Las banderas que la tierra  
de rodillas acató;  
por las que Roger de Lauria  
respondió al Conde de Fox,

que de su Rey sin licencia  
ni una nave el mar surcó,  
ni asomó un pez de sus olas  
bajo la clara extensión;



que en señal de vasallaje  
no mostrara al rojo sol,  
sobre su cota de escamas,  
los blasones de Aragón.

Del terral la ventolina  
las blancas velas hinchó;  
la flota empezó á moverse  
de los clarines al son.

Tan sediento está de glorias  
el bravo Conquistador,  
que cualquier viento le place  
con tal que le lleve en pos.

La galera Capitana  
manda el vizconde Ramón,  
á quien siguen San-Vicens,  
Mataplana y Cervelló.

Otra lleva á Nuño Sánchez,  
el Conde del Rosellón,  
y con él van los Vernet,  
Rocaberti y Espanyol.

Y á la nave del Obispo  
En Berenguer de Palou,  
á quien prestan obediencia  
Tayava y Guillén Ramón,

sigue la nave del Temple  
que manda el Comendador,  
y detrás las que Marsella  
al rey don Jaime envió.

Representando á Narbona  
en tan solemne ocasión,  
va un navío de tres puentes  
que grande asombro causó.

Todos compartir quisieron  
de aquella empresa el honor;  
junto al pendón de Provenza  
flota el genovés pendón.

Trabuces y galeotas  
como enjambre van en pos;  
tóridas con los corceles  
que relinchan de pavor;

detrás, barcas que tripulan  
con alegre confusión  
chusma y gente allegadiza  
que con la fama acudió,

y en cuyas filas se mezclan  
el marino y el peón,  
el arquero y el judío,  
el fraile y el vendedor;

con el golfin castellano  
el juglar del Languedoc;  
y el almogávar indómito  
con el gentil trovador.

Tras de todas va la nave  
del alemán En Carroz:  
dieciséis mil combatientes  
siguen al Rey de Aragón.



En cotas, yelmos y picas  
se refleja el vivo sol,  
y en el ancho mar las armas  
vestidas de resplandor.

Como lucen los bridones  
en la gualdrapa el blasón,  
las regias naves ostentan  
cien pavese en reedor;

y en sus mástiles tremolan  
con vistosa profusión,  
señeras, pendones, flámulas  
de brocado y tornasol.

De Montpellier la galera  
manda su regio Señor,  
que, á fuer de buen Almirante,  
barcos y gente ordenó.

Y en lanchas que desafían  
de los mares el rigor,  
legiones de aventureros  
se embarcan con su ambición.

Hace un heraldo la seña:  
la chusma grita:—¡*Aa y oz!*—  
se tiende sobre los remos  
con poderoso vigor;

y como el corcel de guerra  
que el acicate sintió,  
la ola en su lomo de espumas  
levanta la embarcación.

A la patria los guerreros  
mandan el postrer adiós,  
y la patria los saluda  
con inmensa aclamación.

Apenas surge la armada  
de las aguas de Salou,  
las naves de Tarragona  
raudas la siguen en pos.

Alas de cisnes parecen  
las lonas que el viento hinchó;  
alas con que á la victoria  
vuela el César español.

Las quietas olas hendía  
de Jaime la embarcación,  
cuando el viento de improviso  
en *leveche* se tornó.

El cómitre y los pilotos  
dijeron al Rey:—Señor,  
para llegar á las islas  
contrario viento se alzó;

mandad que al puerto volvamos,  
y aguardad tiempo mejor.—  
—Rumbo á las islas iremos,  
plazca á los vientos, ó no.

Si en nombre de Dios salimos  
á ganar con noble ardor  
nuevo reino que le adore,  
que á salvo nos ponga Dios.—



Los marinos se inclinaron  
ante el nombre del Señor,  
y la fe, ciega, divina,  
tomó del barco el timón.

Al costado de la flota,  
bogando á *toca penol*,  
la nave del rey don Jaime,  
la postrera que zarpó,

cortando el mar, como el viento  
corta gallardo el alción,  
de una soberbia bordada  
dejóse la flota en pos.

Y cuando en el rojo ocaso  
rodaba el disco del sol,  
como adarga de rubíes  
sobre purpúreo albornoz,

mudóse el viento, y cubierta  
del vespertino arrebol,  
Mallorca por el Oriente,  
como un astro apareció.

Por no ser vista del puerto,  
con discreta prevención  
arrió la flota sus velas  
á tiempo que el mar calmó.

Y para alumbrar las aguas  
que surca el Conquistador,  
la luna en el horizonte  
su enorme disco encendió.

Por seña la Capitana  
lleva en la prora un farol,  
y otro luce sobre el mástil  
la galera de En Carroz.

Uno en la cerviz del monstruo  
brilla cual ojo avizor,  
y el otro su aguda cola  
remata en fúlgido arpón;

que entre ambas remotas luces  
se arrastra mudo y veloz,  
todo nervio, escama y garras,  
el formidable dragón.

Profundo surco en las olas  
deja el trasgo nadador,  
surco enorme, do la luna  
siembra estrellas en montón.

En medio de la bonanza  
y del buen viento á favor,  
de Montpellier la galera  
sus blancas lonas largó.

Todas siguieron su ejemplo;  
pero alzándose á traición  
el Noroeste, una nube  
del mar al cielo subió.

De la nave Capitana  
el cómitre, en ronca voz,  
á las *muras* y á las *drisas*  
sus marineros mandó.



Mas súbito, *por la lua*  
tomó el *noto* arrollador  
á la nave: —¡*Arria, arria!*  
grita la tripulación.

Chocan los contrarios vientos  
con espantoso fragor,  
y la chusma astrosa y brava  
se revuelve entre los dos.

Azotados por las lonas,  
que sacude el aquilón,  
*toman rizos* los valientes,  
y el viento dobla el rigor.

Hierve el pecho del Tirreno  
con sorda respiración,  
y con las olas, los barcos  
sorbe anheloso y feroz;

mas agua y barcos resurgen  
en revuelta confusión,  
blancas de espuma las vergas,  
lívido el mar de furor;

y á las nubes se levantan  
con un impulso las dos,  
la ola y la nave luchando,  
la fiera y el gladiador.

Por taludes de esmeralda  
ruedan barcos en montón,  
reina un silencio espantoso;  
fatídico, aterrador.

Cada cual oye los golpes  
de su propio corazón,  
de los vientos los aullidos,  
del mar el grito feroz.

Roba el miedo á los más fuertes  
con el habla la color;  
crujen mástiles y cascos...  
¡No hay humana salvación!

Dominando al mar y al viento,  
suena robusta una voz;  
es la voz del rey don Jaime,  
que en ningún riesgo tembló.

¡Grande, sublime espectáculo,  
un Monarca vencedor  
en medio de la borrasca  
sereno hablando á su Dios!

—¡Señor Dios de los ejércitos,  
por vos Soberano soy;  
vuestras son aquestas vidas  
como el mar y el aquilón:

mas cudad no sufra mengua  
la hazaña que se emprendió  
para ganaros un reino  
fiando en vuestro favor.

Ved que si aquí sucumbimos,  
perdeís la conquista Vos,  
y queda huérfano y sólo  
vuestro pueblo de Aragón.

Vos, por quien reinan los Reyes,  
no me desoigáis, Señor,  
ya que en vuestra fe seguro  
nunca mi pecho temió!—

No bien terminó don Jaime  
su fervorosa oración,  
una idea salvadora  
su pensamiento alumbró.

—¿Por qué arribar á Poblensa  
del tiempo con el rigor?  
Decid, Berenguer Gayrán,—  
al cómitre preguntó:—

¿No hay por ventura en la isla  
y en opuesta dirección,  
puerto á que el viento nos lleve?  
—La Palomera, Señor,

cerca de la Dragonera,  
que es un altivo peñón  
con un pozo de aguas dulces,  
que en un tiempo probé yo.—

—Pues, boguemos de arribada,  
izad velas, porque Dios  
con el viento de Provenza  
nos conduce á salvación.—

Reanimóse la esperanza,  
multiplicóse el vigor;  
á la voz de los pilotos,  
la armada entera viró,

y arribó á la Palomera  
del viento con tal favor,  
que ni una nave, ni un hombre,  
ni un remo en el mar dejó.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XI

## SIZIO DE MALLORCA

**A**

PENAS sobre los mares  
divisó la regia flota,  
sobre sus fuertes cimientos  
tembló de espanto Mallorca.

Acordó el Rey con los nobles  
arribar á Santa-Ponza,  
mientras Sánchez y Moncadas  
reconocían la costa.

Y hallándose en Panteleu  
Jaime con su hueste toda,  
llega á nado el moro Alí,  
á los regios pies se postra,

y dice en tono profético  
estas frases misteriosas:  
—Mi madre, que de los astros  
sabe las leyes recónditas,

me manda, Señor, decirte,  
que con letras luminosas  
leyó en el azul del cielo  
que serás Rey de Mallorca.—

Por buen augurio tuvieron  
las gentes supersticiosas  
la predicción halagüeña  
de la fechicera mora;

y Alí, que al Emir servía,  
de la ciudad y sus tropas  
dió indicios, que le valieron  
recompensa generosa.

Con gran prisa se congregan  
de Palomera en la costa  
los guerreros musulmanes,  
y, en tanto, hacia Santa-Ponza

doce galeras cristianas  
doce tóridas remolcan,  
bogando, con gran sigilo,  
de la noche entre las sombras.

Ni una voz suena en los barcos,  
ni un remo la mar azota;  
sólo en tal calma se escuchan  
las quillas que el agua cortan.

Cuando advirtió el enemigo  
la atrevida maniobra,  
ya estaba anclada en el puerto  
de los cristianos la flota.

Bernardo del Ríu de Meya  
pisó el primero á Mallorca,  
tomó un pendón, y clavólo  
sobre un alto de la costa.

Los Templarios, los Moncadas  
y otros nobles, sin demora  
con setecientos infantes  
puesto en la colina toman;

y al llegar los sarracenos,  
tan escasa y brava tropa  
puso á cinco mil infantes  
y un escuadrón en derrota.

Cuando el valiente don Jaime  
desembarcó en Santa-Ponza,  
dióle Ramón de Moncada  
la nueva de la victoria.

Rigiendo el corcel de guerra  
grita el Rey con voz sonora:  
—Pues que la primer batalla  
sin Nós se ganó en Mallorca,



¿Quién nos sigue?—

A las monturas  
de sus caballos se arrojan  
veinte bravos mesnaderos  
sedientos de lucha y gloria;

parte el Rey con sus jinetes,  
á los infieles arrolla,  
y va sembrando el espanto  
al rayo de su tizona.

**C**UANDO en los labios de Oriente  
bañados de oro y de rosa,  
como sonrisa del cielo  
temprana asomó la aurora,

en la tienda del Monarca,  
que es de seda blanca y roja,  
con tapices orientales  
por colgaduras y alfombra,

ante un rico altar portátil  
de jaspe con anchas orlas  
de oro, en que grabó el orfebre  
las imágenes devotas,

entre inscripciones latinas  
perlas y piedras preciosas,  
y reliquias encerradas  
en vidrio ó cristal de roca,

En Berenguer de Palou,  
Obispo de Barcelona,  
celebra la santa misa  
pidiendo á Dios la victoria.

Barones y ricos-homes,  
ceñidas las férreas cotas,  
conmovidos y fervientes  
presencian la ceremonia.

Terminado el sacrificio,  
En Berenguer los exhorta  
á vencer ó dar la vida  
conquistando eterna gloria.

Luego, en las unguidas manos  
alza el prelado una hostia,  
y al Vizconde del Bearn,  
que al suelo la frente dobla,

brinda el manjar de los ángeles,  
que humilde Moncada toma,  
mientras dos ardientes lágrimas  
su aguerrido rostro mojan.

¿Qué siente el bravo Vizconde,  
que cual débil niño llora?  
¡Quizá algún ángel le anuncia  
que al fin de su vida toca;

que no volverá á su patria  
ni á los brazos de su esposa,  
ni verá el sol de otro día,  
ni gozará la victorial



Mas ya suenan los clarines,  
ya los tambores redoblan,  
ya relinchan los corceles  
mientras sus dueños los montan;

ya caminan los cruzados  
contra la grey de Mahoma,  
con las banderas tendidas  
y al són de guerreras trompas.

Delante van los del Temple  
con su enseña vencedora;  
sus espadas centellean,  
sus mantos al aire flotan

y en ellos se ven de lejos  
destacar las cruces rojas;  
parecen cisnes heridos  
que sangran del ala rota;

con ellos marcha Moncada,  
que el grito del alma ahoga,  
y junto al Conde de Ampurias  
el riesgo sereno afronta;

detrás cabalga don Jaime,  
que espera á Nuño y sus tropas,  
y al escuchar desde lejos  
el fragor de la discordia,

prorrumpe:—¡Santa María,  
ayúdalos, que ya chocan!—  
En esto llega don Nuño  
con su hueste numerosa;

sobre el forrado perpunte  
viste don Jaime una cota  
que un caballero le ofrece,  
y hacia el peligro se arroja.

En tanto, el Conde de Ampurias  
y los del Temple, en mal hora,  
por simular un ataque  
suben á vecina loma.

Solos entrambos Moncadas  
con Guillén de Mediona,  
resisten el fiero empuje  
de toda la hueste mora.

En vano de tantos golpes  
sus nobles armas se embotan;  
en vano el espanto siembran,  
en vano la muerte arrostran;

las duras mazas moriscas  
sus altos yelmos abollan,  
y entre un mar de hierro y sangre  
sus brutos heridos botan.

Muchedumbres de enemigos  
los aplastan, los destrozan;  
y aún los bravos campeones  
la ruda embestida afrontan.

En Guillén, muerto el caballo,  
la lanza en astillas rota,  
á pie y mal herido, aún blande  
la espada hasta el puño roja;



pero al peso de mil golpes  
la noble cabeza dobla  
el caballero de Cristo,  
y ya muerto se desploma.

Más allá, manando sangre  
por las mallas de la cota,  
yace Ramón de Moncada  
partida la frente heroica.

De los tres tan sólo queda  
En Guillén de Mediona,  
que de una piedra enemiga  
tiene deshecha la boca.

Loco de pena se aleja  
de aquel lugar que le asombra;  
mas, de pronto, encuentra al Rey  
que hacia el combate galopa.

—¿Por qué os volvéis?— dice Jaime.  
—Herido estoy en la boca,  
contesta En Guillén; el Rey  
la rienda al caballo toma,

y dice, airado, al jinete:  
—¿Y por tal rasguño torna  
la faz al riesgo el más hábil  
justador de Barcelona?

—¡Volvéos á la batalla!—  
Con la noble faz, más roja  
del rubor de aquella afrenta  
que de la sangre que brota,

volvió el rendal y partióse;  
y por vindicar su honra  
se hizo matar en el campo  
En Guillén de Mediona.

Flotaba sobre la altura  
una enseña blanca y roja,  
á tiempo que sir Guilleumes  
pasó ante el Rey con su escolta.

—¡Don Nuño, vamos con ellos!  
dijo con voz imperiosa—  
don Jaime, que van sin orden  
y pronto irán en derrota.

Rui Ximénez de Luesia  
y Pomar las riendas toman  
al caballo del Monarca,  
y entrambos su marcha estorban.

—¿Por ventura, caballeros,  
soy yo fiera, á quien se doma?  
No soy león ni leopardo,  
soltadme: pues se os antoja,

me detendré... ¡Plegue al cielo  
que no os pese tal demora!—  
Llegó en esto Barberá,  
con faz turbada y ansiosa

llamó á don Nuño al combate,  
y el bravo Rey, con voz ronca,  
gritó:—¡Al campo, vive Cristo,  
que no habrá quien se me oponga!



—¡Cierto que león de armas  
el mundo entero os pregona;  
mas guardáos, rey don Jaime,  
que monstruos la guerra aborta!—

Clama Nuño, y sin oírle  
Jaime al combate se arroja;  
los cien bravos caballeros  
de su mesnada le escoltan;

y cuando ya los cristianos,  
replegábanse en derrota,  
gritan en medio las filas  
cien voces atronadoras:

—¡Ved la señera del Rey!  
Y en torno de ella se agolpan  
los desbandados guerreros,  
cuyo esfuerzo se redobla

ante el valor del Monarca,  
cuya enseña vencedora  
ahuyenta á los enemigos  
como ahuyenta el sol las sombras.

La masa de los cristianos  
á los infieles arrolla;  
más de dos mil sarracenos  
huyendo van en derrota:

y el noble don Nuño Sánchez  
dice al Rey con faz radiosa:  
—¡Bien haya vuestro ardimiento,  
que nos llevó á la victoria!—

**A**SENTADO está ya el campo  
frente á frente de Mallorca;  
las blandas auras marinas  
que rizan del mar las ondas,

mueven los frágiles muros  
de aquella ciudad de lonas,  
de mástiles y de cuerdas,  
de recamadas estofas,

de tapices y cendales,  
de postes y de maromas,  
de lanzas y de pendones,  
flámulas y banderolas;

que á orillas del mar parece  
bandada de gaviotas,  
que baten sus leves alas,  
á tender el vuelo prontas.

¿Por qué cruzan los reales  
tantas fúnebres antorchas?  
Dos veces el sol se ha puesto  
desde que alumbró la rota

del Emir, y los Moncadas  
hallaron muerte gloriosa;  
y á sepultar van sus cuerpos  
los que por sus almas lloran.



Las olas del mar golpean  
sin cesar contra la costa,  
como campanas dolientes  
que á muerto llorando tocan.

Los prelados, revestidos  
con albas, mitras y estolas,  
los del Temple con sus hábitos,  
los guerreros con sus cotas,

unos con hachas de cera,  
otros con rojas antorchas,  
se congregan tristemente  
junto á las cavadas fosas,

en torno de los cadáveres  
que yacen en rica alfombra,  
ceñidas las armaduras  
cubiertas de sangre y gloria.

Tienen por digna mortaja  
el pendón de Barcelona.  
¡Bien están bajo sus pliegues  
los que por su honor se inmolan!

Prelados y ricos-homes  
junto á los muertos se postran,  
y el dolor de que están llenos  
como un torrente desborda.

No se avergüenzan los bravos  
de aquel llorar que les honra;  
cuanto más grandes las almas,  
más tiernas, más generosas!

También el gallardo Jaime  
con el rostro oculto, llora;  
que el llanto, como las fuentes,  
surge también de las rocas.

Mas súbito, sacudiendo  
la rica melena blanca,  
como el león que despierta,  
levanta la faz hermosa:

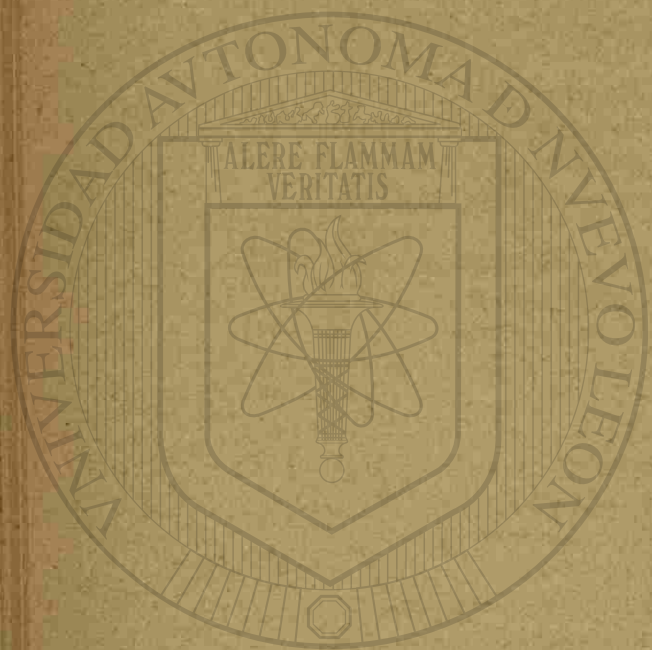
—Barones, basta de llanto,—  
dice:—basta de congojas;  
que si el llanto no es mancilla,  
llorando el valor se agota:

con estos dos ricos-homes  
perdí más que una corona;  
¡darles quisiera la vida  
de mi propia sangre á costa!

Mas siendo aquesto imposible,  
ya que en Dios sus almas gozan,  
sepultemos sus cadáveres;  
y porque nunca esas fosas

profanen plantas infieles  
turbando el sueño de gloria  
de tan bravos campeones...  
¡conquistemos á Mallorca!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



XII

## ¡AL ASALTO!

ERCADO está el campamento  
de una fuerte empalizada;  
corre por medio una acequia,  
que es límite que separa

los soldados de Aragón  
de la hueste catalana,  
y en el cerrado recinto  
bulle muchedumbre varia.

Tan diversos trajes viste,  
tan distintas lenguas habla,  
tales contrastes ofrece  
y tanto de aspectos cambia,



que atrayendo los sentidos  
los excita, los embriaga,  
y hartándolos de emociones,  
más emociones les guarda.

Y es milagro incomprensible  
que tal muchedumbre vaya  
de una voluntad pendiente,  
como va el cuerpo del alma.

Con las feudales milicias,  
severas y bien armadas,  
se mezclan las comunales  
con sus hoces y sus hachas;

al lado de los barones  
con sus vestes recamadas,  
con sus espuelas de oro,  
con sus cimeras gallardas,

sus cotas y capellares  
de resplandecientes mallas,  
se ve al ágil balletero  
con su perpunte y su aljaba;

al peón con su justillo  
y sus mal ceñidas calzas;  
junto al heraldo de corte  
con su bordada dalmática,

pasan los almogaváres,  
los hijos de las montañas,  
que hacen alarde de rudos  
y de sus harapos gala.

De Muradal en la Sierra  
nacen esas gentes bravas,  
las fieras no las asustan  
porque de ellas son hermanas;

yacen en los mismos antros,  
beben de las mismas aguas,  
comen de las mismas hierbas,  
viven de lucha y matanza:

tienen el salto del tigre,  
del lobo la astuta maña,  
del león las crines sueltas,  
indómitas y rizadas;

el olfato y el oído  
de los sabuesos de caza;  
y con el mirar del lince  
los raudos vuelos del águila.

El almogavar soberbio,  
sirve bien á quien le paga;  
por todo vestido lleva  
sobre las carnes tostadas

corta gonela de cuero,  
cual la gorra y las abarcas;  
luengo cuchillo al costado,  
arco, flechas y una aljaba,

completan el sobrio equipo  
de aquel león de batallas,  
que vence solo á un jinete  
armado de todas armas,



que sigue á sus adalides  
por atajos y montañas,  
ó tras sus almocadénés  
ciego á caballo se lanza;

que sube como la corza  
y como el torrente baja,  
y no tiembla, ni vacila,  
ni se rinde, ni se cansa.

Los marineros de Génova,  
de Cataluña ó de Francia,  
los golfines castellanos,  
la chusma alegre y bizarra,

atrevida y malandante,  
astrosa y desordenada,  
todos bullen y se mueven,  
trabajan, gritan ó charlan.

Allá suena de Castilla  
la rica y sonora fabla;  
allí con el de Provenza  
se mezcla el verbo de Italia,

y el rudo francés del Norte  
con inflexiones germánicas,  
al dulce dejo morisco  
de las gentes castellanas;

aquí un trovador entona  
la canción de la cruzada;  
allá pregona un judío  
reliquias de Tierra Santa,

con los cantos provenzales  
suenan *novas* catalanas;  
con guerreros *serventesios*,  
dulces y amantes *albadas*;

canciones aragonesas,  
abuelas de las *rondallas*;  
y relinchos de corceles,  
y gritos y carcajadas.

En los guerreros ingenios  
las gentes de mar trabajan,  
y construyen los *trabuco*s  
con antenas y con jarcias.

Frente á frente se contemplan,  
desde el campo y la muralla,  
*catapultas* y *fundibulos*,  
*manteletes* y *algaradas*:

monstruos con nervios de hierro  
cuya sola vista espanta,  
cuyos miembros colosales  
crujiendo suben y bajan;

fieras que truenos y rayos  
abortan de sus entrañas,  
cuando de sus anchas bocas  
mil muertes rugiendo lanzan.

Uno de aquellos gigantes  
*En-Arnaldes* se llamaba,  
que con nombres de guerreros  
bautizan las tales máquinas,



ya que se mueven y gritan,  
luchan, destruyen y matan,  
con tal acierto y bravura  
como si tuvieran alma.

Jazperto de Barberá,  
de la hueste catalana,  
las obras del sitio ordena  
y los ingenios emplaza;

y mientras los muros baten  
trabucos, manganos, gatas,  
se oye el golpear confuso  
de los picos y las palas

con que moros y cristianos  
dentro de las minas cavan,  
abriendo paso á la muerte  
de la tierra en las entrañas.

**F**UERTE resiste Mallorca,  
firme Don Jaime la ataca;  
osados son los del campo,  
tenaces los de la plaza.

Colmados están los fosos,  
las fortalezas minadas,  
la ciudad llena de muertos  
y de escombros las murallas.

Mas las brechas que de día  
abren las guerreras máquinas,  
los incansables sitiados  
por la noche las reparan.

Pero del Rey los ingenios  
embisten con fuerza tanta,  
que deshacen de los moros  
trabuquetes y algaradas;

y tantas piedras vomitan  
que ya el trabajo no basta,  
y aportilladas, deshechas,  
se derrumban las murallas.

Las fuertes torres del muro  
por el cimientó minadas,  
con estacas y con vigas  
los peones apuntalan,

untan los troncos de brea,  
les prenden fuego, y escapan;  
retuercéense los maderos  
en los brazos de las llamas,

crujen, se parten y ruedan  
las erguidas torres altas,  
entre una nube de polvo  
y una infernal algarada.

Redóblase con el éxito  
de los cristianos la audacia,  
y con el despecho crece  
de sus contrarios la saña.



Al salir el sol, un día  
para acabar con la plaza,  
los soldados de don Jaime  
van á descargar sus máquinas,

cuando descubren atados  
encima de las murallas  
á los cristianos, cautivos  
de las gentes musulmanas.

Retroceden los soldados  
ciegos de espanto y de rabia,  
y asordan el campamento  
con sus gritos de amenaza.

Don Jaime al tumulto acude  
y al moro un mensaje manda,  
diciendo que ha de cobrarle  
tan vil astucia muy cara.

Mas no escucha el sarraceno  
ni mensajes ni amenazas,  
y el Rey, temblando de cólera,  
ante aquella invención bárbara

que ya á las puertas del triunfo  
los paraliza y los ata,  
jura por los altos cielos,  
rojo el semblante de rabia,

que nombre de Rey no quiere  
si al ganar aquella plaza  
no toma, para afrentarlo,  
al fiero Emir por las barbas.

Mientras se junta el Consejo  
en la tienda del Monarca,  
los cristianos combatientes  
se amotinan ó desmayan.

Por devolver el aliento  
á sus hermanos de armas,  
con acento más que humano  
los nobles cautivos claman:

—¡Tirad, tirad compañeros,  
que no se pierda la plaza!  
¿Qué son las miserables vidas,  
cuando por Dios se batalla?—

Asombrados los valientes  
ante abnegación tan santa,  
por sus tostadas mejillas  
sienten resbalar las lágrimas.

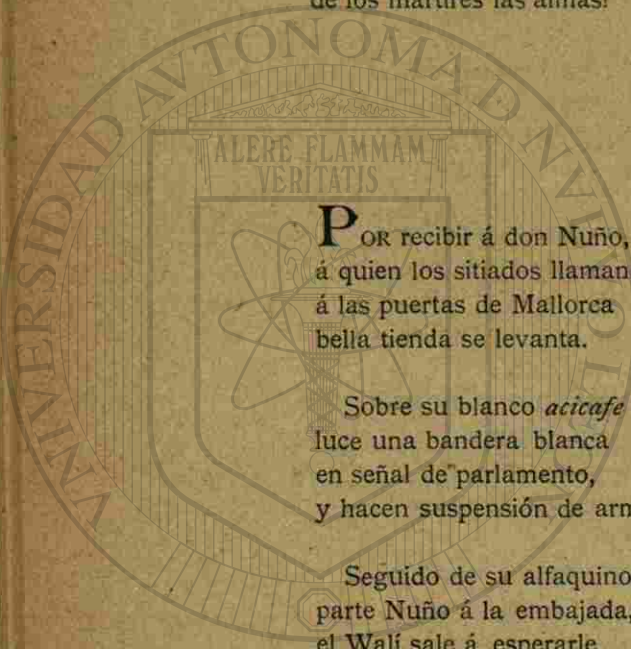
Pero, en esto, un caballero  
de orden del Consejo manda:  
“Que siga el tiro; y si mueren  
por tan digna y justa causa

los cautivos, en el cielo  
lograrán eterna palma,  
mientras los perros herejes  
hallarán pago á su infamia.”

Ardimiento, fe y espanto  
sembraron tales palabras;  
tornó el caballero riendas,  
crujieron las recias máquinas;



descargáronse... ¡Un gemido  
sonó en las rotas murallas,  
y al cielo volaron juntas  
de los mártires las almas!



**P**OR recibir á don Nuño,  
á quien los sitiados llaman,  
á las puertas de Mallorca  
bella tienda se levanta.

Sobre su blanco *acicate*  
luce una bandera blanca  
en señal de parlamento,  
y hacen suspensión de armas.

Seguido de su alfaquino  
parte Nuño á la embajada,  
el Walí sale á esperarle  
y ambos á la tienda pasan.

Con grande sigilo en ella  
siguen animada plática;  
en vano el Emir se obstina  
en mantener su arrogancia,

queriendo rendir con oro  
al que le rinde con armas;  
indignado Nuño Sánchez  
toda transacción rechaza,

y ante su firme propósito  
le dice el Walí que vaya  
á decir al Rey don Jaime  
que suya será la plaza,

si, respetando las vidas  
de los que dentro se hallan,  
las naves de los cristianos  
los ponen á salvo en Africa.

Por cada cabeza mora,  
si se le otorga tal gracia,  
cinco besantes de oro  
dará el Emir al Monarca.

Vuelto Nuño al campamento,  
dió cuenta de su embajada  
ante el Rey y ante los nobles  
que en su tienda le esperaban.

Apenas del sarraceno  
Nuño expresó la demanda,  
de Barcelona el Obispo  
se alzó para desecharla,

pidiendo en nombre del cielo  
que á los muertos se vengara;  
todos del Obispo aplauden  
las fatídicas palabras;

más que todos, los barones  
del linaje de Moncada,  
que por su sangre vertida  
mares de sangre reclaman.



Y á despecho de don Nuño,  
y á despecho del Monarca,  
desechóse todo pacto  
á la voz de la venganza.

Al saber que los cristianos  
toda avenencia rechazan,  
furiosos los sarracenos  
sangre y exterminio claman.

La rabia los multiplica,  
la indignación los inflama,  
y al paso que el riesgo crece,  
su fiero valor se agranda.

Desesperados, frenéticos,  
á los sitiadores lanzan,  
con las piedras de sus muros  
los escombros de sus casas;

ya que al odiado enemigo  
tienen que entregar la plaza,  
recogiendo sus pedazos,  
se los tiran á la cara.

Los honderos mallorquines,  
que de diestros gozan fama,  
lluvias de piedras arrojan,  
y sangre los campos manan.

Para infestar la ciudad,  
al impulso de sus máquinas,  
le arrojan los sitiadores  
corrompidas alimañas;

y á veces, moras cabezas  
lívidas y ensangrentadas,  
projectiles monstruosos  
¡que engendran furia y venganza!

En tanto, en el campamento  
faltan oro y vituallas;  
hiela el frío á los soldados,  
la lluvia la tierra encharca:

se paralizan las obras  
que inunda ó destruye el agua;  
los hacinados cadáveres  
vapores de muerte exhalan...

Y entonces, los fieros nobles  
cuya entereza desmaya,  
ruegan á Jaime que acepte  
la avenencia desechada.

—Más nos valiera, barones,  
que á su tiempo se otorgara,  
que el rey de Aragón no acepta  
tratos que una vez rechaza;—

Dijo airado el Soberano,  
y ya en torno murmuraban,  
cuando el bravo Nuño Sánchez  
con noble ardimiento exclama:

—Barones, fijese un plazo  
para librar la batalla,  
y juremos por Dios vivo  
¡morir ó tomar la plaza!



Responde á la voz de Nuño  
aclamación entusiasta:  
sobre los cuatro Evangelios  
puestas las valientes palmas,

infanzones y magnates,  
escuderos, gentes de armas,  
juran rendir á Mallorca  
ó morir en la demanda.

**A**PENAS brilla en Oriente  
la primera luz del alba,  
cuando al són de los clarines  
todo el campo se levanta:

aún vigilan en sus puestos  
los atentos atalayas,  
cuyas ocultas hogueras  
por el humo se delatan,

y ya pajes y escuderos  
de uno en otro lado vagan,  
enjaezando á toda prisa  
los corceles de batalla;

recorriendo los arneses,  
desplegando las gualdrapas,  
colgando de los arzones  
los aceros y las mazas;

bruñendo los altos yelmos,  
limpiando las duras mallas,  
ó ciñendo á sus señores  
las ya relucientes armas.

Viste el arquero el perpunte,  
empuña el peón la estaca;  
unos se ajustan las grebas,  
otros el escudo embrazan,

y suenan voces, relinchos,  
trompas, clarines y cajas,  
que despiertan en los montes  
repetidas resonancias.

Sobre un alto de la costa  
sencillo altar se levanta,  
dó á la luz del sol naciente  
brilla enhiesta cruz de plata.

En torno de él se congregan  
las nobles tropas armadas;  
el Obispo de Gerona  
dice la misa; acabada

la ceremonia bendita,  
el fervoroso Monarca,  
de hinojos ante el Prelado,  
recibe la Hostia sagrada.

Ora, humilde, por el triunfo  
de la santa fe cristiana,  
y se alza firme y resuelto,  
con la faz transfigurada.

A la voz de los clarines  
que suenan llamando ¡al arma!  
fórmanse las fuertes huestes  
ordenadas en batalla;

el claro sol para verlas  
cendales de nubes rasga;  
como lago de diamantes  
brilla la tierra escarchada,

y relucen los arneses,  
y resplandecen las armas,  
los joyeles centellean  
y deslumbran las espadas.

De un corcel de Andalucía,  
que el cuello gallardo enarca  
y va sembrando de espumas  
frenos, pretal y gualdrapa,

apoyado en los estribos,  
sobre el borrén se levanta  
el apuesto Soberano  
cuya presencia avasalla;

cuyo juvenil semblante  
cercan las nacientes barbas,  
cual cercan al sol de Oriente  
sus esplendorosas ráfagas:

luce una veste de púrpura  
de cruces de oro sembrada;  
ciñe grebas y brazales  
que relumbran como plata;

y bajo el yelmo, en que brilla  
rico joyel de esmeraldas,  
juega el viento con las hebras  
de su melena dorada.

¡Cuán augusta, sobre todas,  
su figura se levanta!  
¡No hay un hombre en todo el mundo  
más alto de cuerpo y alma!

A lo largo de la costa  
brillan las haces formadas.  
Jaime, tendiendo la diestra,  
que cubre el guante de mallas,

hacia el muro de Mallorca,  
grita en voz sonora y alta:  
—¡Adelante, campeones,  
que Dios va con nuestras armas!—

Mas las tropas no se mueven...  
y asombrado el Rey exclama:  
—¡Señor, que en los que me sirven  
tan vil mancilla no caiga!

Valientes, ¿por qué dudáis?—  
Como una legión de estatuas  
la hueste inmóvil y muda  
parece en tierra clavada.

Por tercera vez resuena  
la voz del Rey, que arrebató;  
y aquella masa gigante,  
se estremece, se quebranta;



y un grito inmenso retumba  
resonando en las montañas.

—¡Santa María!—repiten  
las milicias catalanas.

—¡San Jorge!—los de Aragón,  
que es su grito de batalla;  
y aquel mar de olas de hierro  
contra la ciudad se lanza.

Mas antes que al muro llegue,  
cual niebla que el viento arrastra,  
sobre un caballo más blanco  
que la nieve en las montañas,

flotando dentro de un nimbo  
su cabellera dorada,  
y en medio de una aureola,  
su túnica suelta y blanca,

vuela un guerrero delante  
de las legiones cristianas;  
¡es San Jorge, que el primero  
penetra y quiso en la plaza!

En pos iban, Sir Guilleumes,  
el bastardo de Navarra,  
Ferrando Pérez de Pina,  
Gurb y Martínez de Eslava.

Y desoyendo de todos  
consejos, ruegos, plegarias,  
menospreciando la muerte,  
al frente de su mesnada,

con la señera tendida,  
Jaime por la brecha salta  
y entra al galope en Mallorca  
blandiendo su fuerte espada.

Por entre escombros y muertos  
y horror y estruendo y matanza,  
con bramidos de torrente  
ruedan las olas humanas;

niños, mujeres y ancianos  
huyen á la desbandada,  
y huyendo los moribundos  
entre ruinas se arrastran.

Choca el hierro contra el hierro,  
contra el escudo la adarga;  
la maza incrusta en las carnes  
á duros golpes las mallas:

cabezas llenas de vida  
derriba á cercén el hacha;  
los cascos de los corceles  
pechos y cráneos aplastan...

Mas pronto por los cruzados  
la victoria se declara;  
cincuenta mil prisioneros  
se rinden ante sus armas.

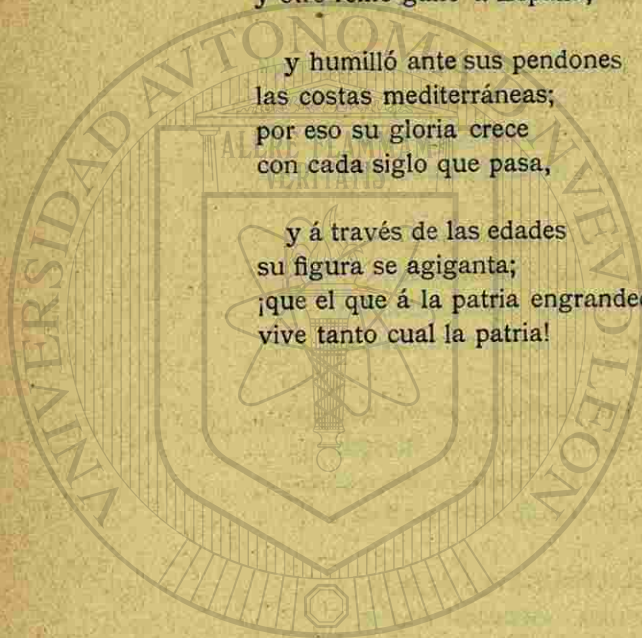
Y en las torres de Mallorca,  
antes que el sol se ocultara,  
las banderas de don Jaime  
victoriosas tremolaban.



Desde aquel glorioso día  
que en bronce esculpió la fama,  
ciñó Jaime otra corona  
y otro reino ganó á España,

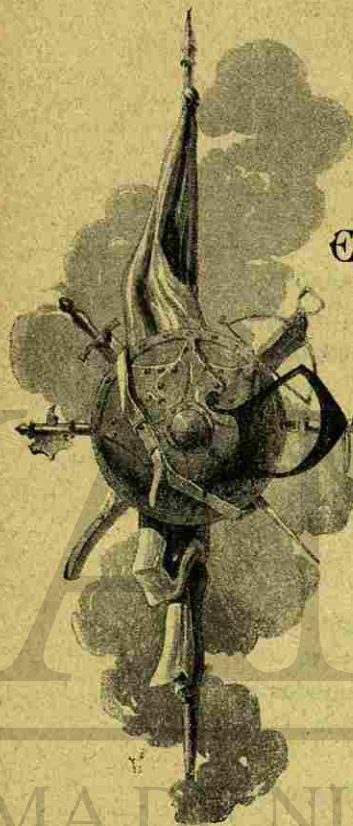
y humilló ante sus pendones  
las costas mediterráneas;  
por eso su gloria crece  
con cada siglo que pasa,

y á través de las edades  
su figura se agiganta;  
¡que el que á la patria engrandece  
vive tanto cual la patria!



## XIII

## El Puig de Santa María.



ESATADOS por la Iglesia  
los dulces lazos que unían  
al galante rey don Jaime  
con Leonor de Castilla,

fué jurado el niño Alfonso,  
cual hijo de unión legítima,  
á tiempo que para siempre  
vió deshecha su familia.

¡Cuán triste partió la Reina,  
cuán sola, cuán afligida!  
Que el Rey le cedió sus joyas,  
pero le robó su dicha.

¡En cambio, Leonor llevaba  
su joya de más valía;  
el infante don Alfonso,  
vida de su propia vida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

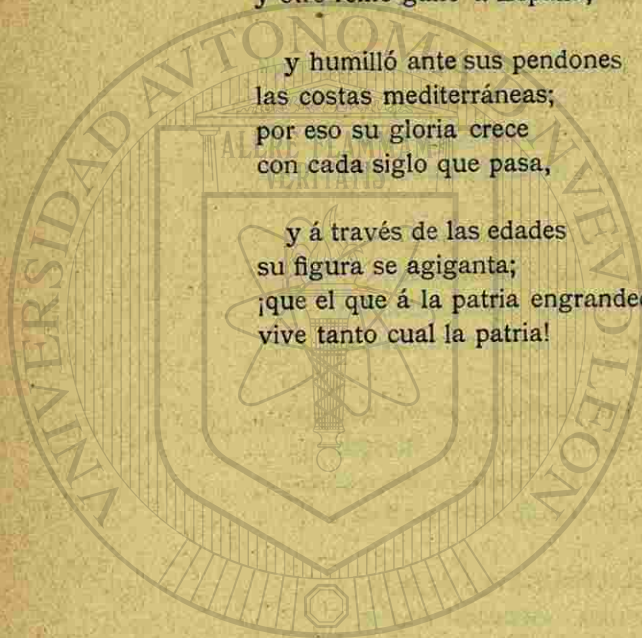
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Desde aquel glorioso día  
que en bronce esculpió la fama,  
ciñó Jaime otra corona  
y otro reino ganó á España,

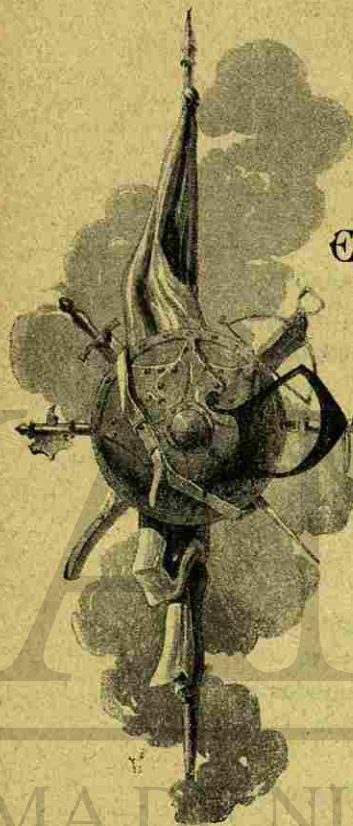
y humilló ante sus pendones  
las costas mediterráneas;  
por eso su gloria crece  
con cada siglo que pasa,

y á través de las edades  
su figura se agiganta;  
¡que el que á la patria engrandece  
vive tanto cual la patria!



## XIII

## El Puig de Santa María.



ESATADOS por la Iglesia  
los dulces lazos que unían  
al galante rey don Jaime  
con Leonor de Castilla,

fué jurado el niño Alfonso,  
cual hijo de unión legítima,  
á tiempo que para siempre  
vió deshecha su familia.

¡Cuán triste partió la Reina,  
cuán sola, cuán afligida!  
Que el Rey le cedió sus joyas,  
pero le robó su dicha.

¡En cambio, Leonor llevaba  
su joya de más valía;  
el infante don Alfonso,  
vida de su propia vida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Cándida flor de aquel árbol  
que la desgracia abatía;  
capullo que abre en la rama  
ya del tronco desasida!

Más tarde, doña Leonor  
cobró en la villa de Ariza  
el postrer dón del esposo  
que para siempre perdía.

Que de Aragón en el reino  
dejó, al tornar á Castilla,  
la corona, el cetro, el alma  
en dos mitades partida.

¡Rey galante, mal recuerdas  
de tu madre las desdichas,  
brindando á Leonor el cáliz  
que apuró doña María!

Mientras la infelice Reina  
por su muerto amor suspira,  
concierta el Rey nuevas bodas  
con la Princesa de Hungría.

Gime la esposa olvidada,  
sonríe la prometida;  
Leonora recibe pésames,  
Violante recibe albricias.

¡Tan escasa es la ventura  
de esta existencia mezquina,  
que del dolor de los unos  
tejen los otros sus dichas!

La ciudad de Montpellier  
con su rica Señoría,  
el Vallespir, la Cerdaña,  
feudos, condados y villas,

de los regios esponsales  
fueron las arras magníficas.  
¡Bien puede regalar reinos  
el Rey que tantos conquista!

De la noble Barcelona  
en la opulenta basílica,  
se unieron en santos vínculos  
Jaime y Violante de Hungría.

Y desde entonces vivieron  
los dos con la propia vida;  
del invicto Soberano  
fué Violante esposa digna.

De los campos de batalla  
sufrió con él las fatigas;  
Jaime escuchó sus consejos  
y la asoció á sus conquistas;

compartió con ella el trono  
y aquella gigante vida  
del que sintió con sus pueblos  
luchas, glorias y agonías.

Y ya en las frágiles tiendas  
del enemigo á la vista;  
ya en los dorados alcázares  
de las ciudades vencidas,



Jaime y Violante vivieron  
de la grandeza en la cima,  
viendo crecer á sus hijos  
mientras sus reinos crecían.

**C**IEN jinetes manda Entenza,  
Ben-Zeyán seiscientos guía;  
tiene el Puig dos mil infantes,  
cuarenta mil la morisma.

—¿Qué podrán, Guillén de Entenza,  
nuestro arrojo y valentía,  
si veinte veces más fuertes  
son las huestes enemigas?—

Así, en boca de un guerrero,  
se expresa la razón fría;  
pero En Guillén de Aguiló,  
por el entusiasmo, grita:

—Mal hablasteis, caballero;  
por tanto, sufrid que os diga  
que en la guerra las razones  
suenan siempre á cobardía;

si son muchos los guerreros  
que Ben-Zeyán acaudilla,  
muchos más seremos todos  
si el valor nos multiplica.

¿Cuándo se plegó en el riesgo  
de Aragón la enseña altiva?  
¿Quién vió en fuga nuestras huestes  
ni nuestras armas rendidas?

¿Qué fuerza habrá que nos venza,  
si Dios nuestros brazos guía?  
Y entre la muerte y la infamia,  
¿cuál de vosotros vacila?—

—¡Ninguno!—gritan mil voces.  
—¡Ninguno!—el de Entenza grita.  
No hay peligros que intimiden  
á los que en el cielo fian.

La fe que allana los montes,  
la fe, es Dios que nos anima;  
Dios que inflama nuestras almas  
y en nuestros pechos palpita.—

En tanto hablaba el caudillo,  
su frente resplandecía,  
sus palabras eran llamas,  
sus miradas lumbre viva;

fuego exhalaba su aliento,  
lava en sus venas corría;  
y así dijo á sus valientes,  
con voz firme y decidida:

—No esperemos que el asalto  
nuestro castillo resista;  
luchemos, en campo abierto,  
cuando luzca el nuevo día.—

**B**uen golpe de gentes baja  
del castillo con gran prisa,  
y en varios grupos descienden  
hasta la playa vecina.

Tres galeras catalanas  
hay ancladas en la orilla,  
los soldados se apoderan  
de armas, trompetas, divisas;

cuanto las naves contienen:  
da, gustosa, la marina,  
y los del Puig, con tal carga,  
tornan con planta solícita.

¿Qué sucede en el castillo?  
Nadie duerme, todos gritan;  
por patios y por almenas  
brillan luces fugitivas.

Ancho pendón forman éstos  
con banderas añadidas;  
aquéllos, frenos, gruperas  
y monturas improvisan;

y con tales paramentos,  
rocines de carga ensillan;  
viendo las rústicas bestias  
disfrazadas en tal guisa,

aun á las puertas del riesgo  
la gente moza se anima,  
y en tales momentos rompe  
en franca y sonora risa.

Reprimen los caballeros  
la algazara intempestiva,  
y la actividad redobla  
al paso que llega el día.

Ya asoma por el Oriente  
bañado en rosadas tintas,  
y las gentes del castillo  
se agrupan en su capilla.

Allí, humildes los valientes,  
tras de asistir á la misa,  
confortaron sus espíritus  
con el manjar de la vida.

Ya sale la hueste armada;  
formada en el alto brilla,  
y en dos cuerpos la divide  
de Bernardo la pericia.

Deja para sí las tropas  
veteranas y aguerridas,  
y de Guillén de Aguiló  
al mando, el resto confía.

De Guillén las bravas gentes  
son la mesnada fingida,  
con peones y rocines  
que el falso estandarte guía:



tan bien simulado estaba  
con las banderas marinas,  
que la señora del Rey  
desde lejos parecía.

La contrahecha mesnada  
se oculta tras de la cima,  
tan á punto, que á lo lejos  
arneses y aceros brillan.

Las gentes de Ben-Zeyán  
van llenando las campiñas;  
son tantas, que monte y llano  
cubren con sus olas vivas.

Tantas son sus azagayas,  
sus lanzones y sus picas,  
que al rayo de sol flamean  
como fúlgidas espigas.

Los guerreros del castillo  
al contarlos con la vista,  
sienten que en sus corazones  
redobla el ritmo la vida.

Ya se acercan, ya se acercan,  
ya tocan á la colina,  
al són de sus añfiles  
con sus banderas tendidas.

Sereno, firme y erguido  
sobre el borrén de la silla,  
en una mano la lanza  
y en la otra mano las bridas,

con cincuenta de á caballo  
y con mil de infantería,  
Bernardo Guillén de Entenza,  
no baja, se precipita:

alzándose en los estribos,  
contra los moros enristra,  
y los moros le reciben  
con las puntas de sus picas.

De horror, el crinado bruto  
retrocede y se encabrita,  
sus ojos arrojan llamas,  
sus cascos arrancan chispas.

Pero los héroes de Enesa  
cierran contra la morisma;  
choca el hierro contra el hierro,  
salta la lanza en astillas;

los alazanes heridos  
revolviéndose relinchan,  
y los frenos y el rendaje  
de espuma y sangre salpican.

Tan brava de los de Entenza  
fué la audaz acometida,  
que dos veces rechazaron  
á la vanguardia enemiga.

Mas pronto advierten los moros  
cuán pocos los defendían,  
y la vanguardia refuerzan  
los que el Emir acaudilla.



Ya se rehacen, ya cargan  
en muchedumbre infinita;  
ya retroceden los nuestros,  
no hay fuerza que los resista.

De improviso, cien clarines  
resuenan tras la colina,  
y en el valle desemboca  
brillante caballería,

con resplandecientes armas,  
con innúmeras divisas,  
con la enseña de don Jaime  
tan gloriosa cual temida.

Truena sonora y aguda  
su marcial trompetería;  
son las gentes de Aguiló  
con su bandera fingida.

—¡La señora de don Jaime!—  
gritan del moro en las filas,  
y las filas se desunen,  
la hueste se disemina.

Guillén de Aguiló y los suyos  
clamando:—¡Santa María!—  
se arrojan como un torrente  
en las masas enemigas.

Truécase el asombro en pánico,  
la retirada en huida;  
unos con otros tropiezan,  
se empujan, se arremolinan;

unos ruedan del caballo  
y otros pasan por encima;  
sobre montones de muertos,  
vivos en montón se hacinan;

unos mueren aplastados,  
otros mueren por asfixia;  
y otros en el mar ahogan  
la vergüenza de sus vidas.

Aguiló y Entenza juntos,  
en arrojo rivalizan,  
y van sembrando la muerte  
en las hordas fugitivas.

¡Cuarenta mil combatientes  
ante aquel puñado huían;  
de tal prestigio gozaba  
de don Jaime la divisa!

¡Prodigioso fué el encuentro,  
soberbia la acometida,  
memorable la batalla  
del Puig de Santa María!

Si alas el espanto puso  
á la deshecha morisma,  
alas puso la victoria  
á los que en pos la seguían.

Hasta el muro de Valencia  
la cristiana bazarria  
llegó, arrollando á los moros  
como á fieras en batida.



Rotas adargas lamties  
de primorosa ataujía;  
alquiceles, frenos, armas,  
el ancho campo tapizan.

Diez mil sarracenos yacen  
en la tierra enrojecida;  
y aún en sus crispadas manos  
dardos y azagayas brillan.

Bajando el sol, de los muertos  
hiere las turbias pupilas,  
que en sangre y fuego parece  
que fulguran encendidas.

Ya vuelven ebrios de gloria  
los que el bravo Entenza guía,  
y en el alto adarve clavan  
de Aragon la enseña invicta.

Y aquel escollo de piedra  
firme en la tierra enemiga,  
como el peñón de la costa  
do las águilas anidan,

la bandera alza en sus muros,  
que parece que se empinan  
para retar desde lejos  
á la deshecha morisma.

¡Guárdate, gentil Valencia,  
de la fortaleza altiva,  
que es centinela avanzado  
de Jaime el de las conquistas!

—«La que á nadie no perdona,  
ni á Reyes ni á ricos-homes...»  
(ROMANCERO DEL CID.)

La que siega indiferente  
las flores con las espigas,  
la zizaña y la amapola,  
el lirio y la margarita;

la que de Guillén de Entenza  
fué desdeñada y vencida,  
vino á rendirle en el lecho,  
que en el campo no podría.

Murió Bernardo, y don Jaime  
cuando supo tal noticia,  
pasó llorando en su alcázar  
luengas horas, luengos días.

Porque llorar no le vieran  
negaba á todos su vista,  
si no es á sus ricos-homes,  
consejeros de perfidia.

Que el infante don Fernando  
siempre traiciones medita,  
y, entre la inquieta nobleza,  
siempre encuentra quien le siga.



Creendo que de Bernardo  
la muerte al Rey abatía,  
y juzgando á sus intentos  
aquella ocasión propicia,

le aconsejan que abandone  
el Puig de Santa María,  
y á mejor tiempo relegue  
de Valencia la conquista.

¡Siempre frente al entusiasmo  
la razón severa y fría;  
siempre las olas rompiendo  
contra la roca granítica!

¡Siempre la indócil nobleza  
contra su Rey insumisa!  
No hubo raza, en todo el orbe,  
más soberbia y más altiva!

Con el plumaje del águila  
la serpiente se vestía;  
mas bien conoció don Jaime  
tras el orgullo á la envidia.

Que menguaba el feudalismo  
al paso que el Rey crecía;  
y aquel león humillado  
se iba convirtiendo en vibora,

en reptil flexible y mudo  
que, arrastrando, se aproxima;  
y el Rey sintió que en el pecho  
la serpiente le mordía.

—¡Yo os haré ver,—contestóles,  
la faz de enojo encendida,  
lo que soy y lo que valgo,  
y á cuánto mi esfuerzo aspira!

No penséis que, muerto Entenza,  
mi valor se debilita;  
que es mi voluntad de suerte  
que, contrariada, se afirma.

Ni abandono aquel castillo,  
ni renuncio á la conquista,  
que os hago saber á todos  
que Valencia será mía.—

Así habló el Rey á sus nobles,  
y en aquella tarde misma  
partió al Puig: ¡tan pronto en obras  
sus intentos convertía!

Al morir de un sol de Otoño,  
velado en nubes plumizas,  
llegaba Jaime al castillo  
con brillante comitiva.

Armado de todas piezas  
el héroe muerto yacía;  
y en torno de él sus valientes  
sollozaban de rodillas.

El mancebito Guillermo,  
solo en su niñez florida,  
lloraba junto al cadáver  
penas que no comprendía.



Mandó el Rey que sepultaran  
á Guillén, mientras podían,  
su postrer orden cumpliendo,  
darle en Escarp tumba digna.

Y al niño Guillén de Entenza,  
que once abriles no tenía,  
armó Jaime caballero  
del castillo en la capilla.

Resuelto á dejar la plaza,  
cuando amaneciera el día,  
el Rey ordenó que fuera  
bien armada y bastecida;

y cuando ya en su aposento  
reposo al sueño pedía,  
dos frailes predicadores  
hablarle, á solas, suplican.

—Los nobles, Señor, le dicen,  
formando secreta liga,  
partir de Enesa han jurado,  
si vos de Enesa partíais.—

—¡Por Dios, que tal impaciencia  
me asombra y me maravilla!  
¿Así pagan mis bondades  
esas gentes insumisas?

¡Y, tras ganar la victoria  
del Puig de Santa María,  
por no sustentar la plaza  
me harán perder la conquista!—

—Sabed que ha sonado el grito  
de *¡Via fora!* en sus filas  
—dijo fray Pedro de Lérica:—  
¡no hay ya quien ataje el cisma!

—Idos y dejadme, hermanos,  
la noche es prudente amiga:  
tornad mañana, y sabréis  
lo que á mis solas decida.—

Salieron los religiosos;  
y de su estancia sombría,  
vieron los muros á Jaime  
llorar de espanto y de ira.

Cierto que el guardar un fuerte  
solo en la tierra enemiga  
era audacia; pues audacia  
era lo que el Rey pedía.

‘Siempre la indócil nobleza  
contra su Rey insumisa,  
la soberbia mar rompiendo  
contra la roca granítica!

**A**MANECIÓ, y á la iglesia  
del Puig de Santa María,  
con los villanos del pueblo,  
que guarnece la colina,



magnates y ricos-homes  
y soldados acudían  
por orden del rey don Jaime,  
que ante Dios les llamó á cita.

Que entonces era la Iglesia  
centro y foco de la vida,  
donde Tribunales, Cortes,  
y Consejos se reunían;

donde se dictaban leyes  
y se otorgaba justicia;  
y en demanda de la humana  
se apelaba á la divina.

Rústicos, soldados, próceres  
llenan la mansión bendita;  
que en la iglesia y en el cielo  
no hay humanas jerarquías.

Como del templo en los vidrios  
dice la inscripción latina,  
la plebe santa de Dios,  
postrada ante Dios, se humilla.

Y alzándose el rey don Jaime,  
llenas de luz las pupilas,  
con aquel sublime espíritu  
que sus altos hechos dicta:

—“Barones, bien se os alcanza  
que Dios nuestras armas guía,  
que hartas son nuestras victorias  
para nuestra breve vida!

Vencer nos ha visto España  
á Mallorca y á sus islas;  
y desde el Puig hasta el Ebro  
véis estas tierras vencidas.

Por fray Pedro hemos sabido,  
y en verdad nos maravilla,  
que muchos de entre vosotros,  
tras de nós partir querían.

Y aunque alejarnos debimos  
en pró de nuestra conquista,  
sabed, si tanto os apena  
y os turba nuestra partida,

que ante Dios hacemos voto  
de no cruzar las orillas  
del Ebro, hasta que Valencia  
caiga á nuestros pies rendida.

Y en virtud de nuestro empeño,  
y en fe de nuestra hidalguía,  
ordenamos que la Reina  
venga al Puig con nuestra hija. —

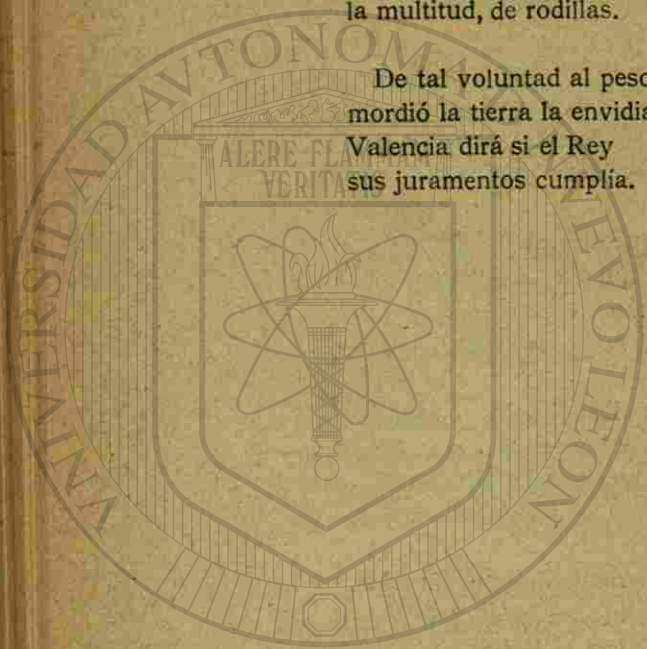
Así dijo el rey don Jaime  
cuya presencia fascina,  
cuya palabra arrebató,  
cuya fe se comunica;

vuelta la faz á su pueblo,  
la diestra hacía Dios tendida,  
fijo en los nobles el rayo  
de su mirada aquilina.



Así á tan gigante empresa  
juró don Jaime dar cima;  
y al escucharlo, lloraba  
la multitud, de rodillas.

De tal voluntad al peso  
mordió la tierra la envidia:  
Valencia dirá si el Rey  
sus juramentos cumplía.



XIV

### Cercos de Valencia.

«Apretada está Valencia,  
puédese mal defender.»

(ROMANCERO.)

VALENCIA, dulce Valencia,  
la desposada del mar,  
que espera siempre rendida  
su beso eterno y fugaz;

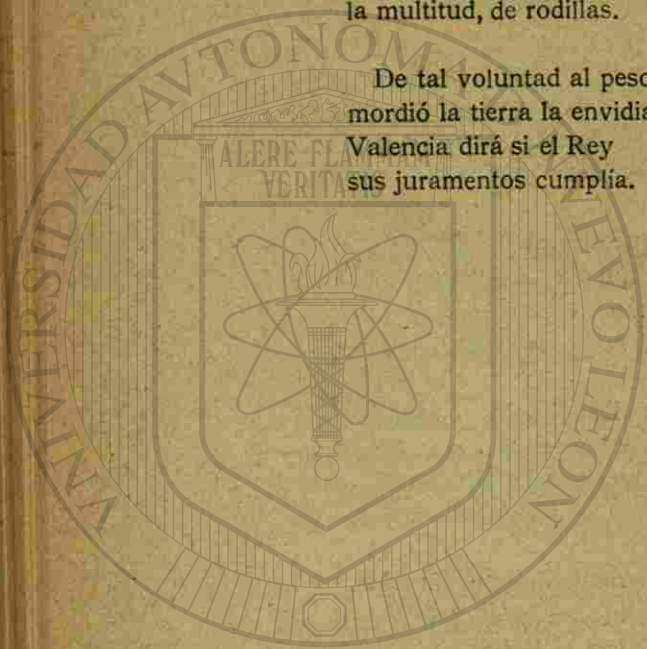
que duerme sobre jardines  
con su corona nupcial,  
hecha de lauros y palmas  
y de flores de azahar;

cuyo extenso manto verde,  
cual de rico tailesán,  
bordan las limpias acequias  
como franjas de cristal;



Así á tan gigante empresa  
juró don Jaime dar cima;  
y al escucharlo, lloraba  
la multitud, de rodillas.

De tal voluntad al peso  
mordió la tierra la envidia:  
Valencia dirá si el Rey  
sus juramentos cumplía.



XIV

## Cercos de Valencia.

«Apretada está Valencia,  
puédese mal defender.»

.....  
(ROMANCERO.)

VALENCIA, dulce Valencia,  
la desposada del mar,  
que espera siempre rendida  
su beso eterno y fugaz;

que duerme sobre jardines  
con su corona nupcial,  
hecha de lauros y palmas  
y de flores de azahar;

cuyo extenso manto verde,  
cual de rico tailesán,  
bordan las limpias acequias  
como franjas de cristal;



la de la Huerta florida  
y el claro Guadalaviar;  
la ciudad de los Emires,  
la Medina Occidental:

si te venció la tizona  
de Rodrigo de Vivar,  
la tizona de don Jaime  
de nuevo te rendirá;

que es más noble que *Ataclara*,  
más que *Belisarda*, y más  
que *Duranda*, la invencible,  
que *Joyosa* la imperial;

y es su dueño más valiente  
que Oliveros y Roldán,  
más bravo que Carlomagno,  
tanto como el de Vivar.

Valencia, el hacha derriba  
tu arboleda secular;  
las hoces del enemigo  
siegan el verde maizal:

la segur trunca el naranjo  
con sus frutos sin cuajar,  
y el granado, corpulento,  
con sus flores de coral.

De tu rica vestidura  
te empiezan á despojar;  
pronto el hierro del esclavo  
tu cabeza marcará.

Llora, Valencia, que sierva  
del Nazareno serás,  
desde el opulento alcázar  
hasta el mísero aduár;

mas no esperes que te salven  
sentencias del Alcorán.  
¡Despierta, surge, defiéndete,  
desventurada ciudad!

¿De qué sirven tus caballos  
que celos al aire dan?  
¿Qué saben tus campeones  
si no saben pelear?

Deja la estancia cubierta  
de tapices de Hacırán,  
regada de agua de gualdas  
de nenúfar y azahar;

desnuda los almaizares  
de Damasco ó de Bagdad,  
lanza de ti las ajorcas,  
los alháites y el collar;

sacude el torpe letargo  
de tu molicie oriental;  
toma el arco de Turquía,  
ciñe el dorado carcaj

y el almete, que reluce  
como el agua en el marjal:  
vela tu noble cabeza  
con el flotante listam;



empuña la maza turca,  
sal al campo á pelear,  
y, si está escrito que mueras,  
muere por tu libertad.

Pero no, triste Valencia:  
¿para qué quieres luchar?  
Ni los moros son tus hijos  
ni es tu dueño Ben-Zeyán.

Por la fuerza te ganaron  
los guerreros del Islam,  
y hoy los soldados de España  
te vienen á conquistar.

Deja que de ti se alejen  
los defensores de Alhá,  
que en vano irán á Granada  
por su Valencia á llorar;

también la hermosa Granada  
de los cristianos será,  
y los hijos del desierto  
al desierto volverán.

**M**ORELLA, Almenara, Castro,  
las Cuevas de Avinromá;  
medio reino de Valencia  
rindió Jaime al cabalgar.

Por las orillas del Júcar,  
con cien jinetes no más,  
pasó el Monarca invencible  
como pasa el huracán.

Después, con Jimeno Pérez,  
que goza de su amistad,  
los ciento cincuenta nobles  
de su mesnada leal;

treinta que lleva Lizana  
y de Aguiló quince más;  
fray Hugo de Forcalquier,  
maestre del Hospital;

mil valerosos peones  
y la tropa almogavar,  
con tal hueste y tal audacia,  
que raya en temeridad,

en el nombre de Dios vivo  
asentando su Real  
entre Valencia y el Grao,  
puso cerco á la ciudad.

Brava salió á la llanura  
la hueste de Ben-Zeyán;  
mas de Jaime ante la enseña  
de miedo se volvió atrás.

Por ciudades y castillos  
del Rey mensajeros van,  
convocando á los cristianos  
por su Dios á pelear.



Clama la voz del Pontifice  
 contra el poder musulmán;  
 cuenta el vulgó maravillas  
 del emporio occidental;

y unos con sed de vencer,  
 otros con sed de medrar,  
 vienen á Valencia gentes  
 de toda la cristiandad.

De Narbona el Arzobispo  
 Pedro Amyell, diestro en lidiar,  
 llegó al campo de don Jaime  
 con mil peones ó más,

y once bravos caballeros  
 que, en fe de su calidad,  
 montan trotones normandos,  
 ciñen cotas de Milán,

lucen yelmos de Pavía  
 con cimeras de metal,  
 y brillantes sobrevestes  
 de rico paño de Arrás.

El arrogante Arzobispo  
 rige un potro montaraz  
 y ciñe calzas de mallas  
 cual la cota y capellar;

sobre la morada veste,  
 que muestra su dignidad,  
 resplandecen los rubies  
 de su santo pectoral:

la cimera de su yelmo  
 es hipógrifo rapaz  
 con anillos de serpiente,  
 con garras de gavilán;

la cruz parece en su pecho  
 la cristiana caridad,  
 y el grifo de su cimera  
 la guerra alada y voraz.

Lleva en lugar de un diácono  
 con la cruz episcopal,  
 un bien armado escudero  
 con lanza y broquel detrás:

cuando acaudilla su hueste  
 se ve en su mano brillar,  
 junto al puño de su espada  
 el anillo pastoral.

Como caudalosos ríos  
 que desembocan al mar,  
 por do quier van afluyendo  
 nuevas gentes al Réal,

con acémilas cargadas  
 de arneses para lidiar,  
 de víveres y de tiendas  
 que cubriendo el campo van.

La hueste de Barcelona  
 llegó por tierra y por mar,  
 tendida por mar y tierra  
 la noble enseña condal.



Más gallarda que ninguna  
cruzó la Huerta feraz,  
y osó levantar sus tiendas  
de Valencia en el umbral.

¡Bravos son los catalanes,  
que se atreven á retar  
los altos muros de piedra  
con muros de tafetán!

Manda sus fieros barones  
la Francia septentrional,  
sus arqueros Inglaterra,  
la Provenza y el Conflán,

Manda el claustro sus guerreros,  
sus héroes la cristiandad,  
Castilla sus campeones,  
sus bandidos Muradal;

y acuden con el magnate,  
el mercader y el juglar,  
el traficante, el judío,  
el logrero, el trujamán,

el especiero, el droguista,  
el cogulla, el menestral,  
frailes y rabinos diestros  
en el arte de curar.

Y alternan y se confunden,  
con vistosa variedad,  
el infanzón, el hidalgo,  
el ballestero feudal;

los villanos de parada,  
las milicias de ciudad,  
rubios arqueros ingleses  
de destreza sin igual;

el peón, el escudado,  
el hurafío almogavar,  
el morisco de la Huerta  
y el marino catalán.

Unos llevan altos yelmos,  
otros cascos de nasal,  
capacete con cimera  
ó mallado capellar;

quiénes justillo de cuero  
ó gonela de fustán;  
unos loriga de chapas,  
otros perpunte no más.

Visten frailes y prebostes  
sobre la cota el sayal;  
de estameña el mendicante,  
de rico paño el abad.

Con su cítara á la espalda  
pasa el gallardo juglar,  
que de unas tiendas en otras  
sus trovas cantando va.

El ajedrez ó las tablas  
son de los nobles solaz,  
y entre los soldados, ciegos  
del oro con el afán,



sobre los férreos escudos  
se oyen los dados rodar,  
y suenan risas, blasfemias  
y una algazara infernal.

La multitud de las gentes,  
que cada vez crece más;  
la variedad, infinita,  
de tipos, raza y edad,

lengua, traje, catadura  
y oficio de cada cual;  
la diversidad de equipos  
y usanzas de pelear;

los colores de los paños,  
los reflejos del metal,  
la muchedumbre de tiendas  
que cubren del suelo el haz;

las infinitas banderas  
que en ellas se ven flotar;  
el resonar de las trompas,  
el aparato marcial;

el trabajar de las máquinas,  
el combate singular  
de algún paladín cristiano  
con un famoso arrayaz;

el sermón del religioso;  
el continuo disputar  
de los hijos de la guerra  
con los hijos de Judá,

que en constantes logrerías  
y en incesante altercar  
sobre un dinero de menos  
ó un alquilate de más,

de doblas, morabatines,  
duplos y tornesas, van  
llenando sus escarcelas  
y vaciando las demás:

y entre un cerco de soldados  
que la aplaude sin cesar,  
la morisca juglaresa  
de peregrina beldad,

que de menudos besantes  
luce diadema y collar,  
y pendientes del corpiño  
y el halda de tafetán,

argentinos cascabeles  
y esquillillas de metal,  
que, en los giros de su danza,  
suenan con dulce compás:

todo aquel mundo, que vive  
de una vida excepcional,  
de la esperanza del triunfo,  
del ansia del pelear,

hace del campo cristiano  
una espléndida ciudad,  
con sus calles y sus plazas,  
su muro provisional,



su culto, sus espectáculos,  
su constante actividad;  
sus músicas, sus tumultos,  
su risueño despertar;

su corte, su aristocracia,  
su animación comercial;  
su pueblo entusiasta y vario,  
su plebe astrosa y procaz;

sus turbas de vagabundos  
que combaten á jornal,  
y hoy luchan por Jesucristo,  
mañana por el Islam.

¡Conjunto admirable y grande  
el de aquella sociedad  
tan suelta y tan enlazada  
cual las perlas de un collar;

tan unida y tan diversa  
que sintetiza, quizás,  
los contrarios elementos  
de aquella gigante edad;

el comunismo del claustro,  
el egoísmo feudal,  
la religión y la guerra,  
el odio y la caridad!

**D**ÓNDE vais los de Narbona  
con tan resuelto ademán?  
¡En nombre del rey don Jaime  
tornad al campo, tornad!

No persigáis á los moros,  
ved que malas mañas han,  
que sorprenderos intentan:  
¡atrás, barones, atrás!—

Así grita un caballero  
de la mesnada real,  
cabalgando á toda rienda,  
rojo el rostro de gritar.

Las gentes del Arzobispo  
vuelan tras los de Zeyán,  
y ni escuchan sus razones  
ni las quieren escuchar.

Torna el caballero al campo  
mientras, con sed de matar,  
hacia el muro de Valencia  
moros y franceses van:

—¡Mal hayan los narbonenses  
con su dura voluntad!  
Mas aunque no me obedezcan  
no los quiero abandonar—



Así dice el Soberano;  
monta su noble alazán,  
y con buen golpe de gente  
tras de los franceses va;

y antes que los sarracenos  
puedan su falta notar,  
mal de su grado revuelven  
los de Narbona hacia atrás.

En el camino, don Jaime  
tornó del potro el rendal,  
por ver la impotente fuga  
de la morisma rapaz:

y un ballestero africano,  
con destreza sin igual,  
disparóle una saeta  
que en su frente vino á dar.

Sacóla el Rey de la herida  
con tan furioso ademán,  
que la quebró, y en sus carnes  
dejó hincada la mitad.

Pero, á tiempo que su rostro  
bañó de sangre un raudal,  
reprimiendo sus dolores  
y su despecho á la par,

mientras restaña la sangre  
con un jirón de cendal,  
fuerte el Rey contra sí mismo,  
torna á los suyos la faz

bañada de una sonrisa  
de serena majestad,  
y aclamado por mil voces  
entra en su tienda oriental.

LA hermosa doña Violante,  
viéndole herido llegar,  
vertió más llanto que perlas  
bordan su regio brial.

Cinco días ha que Jaime  
doliente y herido yaz;  
y en tanto que con sus drogas  
le asiste Rabí-Isaac,

la amante Reina afligida  
de hinojos rezando está  
al pie de una cruz de plata  
que descuella en rico altar:

y una lámpara de azófar  
baña en dulce claridad  
de la tienda los brocados  
y de Violante la faz.

¡Cuántas consejas, en tanto,  
forja la musa vulgar,  
supersticiosa y maligna,  
milagrera y lenguaraz,



que dudando de lo cierto  
tras de lo imposible va,  
cuya vista sólo alcanza  
lo inmenso, lo colosal,

lo divino ó lo execrable,  
lo celeste ó lo infernal,  
sin sospechar que haya nada  
entre Dios y Satanás!

Quién jura que el balletero  
de tan diestra habilidad  
no era un moro, no era un hombre,  
que era el mismo Barrabás.

Que el tiro que hirió á don Jaime  
era de un arco oriental;  
que la herida del Monarca  
es un pretexto no más

para levantar el sitio  
salvandó la dignidad,  
porque á socorrer la plaza  
viene el de Túnez por mar.

Que el Rey huyó á media noche  
con un extraño disfraz;  
que en una yegua normanda  
partió la Reina detrás.

Quién dice que el Rey ha muerto,  
quién le ha visto cabalgar;  
quién afirma que un rabino  
le ha dado un filtro infernal:

quién dice que don Fernando  
mandó á su deudo matar;  
que doña Leonor, celosa,  
pagó al traidor musulmán;

quién ha visto á una doncella  
vestida de claridad,  
con una ampolla en la mano  
del Rey en la tienda entrar.

Y los astutos judíos,  
aumentando la ansiedad  
del vulgo, doblan los réditos  
del oro que perderán,

puesto que muerto don Jaime  
no se gana la ciudad  
ni se cobran sus tesoros  
ni en Aragón habrá paz;

que en mil civiles contiendas  
de nuevo el reino arderá,  
sobre sí á Jaime suceden  
Alfonso, el Conde, ó el Abad.

¡El Rey ha muerto! aseguran  
los logreros, sin cesar;  
y ¡el Rey ha muerto! doquiera  
repite el vulgo falaz.

Cunden la desconfianza,  
la duda y el malestar;  
las hablillas son contiendas,  
la impaciencia es general;



las gentes se arremolinan,  
con equívoco ademán;  
se hace el valiente cobarde  
y el cobarde se hace audaz;

los murmullos de colmena  
se hacen murmullos de mar;  
y van creciendo, creciendo,  
cual gamas del huracán;

y ya amenazan, ya rugen,  
como ronca tempestad.  
¡La sedición monstruosa  
se agita pronta á volar!...

Mas dominando el tumulto  
con sus voces de meta!,  
se oyen clarines de guerra  
por el campo resonar,

y aparece ante las turbas,  
que aún dudan de la verdad,  
el gallardo Soberano  
con su mesnada real.

La multitud, que idolatra  
cuando no puede matar,  
lanza en olas de entusiasmo  
sus anhelos de volcán;

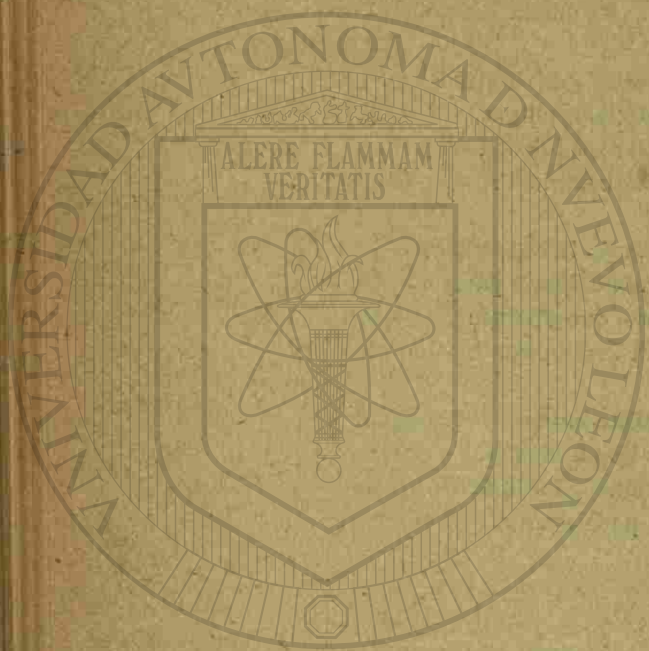
y acoge al que calumniaba  
con un ¡vitor! general;  
la Reina, desde la tienda,  
le sigue con dulce afán;

y el Monarca más hermoso  
de toda la cristiandad,  
cruza el ancho campamento,  
disipando ante su faz

los temores y las dudas  
de la ignorancia vulgar,  
como el claro sol disipa  
la nocturna oscuridad:

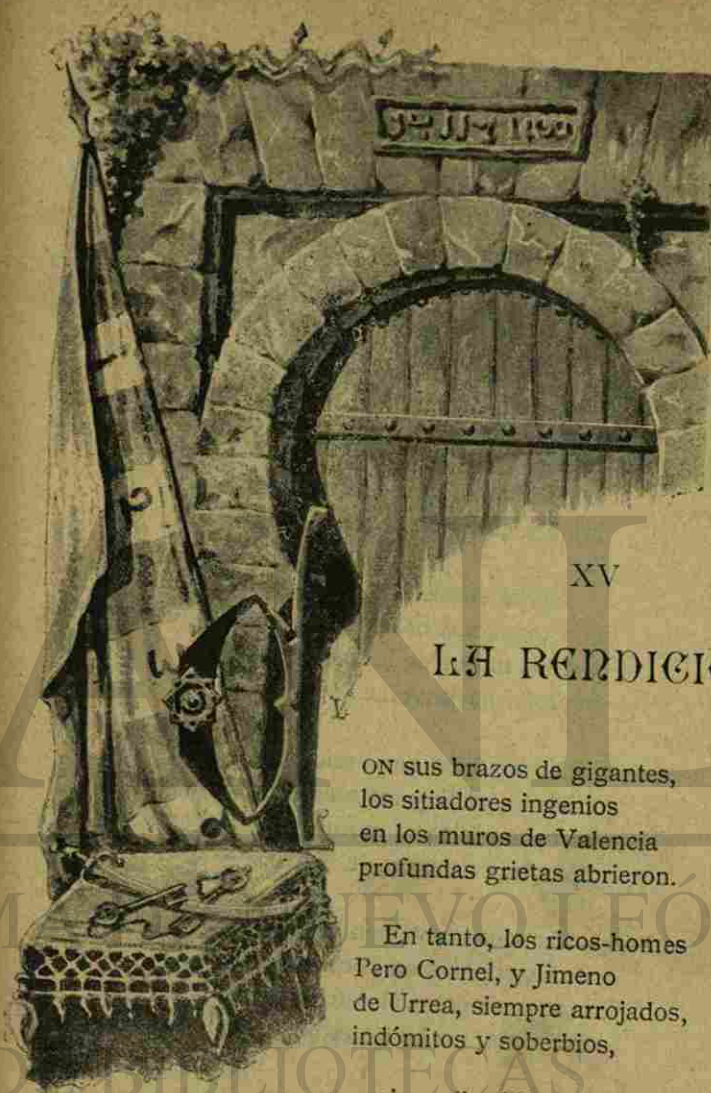
despertando la esperanza,  
prometiéndola calma y paz,  
como el iris que aparece  
después de la tempestad.

Las muchedumbres se agolpan  
á los pies de su alazán,  
y una aclamación inmensa  
marca su paso triunfal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XV

## LA RENDICIÓN

ON sus brazos de gigantes,  
los sitiadores ingenios  
en los muros de Valencia  
profundas grietas abrieron.

En tanto, los ricos-homes  
Pero Cornel, y Jimeno  
de Urrea, siempre arrojados,  
indómitos y soberbios,

sin pedir al Rey permiso,  
ni ayuda, ni valimiento,  
por la parte de Boatella  
contra una torre embistieron.



Defendiéronla los moros  
con vigoroso ardimiento,  
dando espacio á que, en su ayuda,  
mandara el Emir refuerzos.

Rechazados y corridos,  
los nobles retrocedieron,  
y el Rey condenó, indignado,  
su importuno atrevimiento.

Mas, por tomar represalias  
del malogrado suceso,  
ordenó Jaime que, apenas  
brillara el sol en el cielo,

fueran doscientos jinetes,  
con todos sus ballesteros,  
y á los moros de la torre  
batieran hasta vencerlos.

No era bien amanecido  
cuando del Rey los guerreros  
cercaban la torre mora  
como un cinturón de hierro.

Los arqueros, con la diestra  
de las cuerdas en el centro,  
con el pie sobre el estribo  
del arma, los ballesteros,

al enemigo apuntaban  
sus fuertes arcos de nervios;  
dispararon, y una nube  
formidable nubló el cielo.

Mas hábiles que ningunos,  
de Inglaterra los arqueros,  
disparaban sin descanso  
sus largas flechas de fresno.

Y una multitud de piedras,  
como torrente deshecho,  
sobre la torre llovía  
chocando á diestro y siniestro,

ya en sus almenas y muros,  
ya en las armas, ya en los pechos  
de sus bravos defensores,  
que no conocen el miedo.

Muchos son los del Monarca,  
diez, no más, los sarracenos;  
mas de tal modo resisten,  
que parecen un ejército.

Rojos están por la rabia  
sus nobles rostros morenos;  
chispas de lumbre despiden  
sus altivos ojos negros.

Vanamente los cristianos  
les intiman con empeño  
que se entreguen; no se rinden  
los audaces agarenos.

Desesperados entonces  
los sitiadores soberbios  
de abatirla por las armas,  
prenden á la torre fuego.

Suben las llamas rojizas  
los altos muros lamiendo,  
y en las almenas se enredan  
sus jirones de humo negro.

En vano los defensores,  
que no lidian con el fuego,  
piden gracia á sus contrarios  
que rendirlos no supieron;

que el espíritu iracundo  
de aquellos siglos de hierro,  
del noble Jaime ofuscando  
los hidalgos sentimientos,

negó el perdón á los héroes,  
que entre el horror del incendio,  
de su torre en los escombros  
digna mortaja tuvieron.

El valor de aquellos moros,  
su constancia sin ejemplo,  
fué la postrer llamarada  
de un astro que se iba hundiendo,

de una raza moribunda  
doliente y último esfuerzo;  
que, al rodar aquella torre,  
derrumbóse todo un reino.

En vano, ya agonizante,  
pidió al África remedio,  
que sólo el Emir de Túnez  
acudió en su llamamiento.

No osaron los tunecinos  
tomar en Valencia puerto;  
y arrollados en Peñíscola,  
de nuevo al África huyeron.

Derrumbadas sus defensas,  
malogrado el llamamiento,  
sin víveres ni esperanzas,  
desmayada de alma y cuerpo,

la ciudad de los Emires  
doblando el altivo cuello,  
rendida al yugo cristiano  
pidió al de Aragón convenio.

Solo estaba el rey don Jaime  
de la multitud en medio,  
que sólo está quien no puede  
compartir sus pensamientos.

Solo está, frente á Valencia  
y aguarda á sus mensajeros;  
de los labios del Monarca  
pende la suerte de un reino;

y en ocasión tan solemne,  
en tan alto y grave empeño,  
¿á quién volverá los ojos?  
¿á quién pedirá consejo?

Allí están sus ricos-homes,  
sus valientes mesnaderos;  
mas bien sabe el rey don Jaime  
dónde los llevan sus celos;



bien dice, "que antes que verle  
conquistar un nuevo reino,  
prefieren ver á Valencia  
cautiva de sarracenos.,,

Allí están sus paladines,  
que pueblan el campamento;  
pero los soldados rudos  
avaros y aventureros,

no quieren con los vencidos  
ni avenencias, ni conciertos;  
quieren el robo, el pillaje,  
la licencia y el saqueo;

quieren la ciudad entera,  
con cuanto guarda en su centro,  
con la sangre y la hermosura,  
con las joyas y el dinero;

quieren el nido y el ave,  
quieren el alma y el cuerpo;  
que Valencia caiga viva  
entre sus brazos de hierro.

Y entre el despojo y la muerte,  
el asalto y el degüello,  
gozar malditos amores  
á la luz de los incendios;

saciarse de oro y placeres  
bañados en sangre y cieno;  
dar suelta á la bestia humana  
y hartura al instinto ciego.

El feudalismo es la inercia  
que contrasta todo esfuerzo,  
que opone á todo entusiasmo  
la inmovilidad del hielo.

La soldadesca, el instinto  
salvaje, voraz, hambriento,  
brutal, insaciable, hidrópico,  
devorador como el fuego.

Y entre la indócil nobleza  
y el descomedido ejército,  
se alza el Rey, justo, inflexible,  
cual la imagen del derecho.

Solo está frente á Valencia  
y aguarda á sus mensajeros;  
de los labios del Monarca  
pende la suerte de un reino;

y en ocasión tan solemne,  
en tan alto y grave empeño:  
¿á quién volverá los ojos?  
¿á quién pedirá consejo?

¿quién disipará sus dudas?  
¿quién guardará sus secretos?  
Un corazón, que reclama  
parte en sus glorias y riesgos;

un sér noble, inteligente,  
dulce, enamorado y bueno;  
la Reina, que con su esposo  
comparte el alma y el cetro.

**D**E Ruzafa hacia la torre  
cabalga, en alas del viento,  
un jinete que semeja  
fantasma de niebla y fuego.

Parece un águila enorme  
de alas blancas, pecho negro,  
que de cerca perseguida  
de otras aves viene huyendo,

como aturdida y maltrecha,  
revolando al haz del suelo;  
que hombres, águilas ó diablos  
vienen más tras el primero.

Mas no son vanos fantasmas,  
son jinetes agarenos,  
cuyos blancos alquiceles  
azotan sus potros de ébano:

ya llegan en densa nube  
de polvo y de luz envueltos;  
de armas, arneses y joyas  
lanzan lluvias de reflejos.

Sobre un corcel africano,  
tan corredor y tan negro  
que del viento y de la noche  
parece gallardo engendro,

se adelanta el Arrayaz,  
del Emir cercano deudo,  
Abuhalamalec, el moro  
más poderoso del reino,

que para el Rey de Aragón,  
con un mensaje secreto,  
salió ha poco de Valencia,  
con su magnífico séquito,

pues de Ruzafa en la torre,  
tiene la corte su asiento,  
y allí la embajada espera  
el rey don Jaime Primero.

Van detrás del emisario  
once nobles sarracenos,  
y á los once nobles, siguen  
otros tantos pajes negros.

Ya saltan de sus corceles  
los gallardos mensajeros,  
que alardean de galanes,  
y ostentan, á fuer de espléndidos,

bordados de oro de Chipre,  
los ceñidores bermejos;  
blancas aljubas, tejidas  
con plata y seda en Palermo;

alquiceles de merino,  
que á su antojo pliega el viento,  
prendidos con ricos broches  
de esmeraldas, junto al cuello;



alfanjes damasquinados,  
y anchos turbantes, sujetos  
con joyeles de rubíes  
que brillan como luceros.

Dignos son de tales amos  
corceles y guarnimientos;  
bordadas llevan de aljófares  
las sillas de terciopelo;

de gruperas y pretales,  
de cabeceras y frenos,  
penden besantes de oro  
y medias lunas de acero.

Once pajes africanos  
los sujetan por el diestro,  
y orgullosos los bridones  
de sus brillantes arreos,

ó tal vez por hacer gala  
de gallardos y ligeros,  
relinchan y escaramuzan  
tascando los ricos frenos,

dando que hacer á los pajes,  
y á los cristianos guerreros  
admiración al mirarlos,  
y envidia de poseerlos.

Llegó á la regia presencia  
el Arrayaz con su séquito,  
y el Soberano y los nobles  
se alzaron de sus asientos:

y al hallarse frente á frente,  
con los ojos se midieron  
dos razas que, palmo á palmo,  
se están disputando un reino.

Mas ni sospechan los nobles  
de tal embajada el éxito,  
que ya otras dos, sin lograrlo,  
recibió Jaime en secreto;

ni el Rey muestra la arrogancia  
del orgullo satisfecho,  
ni abate á los valencianos  
el rubor del vencimiento.

Gallardamente contrastan  
sus perfiles aguileños,  
sus partidas barbas árabes,  
sus grandes ojos de fuego;

sus dispendiosos vestidos,  
sus joyeles opulentos,  
su ceremonioso porte,  
su oriental refinamiento,

con las bizarras figuras  
de los cristianos guerreros,  
francos, decididos, rudos,  
sobrios, desdeñosos, fieros;

que no quieren otras galas  
que su militar arreo,  
y, á falta de otras preseas,  
con su gloria van cubiertos.

Los vencidos visten oro  
y los vencedores hierro;  
la sobriedad es la fuerza,  
y el lujo el enervamiento;

la opulencia es la mortaja  
de los degradados pueblos;  
es el derroche de rayos  
de un sol que se está poniendo.

Llegó la Reina, ostentando  
manto de púrpura y veros;  
y el Rey mandó que salieran  
damas y acompañamiento.

Saludó el moro á Violante,  
entre rendido y soberbio;  
y de un canuto de plata  
que colgaba de su cuello,

mal escondido en los pliegues  
de su ceñidor bermejo,  
sacó un ancho pergamino,  
diólo al trujamán hebreo:

y tras de fijar el plazo  
de cinco días de término  
para que de la ciudad  
salieran los sarracenos,

y otorgarles que sus bienes  
pudieran llevar con ellos,  
pues hasta Cullera iría  
fuerte escolta protegiéndolos;

escritas las nuevas cláusulas,  
dióse lectura al convenio,  
y en aquel jirón de gloria  
puso el Rey su firma y sello.

CUANDO el Dios de la mañana  
disipó los malos genios,  
se levantaron los moros  
sin haber gustado el sueño.

Sin aguardar á que expire  
de la rendición el término,  
por escapar al asalto  
del vencedor avariento,

la población musulmana  
se agita, presa de un vértigo;  
todos corren, todos gritan  
desatentados y ciegos.

Valencia es un buque náufrago;  
los vencedores hambrientos,  
las olas del mar que avanzan;  
la tripulación, el pueblo.

Por eso, como los náufragos,  
los vencidos agarenos  
acumulan cuanto tienen  
para salvarse con ello.



Nadie encuentra lo que busca,  
 todos corren sin aliento,  
 todos hablan sin oírse  
 y aumentan el desconcierto.

Desde el aduar mezquino  
 hasta el alcázar soberbio,  
 todo es rabia, afán, angustia,  
 y tumulto y clamoreo.

Las mezquitas están solas  
 y los harémes abiertos,  
 y los creyentes semejan  
 del mal espíritu obsesos.

Ricas especias de Oriente  
 recoge el droguista hebreo;  
 guarda el mercader sus telas,  
 sus cuentas el usurero,

y los sabios alfaquíes,  
 avaros de sus secretos,  
 guardan en sus pergaminos  
 tesoros del pensamiento.

La hermosa que sus joyeles  
 arroja en cofres de cedro,  
 mezcla con las de Basora,  
 perlas de sus ojos negros.

De los dorados alcázares  
 por los ricos aposentos,  
 cruzan llorosas doncellas  
 y despechados guerreros;

esclavos y servidores,  
 sin descanso, recogiendo  
 tesoros que están sembrados  
 cual deslumbrantes trofeos.

Y aquellas ricas estancias,  
 hechas de luz y de sueños,  
 hoy con nuevo encanto lucen  
 y con incentivos nuevos.

Allí donde todo es diáfano,  
 calado, gentil, aéreo;  
 donde todo habla de amores,  
 de quimeras y deseos;

las doradas celosias,  
 los brillantes azulejos,  
 el ajimez que se apoya  
 sobre el parteluz esbelto;

los arcos de filigrana,  
 tan sutiles, tan ligeros,  
 que recuerdan los cendales  
 de las tiendas del desierto;

lucerías y leyendas  
 que en atauriques y techos  
 corren, enredando flores  
 con hilos del pensamiento;

las mullidas al-martabas,  
 los tapices damascenos,  
 las alcatifas de Persia,  
 la luz, el ambiente, el cielo;

sobre el diván de brocado,  
 las jacerinas de Alepo;  
 la diadema de besantes,  
 los borceguies turquescos;

con las mortíferas armas,  
 los aljofarados velos;  
 con las perlas de Golconda,  
 los sagrados amuletos;

bellas lámparas de bronce  
 de calados arabescos;  
 claros vidrios de Venecia,  
 cincelados pebeteros;

áureos xamitos de Otranto,  
 de Sicilia y de Palermo;  
 almazares de escarlata,  
 almunáfas como céfiros;

las doradas alcancías,  
 con los búcaros bermejos;  
 collares, ánforas, guzlas,  
 cintas, monturas, arreos,

todo, en confusión magnífica,  
 por los blancos pavimentos  
 amontonado, extendido,  
 desparramado, revuelto,

como un mar de olas de seda,  
 de oro, púrpura y reflejos,  
 como unó de esos prodigios  
 que sólo se ven en sueños.

El Almuedzín, aterrado,  
 sube al alminar enhiesto,  
 y á los hijos de Valencia  
 llama al azzalá postrero.

Lloran los tristes creyentes,  
 el rostro en la tierra puesto,  
 lágrimas de despedida,  
 que, ansioso, se bebe el suelo,

y al contacto de aquel llanto,  
 quizá un instante vivieron  
 para llorar su vergüenza  
 generaciones de muertos.

**A** las puertas de Valencia  
 los que ayer eran sus dueños,  
 se disputan la salida  
 con la decisión del miedo.

Sordo, susurrante, indómito,  
 se vuelca el torrente inmenso,  
 como se vuelca al abismo  
 el río que pierde el lecho.

Los vencidos combatientes  
 salen, por do quier, dispersos,  
 con sus plegadas banderas  
 y sus mudos instrumentos.



Y en corceles de batalla,  
con militares arreos,  
van las doncellas, asidas  
al talle de los guerreros.

La gigante masa anónima  
surge en grupos turbulentos,  
que son, en nubes de polvo,  
montones de tela y miembros:

siguen detrás las acémilas,  
los rocines, los jumentos,  
cargados con los tesoros,  
con los pedazos de un pueblo.

Tal multitud se derrama  
de Valencia por los términos,  
que en cinco leguas de espacio,  
no se ve un palmo de suelo.

¿Dónde van las muchedumbres  
de vencidos sarracenos?  
¿Donde las hojas de otoño  
cuando se las lleva el viento!

Era la ciudad un vaso  
que iba la esencia vertiendo,  
la población era un alma  
que se exhalaba del cuerpo.

Mas pronto la hermosa forma  
tendrá un espíritu nuevo;  
tendrá otra fe y otras leyes,  
y otra lengua y otro pueblo

que, ansioso de poseerla,  
don Jaime, el *Sultán del fuego*,  
mientras iban los vencidos,  
en ola enorme saliendo

al Emir y al Arrayaz  
mandó un noble mensajero,  
que, para izarlo en Valencia,  
les llevaba el pendón regio:

porque vieran los cristianos,  
desde el ancho campamento,  
que el hijo de Pedro el Noble  
mandaba ya en cuatro reinos.

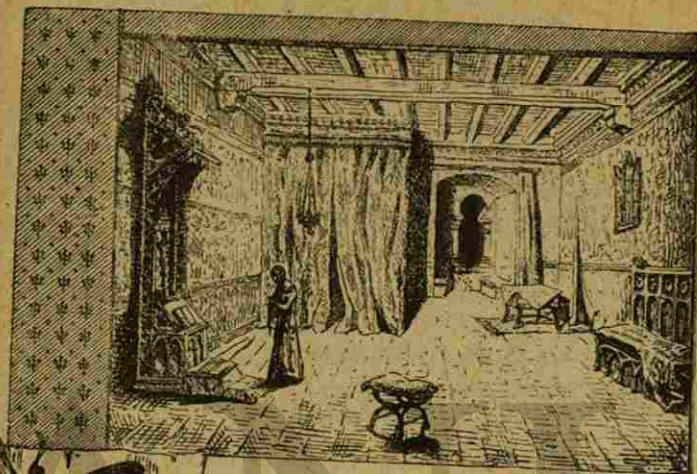
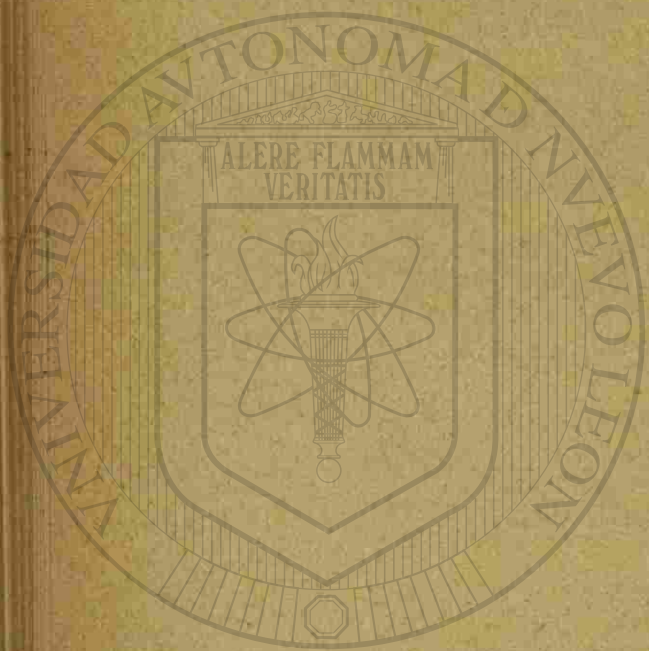
Pronto, encima de una torre,  
que más tarde fué del Templo,  
la bandera de don Jaime  
flotaba tendida al viento.

El Rey descendió á la rambla,  
por saludarla de lejos,  
y al ver las barras de púrpura  
sobre el fondo azul del cielo,

descabalgó, y de rodillas,  
su rostro al Oriente vuelto,  
vuelta á Dios su alma cristiana,  
lloró de agradecimiento;

y á impulsos de su entusiasmo  
besó, estremecido, el suelo:  
¡con Valencia, el Rey don Jaime,  
se desposó en aquel beso!





XVI

Relato de un trovador.

ROVADOR soy de Castiella,  
de Alfonso vivo en la corte,  
é, magüer non vos lo digo,  
farto conoceis mi nombre.

Non conteis aquesta estoria,  
joglares et trovadores,  
ca el quebrantar los secretos  
non é de prudentes homes;  
non é de honrados vasallos  
contar lo que el Rey absconde,  
nin rimar fechos que amengüen  
la prez de una dama noble.

®



Porque sodes mis amigos,  
et porque mancebos sodes,  
vos refero aquesta estoria  
porque en vuestro bien se torne.

Que fasta el agua más pura,  
si por sucios cauces corre,  
se enturbece, et si se para  
en el fango, se corrompe.

Bien dicen, acá en Castiella,  
letrados et sabidores,  
que los tuertos de los reyes  
et los yerros de los nobles,

han de escribirse en arena  
et sus virtudes en bronce,  
porque los bienes perduren  
et los pecados se borren.

Farto dicen de la fama  
las bien acordadas voces,  
¡que amores del Rey don Jaime,  
duran menos que las flores!

Seyendo el Rey muy mancebo,  
et fincando en la su corte,  
á la fija de Vidaura  
vido, é d'ella enamoróse.

Tanto fué su rendimiento,  
et tanto en el alma entróle  
aquel fechicero tósico,  
que enfermó de mal de amores.

Cedo, con un pajeciello  
un pergamino mandóle,  
et dentro una limosnera,  
un collar, et sendos broches.

Mas la fija de Vidaura,  
tan hermosa como noble,  
desafució al mandadero,  
et de la su casa echóle.

Non era el Rey costumbrado  
á ver rechazar sus dones;  
é, al soplo de los desdenes,  
más su foguera encendióse.

Bien rebozado en su manto,  
cuando cerraba la noche,  
salió, con un falagüeño  
caballero de su corte;

et con bien repleta bolsa  
comprando á los servidores  
de Vidaura, en la su casa,  
á tal que los malfechores,

dejando al su amigo fuera,  
por viejo postigo entróse  
el mal aconsejado fijo  
del galante Pedro el Noble.

Et de Teresa en la cámara,  
bajo un tapiz, ocultóse;  
¡que, en amor, fasta los reyes  
facen plaza de traidores!



Abscondido estaba el Rey,  
bien como el falcón se absconde  
para acechar la paloma  
que non sabe de traiciones;

cuando oyó, por los tapices,  
de blandas sedas el roce,  
et cuidó que se entreabrían  
de un verjel todas las flores.

Ansí, como la aveciella,  
que al nido torna de noche,  
sacudiendo las sus péñolas  
sus anchas alas descoge,

desceñido su briale  
la doncella, sin temore,  
por las desnudas espaldas  
soltó el cabello, en desorden:

blancos eran los sus hombros  
como la nieve en los montes,  
et los sus rizos tan negros  
como el monjil de la noche.

Tomando de un escriptorio,  
el su libro de oraciones,  
en somo un cojín de púrpura,  
ante un Cripsto afinóse.

De una lámpara de plata  
los dorados resplandores,  
á tal que un velo la envuelven,  
la envuelven que no la absconden;

antes la muestran é alumbran,  
et bañándola en fulgores,  
facen que el encantamiento  
de la su beldat se doble.

A deshora salió el Rey;  
desque la doncella vióle,  
sobrecogida de espanto  
comenzó á dar grandes voces.

Temiendo ser descubiertto  
Jaime á los sus pies postróse;  
dióle la luz en el rostro,  
et la dama conocióle.

—Non finqueis vuestos finojos  
ante la fija de un home;  
donde está Dios, Rey don Jaime,  
sólo es bien que á Dios se adore:

catad que non es mesura  
que ante el siervo el Rey se postre;  
si lo faceis por honrarme,  
cuidad que non me deshonre.

Dulzor de mieles tenían,  
fechizo de tentaciones,  
las falagüenas palabras  
con que el Rey fabló de amores:

que Jaime, como las tierras,  
conquiere los corazones;  
mas la prudente doncella,  
como quien es, le responde:



—Non è menester de Reyes  
nin regalos, nin favores;  
del mi padre Juan Vidaura  
bástame el fidalgo nombre,

catad que el Rey justiciero,  
que es espejo de los homes,  
so la sombra de sus alas  
mantiene á sus servidores.

Facedor sois de bondades,  
non lo sed de sinrazones;  
mantenedor de justicia,  
non lo sed de deshones;

partíos de la mi cámara  
que non pisó ningún home;  
é del mal que me ficisteis,  
señor Rey, ¡Dios vos perdone!

¡Idos, Señor, que de cuita  
me fallecen las razones;  
et se me acorta el aliento,  
et me fenecen las voces!—

Non para mientes don Jaime  
ni en gemidos, ni en clamores,  
empero, al su amor, Teresa  
muestra el corazón de bronce;

non porque del Rey más bello  
que el fijo de ningún home  
non se pague; pero cuida  
que el fuego al nacer se afogue.

Temiendo que sus afanes  
con la ocasión se malogren,  
al noble que lo atendía  
fizo el Rey seña, et llamóle.

Cedo el infanzón acude;  
Jaime de hinojos se pone  
frontero al Cripsto, et declara  
estas bien fechas razones:

—Por testigo... (et aquí callo  
del mal caballero el nombre)  
—ante la faz de ese Cripsto  
que las vuestas preces oye;

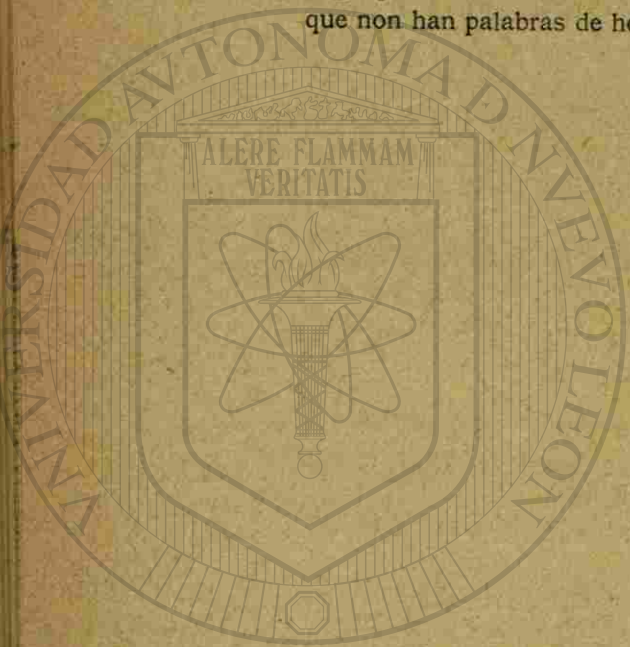
á vos Teresa Vidaura,  
por quien fallezco de amores,  
juro faceros mi esposa  
magüer el mundo lo estorbe.

Et oyendo tal promesa,  
del fijo de Pedro el Noble,  
la verdad, fija del cielo,  
la su pura faz absconde.

CUANDO el sol salió de Oriente  
como el oro del crisolet;  
un aveciella cantaba,  
puesta en somo de una torre:



—¡Guay de la muger que fía  
en promesas de amadores,  
et guay de los soberanos  
que non han palabras de home!



NVII

Por la espada y por la ley.

Los moros de Andalucía,  
retorzados á millares  
por sus hermanos del África,  
contra el de Castilla alzáronse.

Rompiendo toda barrera  
de alianza y vasallaje,  
Murcia y Granada surgieron  
como la erupción del cráter;

y Mahomed-Ben-Alhamar,  
al frente de sus secuaces,  
derrotó al décimo Alfonso  
junto á Alcalá de Ben-Zaide.



Con razón teme el Rey Sabio  
por sus villas y ciudades,  
que en menos de tres semanas  
perdió trescientos lugares.

Si el de Aragón no le ayuda  
no habrá poder que le salve;  
pero de antiguas ofensas  
se reconoce culpable;

y hace que, por él, la Reina,  
con la fuerza de la sangre,  
solicite el valimiento  
del Conquistador, su padre.

Domingo de Ramos era  
y en Sijena estaba Jaime,  
cuando llegó el mensajero  
con la carta de Violante.

Los nobles aragoneses  
quisieron, en aquel trance,  
demandar al de Castilla  
cuenta de viejos ultrajes.

—Barones:—dice el Monarca:  
—no son hechos de leales  
herir al que está caído  
ni afrentar al que se abate.

¿No veis que si al de Castilla  
derrotan los musulmanes,  
mal seguras han de verse  
nuestra tierra y libertades?

¿No comprendéis, caballeros,  
cuánto más nos honra y vale  
defender á un reino hermano  
que aguardar que el nuestro ataquen?

Don Beltrán, al sabio Alfonso  
contestad, que el Rey don Jaime  
jura plantar sus *castillos*  
de Murcia sobre el adarve.—

Cortes juntó en Barcelona  
el Rey, y los catalanes  
para la guerra de Murcia  
su valimiento otorgáronle.

Cortes hubo en Zaragoza,  
mas los nobles indomables,  
se alzaron contra el Monarca  
que les demandó el bovaje.

Con todos los ricos-homes,  
el de Entenza y Fernán-Sánchez,  
en Alagón congregados  
contra el Rey juramentáronse.

Estando en Calatayud  
expidió el Rey un mensaje  
prometiendo hacer justicia  
á los rebeldes magnates.

La Catedral, que fué un tiempo  
mezquita de musulmanes,  
es el lugar de la cita  
del Monarca y los feudales.



¡Digna escena de aquel drama,  
de aquella lucha gigante,  
en que á medir van sus fuerzas  
dos poderes formidables!

El Rey y la aristocracia,  
los dos antiguos rivales  
que se disputan el mundo  
con esfuerzo de titanés.

Redondos arcos se apoyan  
sobre macizos pilares,  
y de unos en otros, cruzan  
sus cimbras las anchas naves.

A trechos, ricos tapices  
cubren los pardos sillares,  
y de las colgadas lámparas  
misteriosa luz se esparce.

Al resplandor de los cirios  
que iluminan los altares,  
lucen los nimbos de oro  
de vírgenes y de arcángeles;

y los vidrios de colores,  
y los preciados esmaltes  
que á la usanza bizantina  
siembran sus ricos ropajes;

y los beatíficos rostros  
de las místicas imágenes,  
que aparecen animadas  
de una expresión inefable;

que muestran en sus contornos  
la transformación del arte,  
el predominio del alma  
sobre las formas carnales.

Y en una mesa, que cubre  
tapete morado y jalde,  
abierto en atril de bronce  
que adornan ricos entalles,

está el libro de los Fueros  
que reformó el Rey don Jaime,  
mostrando en sus anchas fojas  
magníficas iniciales.

Y por cima de aquel libro,  
que es de la justicia imagen,  
Cristo, en la cruz enclavado,  
sus divinos brazos abre.

Que en aquella edad de luchas,  
ferviente, soberbia y grande,  
Cristo era juez y testigo  
de todos los tribunales;

árbitro de las contiendas,  
esperanza en los combates,  
espada, fuerza y escudo,  
Díos, amigo, hermano y padre.

El bronce repica á vuelo,  
el pueblo llena las naves,  
el sol colora los vidrios,  
la impaciencia los semblantes.



Al fin resuenan las voces  
de clarines y atabales,  
y del compacto gentío  
se agita el vivo oleaje.

Cercado de noble escolta  
de infanzones y magnates,  
cruza por entre su pueblo  
el glorioso Rey don Jaime;

luce una cota bordada  
con sus escudos reales,  
calzas y guantes mallados  
y de oro los acicates.

Sobre un almohadón de grana  
á su lado lleva un paje  
su yelmo, emblema de gloria  
y espanto de musulmanes.

Apenas llega hasta el solio,  
que está del altar delante,  
llegan del templo á las puertas  
los mensajeros feudales.

Entenza, Alagón, Lizana,  
siempre rudos y arrogantes,  
paso en las masas del pueblo  
con los recios puños abren,

y ante su Rey se presentan,  
como van á los combates,  
ceñidas calzas de mallas,  
rodilleras y brazales,

con ancha espada de guerra  
pendiente del talabarte,  
con la amenaza en los labios  
y el desprecio en el semblante.

Preguntóles el Monarca,  
en voz reposada y grave,  
por qué, en mengua del derecho,  
contra su señor alzábanse.

—Porque, del derecho en mengua,  
nuestros fueros quebrantásteis.—

—Barones, de vuestros fueros,  
allí está el libro, tomadle;

á mi presencia, en voz alta,  
leedlo parte por parte,  
y os juro que haré justicia  
donde la justicia falte.—

No eran aquellas las leyes  
que invocaban los magnates,  
que aquellos eran los fueros  
que revocó el Rey don Jaime;

y de San Juan de la Peña  
las viejas inmunidades  
por Berenguer derogadas,  
reclamaban los feudales:

mas no osando, frente á frente,  
contra su Rey levantarse,  
en un memorial escritos  
sus agravios entregáronle.



Tomólo el Rey, en voz baja  
lo leyó, sin inmutarse,  
y, acabada la lectura,  
dijo, con la faz radiante:

—Con vuestras quejas, barones,  
habéis logrado ensalzarme  
tanto, que podéis pedirme  
albricias por el mensaje.

¿De que sigo á los legistas  
en mis fallos me culpásteis?  
¡Pues, del Rey que honra las leyes,  
deben los pueblos honrarse!

Si cada cual de estos reinos  
tiene leyes desiguales,  
mengua fuera que el Monarca  
sin conocerlas fallase.

Por todos vuestros agravios  
responded como leales:  
cuando el fuero de Aragón  
era á juzgaros bastante,

¿os hemos juzgado nunca  
por otro alguno? Mostradme  
dónde están mis injusticias:  
las leyes tenéis delante.—

No consintieron los nobles,  
en su fiereza indomable,  
ni que el fuero se leyese  
ni por satisfechos darse.

Viendo de sus privilegios  
el alcázar derrumbarse,  
los soberbios infanzones  
pugnaban por sustentarle.

Pero el Rey, símbolo augusto  
de progreso y libertades,  
sobre escombros del pasado  
marchaba siempre adelante.

Ya la ley no era otro filo  
de la espada de los grandes;  
ni fallaban los procesos,  
ni formaban tribunales;

ni eran sus viejos honores  
para el Rey invulnerables;  
los privilegios caían  
y los derechos alzábanse.

De aquel imponente drama  
se acercaba el desenlace,  
que, apoyado en su grandeza,  
se alzó el Monarca arrogante.

—Sólo dos cosas, barones,  
en esta querella os valen;  
que empené al Rey de Castilla  
mi palabra de ayudarle,

y que mi propia prudencia,  
mi alto juicio, me retraen  
de marchar contra vosotros  
en ocasión semejante.



Que á no ser por esto, os juro  
por la prez de mi linaje,  
que en todo el mundo no habría  
muralla que os amparase;

ni montes, peñas, ni riscos,  
ni villas, ni baluartes,  
donde ocultaros pudiérais  
sin que de allí os arrojase.

Pues, por cada caballero  
que en vuestra defensa armárais,  
tres armara, en vuestro daño,  
y á más, todas mis ciudades.

Ya veis cuán poco me importan  
vuestros rebeldes ultrajes,  
cuando el derecho y la fuerza  
tengo á un tiempo de mi parte.—

Dijo el Rey, que era en sus iras  
como en su clemencia grande,  
y arrojó de una mirada  
á los nobles desteales.



XVIII

### Conquista de Murcia.

MURCIA que, frente á Castilla,  
se alzaba amenazadora,  
de Aragón ante las armas  
su altiva cabeza dobla.

Nompot, Elda, Crivillente,  
la torre de Calahorra,  
desde Alicante, á Villena,  
la tierra de Murcia toda,

se entrega, sin defenderse,  
al vencedor de Mallorca,  
que ya conquista los reinos  
sin desnudar la tizona.



Que á no ser por esto, os juro  
por la prez de mi linaje,  
que en todo el mundo no habría  
muralla que os amparase;

ni montes, peñas, ni riscos,  
ni villas, ni baluartes,  
donde ocultaros pudiérais  
sin que de allí os arrojase.

Pues, por cada caballero  
que en vuestra defensa armárais,  
tres armara, en vuestro daño,  
y á más, todas mis ciudades.

Ya veis cuán poco me importan  
vuestros rebeldes ultrajes,  
cuando el derecho y la fuerza  
tengo á un tiempo de mi parte.—

Dijo el Rey, que era en sus iras  
como en su clemencia grande,  
y arrojó de una mirada  
á los nobles desteales.



XVIII

### Conquista de Murcia.

MURCIA que, frente á Castilla,  
se alzaba amenazadora,  
de Aragón ante las armas  
su altiva cabeza dobla.

Nompot, Elda, Crivillente,  
la torre de Calahorra,  
desde Alicante, á Villena,  
la tierra de Murcia toda,

se entrega, sin defenderse,  
al vencedor de Mallorca,  
que ya conquista los reinos  
sin desnudar la tizona.



Que cuando el trotón de guerra  
don Jaime, gallardo, monta,  
con la veste de brocado  
sobre su brillante cota;

cuando revuelve el rendaje  
con la diestra vencedora  
y el dragón de su cimera  
sobre un mar de hierro asoma,

tiemblan de espanto los moros,  
y de tal prestigio goza,  
que ahuyenta á sus enemigos  
de su corcel con la cola.

Los infantes Pedro y Jaime,  
el Vizconde de Cardona,  
los del Temple y Santiago  
y el Hospital con sus tropas;

Guzmán y Alonso García,  
con su castellana escolta;  
Moncada, Arnaldo de Gurb,  
Obispo de Barcelona;

Alagón, Luna y Urrea,  
En Carroz, los Anglesolas,  
los Rocafull, el de Ampurias  
y Bernardo Vilanova;

doscientos almogavares  
y los hombres de Tortosa,  
del invencible Monarca  
las brillantes huestes forman.

Mientras se armaban las tiendas,  
tres veces la gente mora  
cerró contra los cristianos,  
tres veces huyó en derrota.

Y abroquelada en sus muros,  
abatida y temerosa,  
ni embiste á los sitiadores  
ni sus ataques afronta.

Viendo Jaime que en la plaza  
no hay fuerzas que se le opongan,  
al moro alguacil envía  
embajada misteriosa,

diciéndole que en su tienda  
se presente, sin demora,  
que á la salvación de Murcia  
aquella entrevista importa.

Acude el moro; el Monarca  
con llaneza generosa  
le acoge, y á los sitiados  
promete misericordia:

en nombre del rey Alfonso,  
si se rinden les otorga  
parte en la ciudad y huertas,  
y á más sus mezquitas todas.

Pero si tercios resisten,  
con el rayo de su cólera  
jura tornar en pavesas  
sus murallas orgullosas.



Tres veces al campamento  
volvió la embajada mora,  
y al cabo á los pies de Jaime  
cayó una nueva corona.

Pero al repartir á Murcia  
estalla viva discordia  
entre los hijos de Cristo  
y los hijos de Mahoma.

Aquéllos, de una mezquita  
que está del alcázar próxima,  
quieren hacer una iglesia;  
los infieles se alborotan

y las bases asentadas  
en los convenios invocan;  
á Jaime acuden, mas Jaime  
á los cristianos apoya.

Crúzanse las embajadas,  
los mensajes se emponzoñan,  
ruge, oculta en las conciencias,  
tempestad horrible y sorda.

Y, para abreviar razones,  
el Rey don Jaime convoca  
á cincuenta caballeros  
y á los hombres de Tortosa,

y manda que aquella hueste  
se mantenga armada y pronta  
para entrar á saco en Murcia,  
si la iglesia no le otorga.

Al ver que, á tamaño precio,  
quieren las armas católicas  
comprar la iglesia, de espanto  
la ceden los de Mahoma.

Que en aquella edad de luchas  
no era hazaña monstruosa  
cimentar con sangre el ara  
del Dios de misericordias.

De aquel gigantesco siglo,  
la fe voraz, invasora,  
era océano sin dique  
que al rodar todo lo arrolla.

EN hombros de cuatro nobles,  
que disputaron tal honra,  
envuelta en nubes de incienso  
y en los rayos de la aurora;

sobre unas andas de plata,  
llenas de luces y joyas,  
de la Santa Madre Virgen  
se alza la imagen hermosa.

y en torno de ella, se agrupan  
cual resplandecientes olas  
de colores y reflejos,  
las legiones vencedoras.



Los templarios con sus mantos  
de nieve, que al aire flotan;  
los heraldos, con sus vestes  
blasonadas y ostentosas;

los briales de brocado  
que martas y armiños forran,  
junto á los sayos de cuero  
y las estameñas toscas;

mantos, gonelas, perpunte,  
dalmáticas, albas, cotas,  
insignias, armas, blasones,  
conjunto espléndido forman;

De Cartagena el Obispo  
precede al de Barcelona;  
sembradas de pedrería  
llevan las mitras y estolas;

con ricos broches prendidas,  
sobre las bordadas orlas,  
las anchas capas pluviales  
de magníficas estofas.

De la procesión las luces,  
que ante el sol pálidas flotan,  
como no alumbran, parecen  
lluvias de piedras preciosas,

Enhiestas llevan los clérigos,  
que santas preces entonan,  
las cruces episcopales  
que el sol desde Oriente dora;

y por cima de los yelmos,  
sueltas al aire, tremolan  
las banderas de Castilla,  
de Aragón y Barcelona.

De las desnudas espadas  
las resplandecientes hojas,  
cual haces de vivos rayos  
fúlgidas llamas arrojan.

A pie, detrás de las andas,  
camina la corte toda,  
y á pie don Jaime y sus hijos  
van, en actitud devota,

sin aparato guerrero  
y sin cortesanas pompas,  
que el Rey ofreció á la Virgen.  
el honor de la victoria.

Por eso en triunfo la llevan  
como á su Reina y señora,  
y los príncipes del mundo  
le van sirviendo de escolta.

Por el campo se derrama  
solemne y majestuosa,  
la procesión, como un río  
que de su cauce desborda.

Y al són de los atambores  
y de las guerreras trompas,  
los soldados de don Jaime  
los altos muros coronan.



Los monjes, la clerecía,  
el Rey, la corte, las tropas,  
cruzan las calles de Murcia  
y en la mezquita se agolpan.

No bien, como en trono excelso,  
los sacerdotes colocan  
sobre el altar á la Virgen  
que dió á Jaime la victoria,

el vencedor de los Reyes  
al pie del ara se postra,  
y allí, al altar abrazado,  
como débil niño llora.

*Veni, Creator Spiritus,*  
cien voces al par entonan  
porque el soplo del Eterno  
baje á las profanas bóvedas.

La cristiana melodía  
llena el templo de Mahoma;  
de los guerreros las frentes  
cual mar de espigas se doblan;

por entre nubes de incienso  
sube la oración católica,  
y los cielos se entreabren...  
la mezquita se transforma.

Retumba el himno en el coro,  
los héroes de hinojos lloran...  
y el espíritu de Cristo  
por las anchas naves flota.



XIX

## El Concilio de Lyon.

UNA del nombre cristiano,  
Jerusalén, ciudad santa;  
si te olvido, que el olvido  
se apodere de mi alma.—

Así, Teobaldo Visconti,  
dijo á Sión, al dejarla;  
sustentar quiere sus votos,  
hoy que ciñe la tiara.

Y, á fin de unir con la griega  
la santa Iglesia romana,  
para lanzar contra Oriente  
la mayor de las cruzadas,

en Lyon, ciudad augusta,  
famosa entre las de Galia,  
á los griegos y latinos  
á magno Concilio llama.



La catedral de San Juan,  
la insigne Iglesia primada,  
que de la antigua basilica  
en el solar se levanta,

y en tiempo de Carlomagno,  
se vistió de nuevas galas;  
la que en sus piedras contiene  
toda la historia de Francia,

bajo las góticas cimbras  
de su alta nave cristiana,  
verá juntarse el Concilio  
más grandioso de que hay fama.

Suena en las torres el *Angelus*;  
es la hora señalada,  
y los Padres se congregan,  
á la tibia luz del alba.

A trechos, rasga del muro  
las sombras gentil ventana,  
en cuyos pintados vidrios  
las imágenes diáfanas

de ángeles y santos, brillan  
cual si en el éter flotaran;  
cual si á través de las piedras  
entrarse la gloria á ráfagas.

Filigranado triforio  
ciñe las naves gallardas,  
cual los encajes guarnecen  
de los Prelados las albas.

Bajo un dosel de brocado  
que en el coro se levanta,  
se alza el Papa, en alta silla  
con embutidos de nácar.

De paño de oro de Otranto  
luce la espléndida capa,  
de amatistas y zafiros  
y de diamantes cuajada.

En oro de Ofir prendida  
de su anillo la esmeralda,  
fulgura, cuando bendice,  
como un rayo de esperanza.

Bordados lleva de perlas,  
los guantes y las sandalias;  
su pectoral vale un reino,  
y un imperio su tiara.

Y delante del Pontífice,  
en prueba de honra más alta,  
se sientan los Cardenales  
y los griegos Patriarcas.

Allí está Buenaventura,  
sol de la Iglesia Romana,  
por Gregorio revestido  
con la púrpura sagrada.

El dominico Moerbek,  
penitenciario del Papa,  
docto en la divina ciencia,  
cuanto en las ciencias humanas.



Y en torno, en luengos escaños  
tapizados de escarlata,  
venerables Arzobispos,  
Obispos y Abades se hallan,

que en las almas y en los rostros  
llevan rasgos de la patria,  
nieblas de Albión en las frentes,  
sol de Grecia en las miradas;

vago estupor en los ánimos  
de los prodigios del Asia,  
en las venas y en la mente  
destellos del sol de España;

música y luz en los labios  
del mar y el cielo de Italia,  
ó en el africano espíritu,  
ascetismos de Tebaida.

Juntas entrambas iglesias,  
que adverso cisma separa,  
se agrupa en torno del Padre,  
la gran familia cristiana.

La fe, de aquellas edades,  
vida, inspiración y alma,  
palpita en aquellos pechos,  
de aquellas frentes irradia.

¡Imponente es la Asamblea,  
magnífica, extraordinaria;  
jamás, en Concilio alguno,  
se juntó grandeza tanta!

Allí están, con las de Europa,  
de Oriente las embajadas,  
la de Miguel Paleólogo  
junto á la del Kan Abaga.

Los maestros de las Ordenes,  
junto al Canciller que manda,  
para jurar obediencia  
á Gregorio, el de Alemania.

Las cabezas venerables  
de Obispos y Patriarcas,  
por el sacerdocio unguidas,  
por la ancianidad nevadas,

por el pensamiento excelsas,  
por el rango soberanas;  
por el incienso y la aurora  
ceñidas de niebla y ráfagas;

las luengas capas pluviales,  
sobre las vestes moradas;  
los broches de orfebrería,  
las resplandecientes placas

que adornan mitras y estolas  
quirotecas y sandalias;  
los radiosos pectorales,  
los báculos de oro y plata:

las blancas nubes de incienso,  
el resplandor de las lámparas,  
el perfume de las flores,  
el rumor de las plegarias,



el reflejo de los vidrios,  
el eco de las campanas...  
¡todo aquel mundo simbólico,  
de Dios y los cielos habla!

Mudos, esperan los Padres  
de Gregorio la palabra;  
pero de su trono al lado,  
se alza una silla dorada;

silla tal, junto á tal trono,  
sólo un Rey puede ocuparla:  
Rey tan grande, que le esperan;  
Rey tan altivo, que tarda.

Pero, á deshora, en el atrio  
suenan clarines y cajas,  
descabalgando de guerreros,  
gritos del pueblo entusiastas.

Y entra en el templo don Jaime,  
de cuatro reinos Monarca,  
descollando entre sus nobles,  
como entre arbustos la palma.

Blancos están sus cabellos,  
y están sus barbas tan blancas,  
que entre el oro de su veste,  
semejan raudal de plata.

Brillante corte le cerca,  
magníficas son sus galas,  
y apuestos como ningunos,  
los caballeros de España.

De todos los soberanos  
que al Concilio llamó el Papa,  
sólo el de Aragón acude  
á presentarle su espada;

y como es su gloria inmensa  
y es universal su fama,  
vivo murmullo, á su paso,  
por la nave se levanta.

Jaime atraviesa el concurso,  
besa el anillo del Papa  
y ocupa, junto á la suya,  
la regia silla dorada.

El Santo Padre, que sólo  
al de Aragón esperaba,  
se alza y dirige al Concilio  
su evangélica palabra.

El socorro de los pueblos,  
y de los reyes reclama  
para rescatar de manos  
de infieles la Tierra Santa:

evoca el divino espíritu  
del insigne Luis de Francia,  
y el entusiasmo sublime  
de las edades pasadas.

A su voz, enardecido,  
el rey Jaime se levanta  
y ofrece á tan alta empresa,  
los cuatro reinos que manda;



el diezmo de sus Estados  
promete á tan justa causa,  
y, si á Oriente va el Pontífice,  
llevar á Oriente sus armas.

Pero ya el sublime espíritu  
de las conquistas se apaga;  
nadie el ejemplo secunda  
del aragonés Monarca;

de Bullón y de Tancredo  
se extinguió la excelsa llama;  
¡murieron con Luis el Santo  
las glorias de las cruzadas!

El miedo torpe, balbuce,  
la duda, vacila ó calla,  
y hasta el maestro del Temple,  
se opone á la guerra santa.

El de Aragón, despechado  
de tal desaliento, exclama:  
—Santo Padre: pues que todos  
dudan, se oponen, ó callan,

marchar podemos, si os place.  
—Id del cielo con la gracia:—  
responde el Papa, y bendícele.  
Don Jaime á sus nobles llama.

Barones—dice:—partamos;  
con lo que ofrecimos basta;  
que por Nós, queda bien puesto  
el honor de toda España.—

Va á salir, mas se detiene;  
por señas á un paje llama,  
que una corona de oro  
lleva en un cojín de grana;

le hace que con él se acerque  
hasta la silla del Papa;  
al cual dice el Soberano  
con voz firme y reposada:—

—“Nuestro padre, el Rey En Pedro,  
que gloria en los cielos haya,  
mereció que el Papa mismo,  
en Roma le coronara:

„por si, á ejemplo de Inocencio,  
nos hacéis honra tan alta,  
trajimos esta corona,  
con oro y piedras labrada.”—

—“Pedro Segundo, el Católico,  
fué tributario del Papa;  
si imitáis á vuestro padre,  
se os otorgará esa gracia.”—

Dijo el Pontífice; airado  
contestó el Rey:

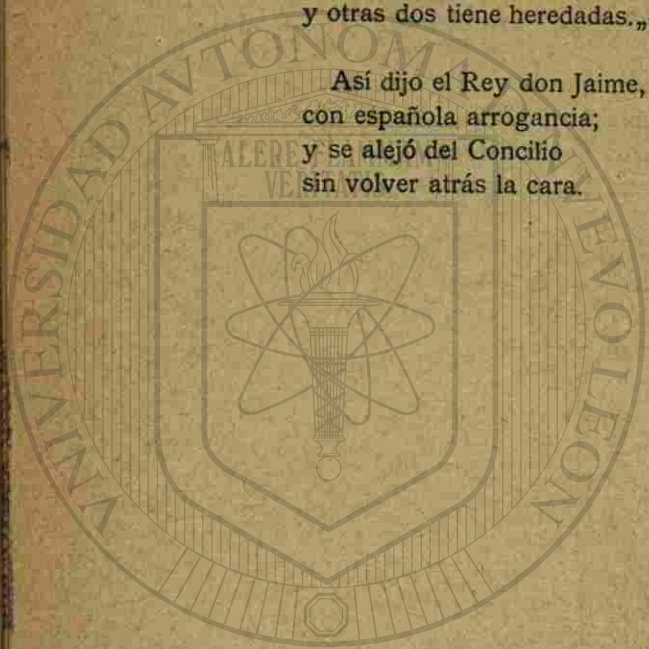
—“Si no bastan  
á vuestros ojos, los hechos  
de nuestras armas cristianas

„para merecer tal honra,  
renunciamos á lograrla;  
que no es bien que pague el pueblo  
vanaglorias del Monarca.”



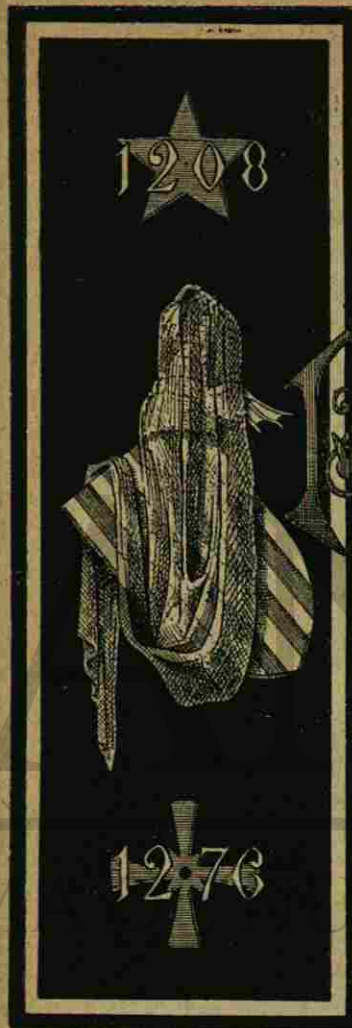
„Nos iremos sin corona,  
que no ha de hacerle gran falta  
á quien tres ganó en el campo,  
y otras dos tiene heredadas.”—

Así dijo el Rey don Jaime,  
con española arrogancia;  
y se alejó del Concilio  
sin volver atrás la cara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XX

## MUERTE DEL REY

E nuevo el reino de Jaime  
se parte en opuestos campos;  
de nuevo se alzan en armas  
los nobles, nunca domados.

Rebelde contra su padre,  
Fernán Sánchez, el Bastardo,  
recibe en Pomar la muerte  
de orden de Pedro, su hermano.

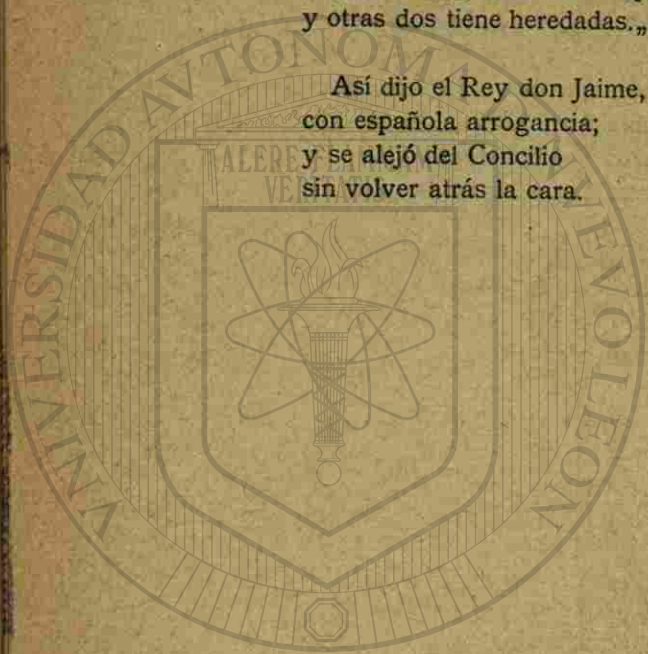
La corona de Navarra  
disputa Pedro á Fernando,  
mientras Felipe, el Hermoso,  
viene á combatir con ambos.

Aben-Yucef, de Marruecos,  
llama á las armas, en tanto,  
y cruza el Estrecho, al frente  
de una nube de africanos.



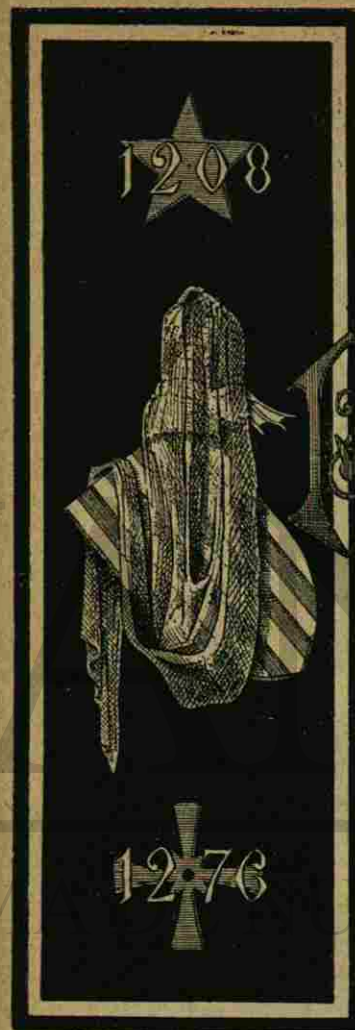
„Nos iremos sin corona,  
que no ha de hacerle gran falta  
á quien tres ganó en el campo,  
y otras dos tiene heredadas.”—

Así dijo el Rey don Jaime,  
con española arrogancia;  
y se alejó del Concilio  
sin volver atrás la cara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XX

## MUERTE DEL REY

E nuevo el reino de Jaime  
se parte en opuestos campos;  
de nuevo se alzan en armas  
los nobles, nunca domados.

Rebelde contra su padre,  
Fernán Sánchez, el Bastardo,  
recibe en Pomar la muerte  
de orden de Pedro, su hermano.

La corona de Navarra  
disputa Pedro á Fernando,  
mientras Felipe, el Hermoso,  
viene á combatir con ambos.

Aben-Yucef, de Marruecos,  
llama á las armas, en tanto,  
y cruza el Estrecho, al frente  
de una nube de africanos.



El hijo del rey don Jaime,  
el arzobispo don Sancho,  
parte á combatir infieles,  
y halla la muerte á sus manos.

Con el sueño del imperio  
desvanecido, el Rey Sabio  
marcha en pos de una quimera,  
y abandona sus Estados.

En Villa Real expira  
el infante don Fernando,  
y la herencia de sus hijos  
usurpa don Sancho el Bravo.

Al-Azarach, de Valencia  
á los moros sublevando,  
siembra por doquier la muerte,  
el incendio y el estrago.

Cien tormentas se desatan  
sobre los tronos cristianos;  
el aire engendra traiciones,  
las nubes abortan rayos.

Navarra, Aragón, Castilla,  
franceses y mahometanos,  
todos se retan de muerte,  
todos luchan sin descanso.

No hay amigo para amigo,  
no hay hermano para hermano,  
ni armas para tantos odios,  
ni á tantas armas espacio.

Los pendones de Aragón,  
nunca en el riesgo plegados,  
cayeron, junto á Luchente,  
deshechos en mil pedazos.

Y cuando más de su esfuerzo  
necesitan sus Estados,  
don Jaime, el sol de los Reyes,  
va de su vida al ocaso.

**S**ús, caballeros! ceñidme  
las armas; dadme el caballo,  
que Aragón yace vencido,  
mientras en el lecho yazgo!

¡A vengar voy su derrota,  
á vengar voy á don Sancho!  
¡Muerto me juzgáis los moros;  
ya veréis si vivo y mato!—

Así grita el rey don Jaime,  
que está doliente y postrado,  
queriendo alzarse del lecho,  
pero sin poder lograrlo.

—“¿Por qué me quitáis las fuerzas?—  
(exclama, de ellas exhausto),  
volviendo hacia Dios los ojos  
y al cielo alzando los brazos.



—“¡Mas no importa!”—dice luego  
con aliento sobrehumano.—  
Llevadme, en una litera,  
donde están esos bellacos;

„que delante, un caballero  
saque mi pendón al campo;  
veréis cómo, sólo al verme,  
huyen los moros de espanto.”—

Pero cuanto más se exalta  
el doliente Soberano,  
más al peso del espíritu  
se quiebra el terreno vaso.

**E**L vencedor de los Reyes,  
cubierto de toscos hábitos,  
yace en su lecho de púrpura,  
como estatua de alabastro.

En torno están los burgueses,  
ricos-homes y prelados,  
y los dos nobles Infantes,  
sus lágrimas ocultando.

—“Pedro, Jaime—dice el Rey;—  
como quienes sois, amáos,  
y que no os separen nunca  
los palaciegos engaños.”—

Y tomando su tizona  
con la ya rígida mano,  
por última vez la mira,  
lentos los ojos de llanto;

y hacia el infante don Pedro  
su pálida faz tornando,  
le dice, al darle la espada,  
con acento firme y claro:

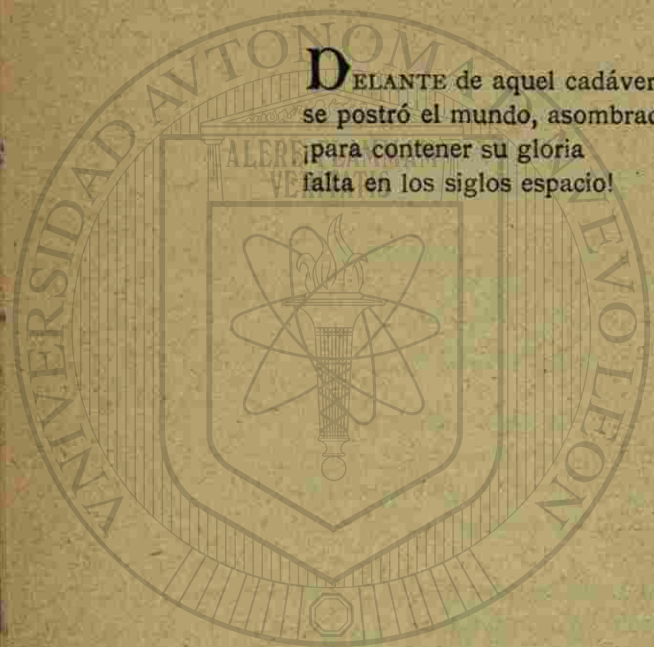
—“Toma, y lleva dignamente  
este hierro inmaculado,  
con el que gané tres reinos  
y puse á la tierra espanto.

„Ama y protege á tus súbditos,  
al humilde más que al alto;  
que el Rey que á sus pueblos ama,  
será de su Dios amado.”—

Dijo el Monarca; y al cielo  
los turbios ojos alzando,  
bendijo á los nobles Príncipes,  
que de hinojos se postraron.

Elevando una plegaria,  
cruzó en el pecho las manos...  
y la oración y la vida  
se extinguieron en sus labios.





**D**ELANTE de aquel cadáver  
se postró el mundo, asombrado:  
para contener su gloria  
falta en los siglos espacio!



XXI

## EL SIGLO XIII

IGLO de santos y herejes,  
de alquimistas y teólogos,  
de inquisidores y magos,  
de ascetas y de filósofos;

siglo de Tomás de Aquino,  
de Alberto Magno y Escoto,  
en que el Dante, como un astro,  
de la luz nació en el foco;

que engendró á Raimundo Lulio,  
doctor, poeta y astrólogo,  
disoluto, penitente,  
mártir, hereje y apóstol:

que vió, en la silla de Pedro,  
á Inocencios y Gregorios;  
y á San Luis y San Fernando  
y Alfonso Diez en el solio:



siglo de luto y de gloria,  
adorable y monstruoso,  
donde todo resucita,  
donde se confunde todo;

la escuela y el Municipio,  
la Inquisición y el cenobio;  
donde todo es gigantesco,  
indefinible y anómalo;

la liturgia en espectáculos,  
en la catedral los *momos*,  
*cortes de amor* en los templos,  
misticismo licencioso.

Las damas en los torneos  
viendo morir, en el polvo,  
la flor de los paladines  
en combates horrorosos:

fe que remueve los montes  
y eleva los templos góticos,  
esperanza, que se entierra  
viva, en monacal sarcófago;

caridad que pone el labio  
en las llagas del leproso,  
y renuncia al albedrío,  
por el santo amor del prójimo;

en las guerras el saqueo,  
la matanza y el despojo;  
en el claustro la pobreza,  
lanegación de sí propio;

coronando los altares  
los blasones orgullosos,  
el grifo, que es la soberbia,  
frente al humilde Ecce Homo.

Por el trovador la dama  
abandonando al esposo,  
las cortes de amor dictando  
fallos que causan sonrojos;

la licencia de los príncipes  
rompiendo sus matrimonios,  
la excomunión, como un rayo,  
cayendo sobre los tronos.

Como después del diluvio,  
por impulsos misteriosos,  
cauces se abrieron las aguas,  
seltas por el haz del globo,

tras el diluvio de sangre,  
tras el desorden caótico,  
se abren, por su propio esfuerzo,  
fronteras los pueblos todos;

la espada de los cruzados  
fuerza las puertas de oro  
del Oriente, y de su espíritu  
se exhala el divino soplo;

cual rayo de sol, fecunda  
de Europa el sangriento lodo,  
y, á miriadas, las ideas  
bullen, como vivo polvo:



el verbo, ansioso de formas,  
de pensamientos pletórico,  
rompiendo al fin toda valla  
se desata armonioso,

y nuestras modernas lenguas  
fluyen, en curso sonoro,  
de la lira, de la cátedra,  
del libro y del consistorio.

Roger Bacón, desde el claustro,  
ve con proféticos ojos  
en los cielos de su mente,  
del sol del progreso el orto;

precursor de Galileo,  
sintiendo girar el globo:  
—*E pur, si muove.*—En Segovia,  
murmura el décimo Alfonso.

¡Siglo de luz y de horrores,  
audaz y supersticioso,  
hecho con fuego y aurora,  
con mansedumbre y con odios;

si Dios, al juzgar los tiempos,  
volviese hacia ti los ojos,  
bastara para salvarte  
que viera, entre tus escombros,

el manto del mercenario  
de la mazmorra en el fondo;  
y escalando lo infinito,  
la aguja del templo gótico!

Encarnación gigantesca  
de su edad de bronce y oro,  
figura inmensa que tiene  
el Universo por fondo;

se levanta el Rey don Jaime,  
alto y vencedor en todo,  
que hunde la frente en los cielos  
si los pies tiene en el polvo:

don Jaime es el siglo trece,  
noble, valiente, fogoso,  
galante, sabio, altanero,  
excomulgado y devoto.

Libre, luchador, magnífico,  
grande en amores y en odios;  
de niño empuña las armas,  
vence en las lides de mozo;

corta á un Prelado la lengua  
y ofrece á un nido su apoyo:  
mientras empeña su escudo  
por un puñado de oro,

tan valiente como espléndido,  
conquista y regala pródigo,  
á la de Urgell su condado,  
y al Rey de Castilla un trono:

pídele auxilio el Pontífice  
y alianza Paleologo;  
y Castilla y Lombardía  
solicitan su socorro:



hallando la Europa estrecha  
para sus hechos heróicos,  
viejo, emprende una cruzada  
de nuevas glorias ansioso;

y al Oriente sometiera,  
á la faz del mundo atónito,  
si el mar no le rechazase,  
que el mar lo pudiera solo!

Con la espada ganó reinos,  
con la pluma escribió Códigos,  
y el *Libro de la Saviesa*  
de la suya testimonio;

dió ejemplo á sus campeones,  
consejos al Sabio Alfonso;  
vistió las mallas, la púrpura,  
y el sayal del religioso:

fundó escuelas, municipios  
y dos mil templos católicos;  
como el Dante, hizo una lengua  
de su dialecto sonoro;

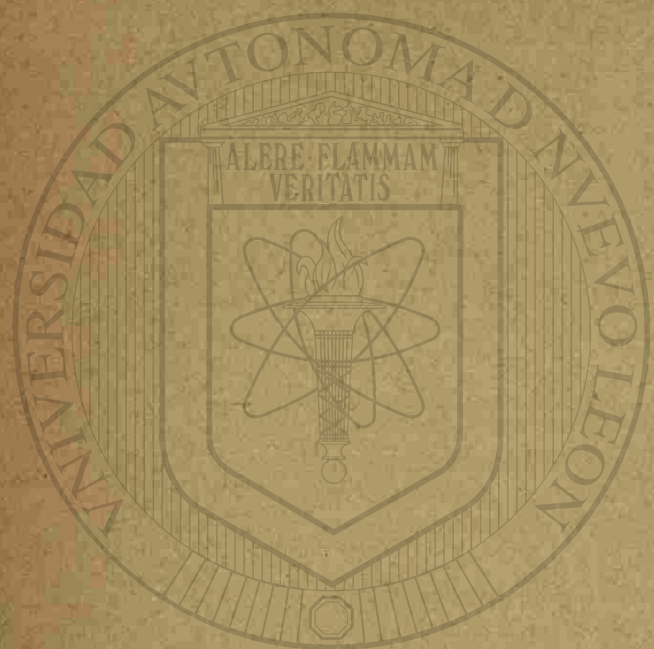
como César, de su vida  
trazó el gigante contorno,  
dejándonos en su *Crónica*  
de sus hechos el tesoro:

fué místico en las creencias  
y en la vida licencioso,  
y le sorprendió la muerte  
en el umbral del cenobio.

Fué azote de los altivos,  
de los débiles apoyo;  
mantenedor del derecho,  
de las edades asombro;

para sus pueblos, un padre;  
nuevo Cid, para los moros;  
para la leyenda, un santo;  
para la historia, un coloso.





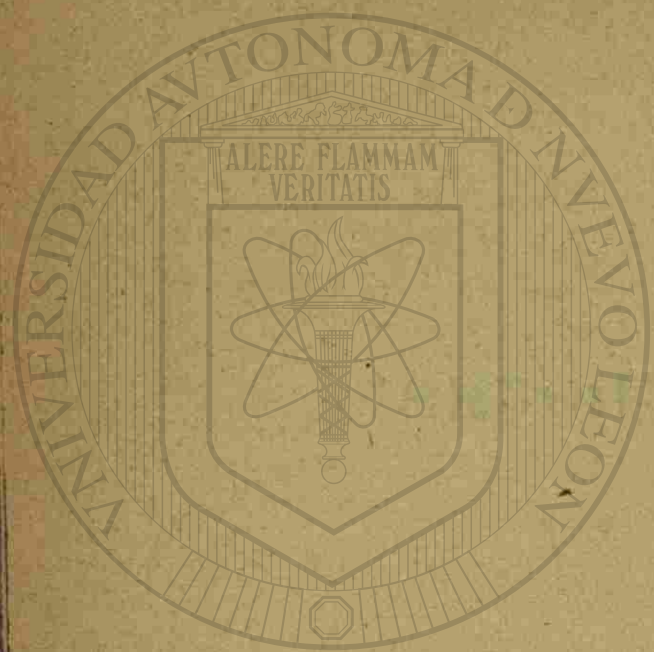
NOTAS  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







## Romance I

1.<sup>a</sup>

«Doña María la Santa...»

Esta Princesa, que según la Crónica de su hijo el Rey don Jaime, "fué llamada la Reina Santa por los que están en Roma, y por el resto del mundo", y en cuyo sepulcro es fama que se realizaron milagros, era hija de Guillermo VIII, señor de Montpellier, y de Eudocia de Comneno, hija del emperador Manuel.

## Romance II

1.<sup>a</sup>

«Y en tanto que Pedro el Noble  
lanzó el rayo de la ley  
contra herejes de la Marca...»

Véanse—*Constitutio Petri adversus hereticos*—*Marca hispánica*.<sup>®</sup>

2.<sup>a</sup>

«de Raimundo hermano fiel...»

Raimundo VI de Tolosa casó con una hermana de Pedro II de Aragón.



## Romance III

1.<sup>a</sup>

«Cumpliendo la dura regla  
que les impuso Bernardo...»

En los versos que siguen á éstos, hemos procurado mencionar fielmente los principales capítulos de la regla que dictó San Bernardo á los Templarios.

2.<sup>a</sup>

«.....  
Ramón á quien en sus brazos  
meció la noble Garsenda,  
sus propios versos cantando...»

Garsenda de Sabrán, heredera de esta ilustre casa, nieta de Guillermo IV, conde de Forcalquier, casó en 1193 con Alfonso II, conde de Provenza. Al comenzar el siglo XIII, durante las fiestas de Navidad, el palacio de Alfonso y de Garsenda, en Aix, se abrió para todo el pueblo, que acudía solícito á oír recitar, ó ver representar, los misterios compuestos por *la buena condesa Garsenda, de honrada memoria...* Debe señalarse á Garsenda de Sabrán un puesto de honor entre las poetisas provenzales. (Extraçtamos literalmente los anteriores datos del capítulo que, en su "Historia de los Trovadores", dedica el insigne literato señor Balaguer á la biografía de la ilustre Condesa.)

## Romance IV

1.<sup>a</sup>

«Y empuñando la Tizona...»

"... y tomando una espada que habíamos traído de Monzón, la cual tenía por nombre Tizó (ó Tizona), y *era de rara virtud para los que la llevaban...*, Así dice el mismo Rey en su Crónica (Capítulo CXXXII); y sabida es la predilección y hasta la veneración que los guerreros de aquellos siglos sentían por sus espadas, fieles compañeras de su vida y partícipes de sus glorias. El pomo de esta noble arma era en aquel tiempo verdadero relicario: el de Altaclara contenía: *un diente del señor San Pedro; sangre de San Basilio; cabellos de monseñor San Dionisio, y un pedacito de tela de la vestidura de la Virgen María.*—Joyosa, la espada de Carlomagno, encerraba en su pomo de oro *reliquias del cuerpo de San Honorio, del brazo de San Forge y cabellos de Nuestra Señora (Gaydon roman., siglo XIII).* Los héroes carlovingios hablaban á sus espadas, como hablaron los de la *Iliada* á sus caballos; y los nombres de Bautista, Altaclara, Joyosa, Flobergia y Durandal, se confundían con los de Fierabrás, Gaydon, Oliveros, Rolando y Carlomagno, en los poemas de aquella época; no es, pues, extraño que el Rey Conquistador atribuyera *rara virtud* á su gloriosa Tizona, que le acompañó desde Monzón hasta que en su lecho de muerte la entregó, como su más preciada herencia, á su hijo y sucesor Pedro el Grande.



## Romance V

1.<sup>a</sup>

«Ansi Dios me salve, hermanos...»

Tanto en este discurso que ponemos en boca del cautivo, como en todo el romance XVI, en que aparece la historia de los amores del Rey don Jaime con doña Teresa Gil de Vidaura, referida por un trovador contemporáneo; aunque aspirando á conservar con sus propias frases el corte y sabor genuinos de la antigua fabla castellana, hemos prescindido de la ortografía del siglo XIII, por parecernos que con envoltura semejante resultaría sobrado oscura, pesada y ampulosa una poesía que al fin es moderna, y que si llenara su objeto, había de ser de lectura más propia para el público en general, que para los eruditos y filólogos. Fuera de que, al proceder así, no hacemos sino seguir el general ejemplo.

2.<sup>a</sup>

«Dábanos pan de anifala...»

O sea "pan de afrecho", ó salvado, que tenía entre los moros el nombre de *anifala*. A propósito de éste y de los siguientes versos que tratan de los cautivos, véase la *Historia de la Literatura*, de Amador de los Ríos, tomo VI, segunda parte, capítulo XIV, donde habla del Códice de los *Miráculos romanzados de Santo Domingo*.

## Romance VI

1.<sup>a</sup>

«Con pardos paños de Jaca...»

«Había fábricas de paños en Jaca y Huesca; de paños y de otras telas en Montpellier, Valencia y Cataluña. En Valencia (después de la conquista) se reservaba don Jaime I el monopolio del tinte en escarlata y azul índigo...» (Fueros de Valencia, libro VIII. Tourtoulon: *Jacme 1.<sup>er</sup>, le Conquérant.*)

2.<sup>a</sup>

«cendales de mil colores...»

*Cendal* era una especie de tafetán, del que se hacían trajes para hombres y mujeres, banderas y oriflamas: esta tela solía ser lisa; la había también con listas y matices, con hojas y flores de oro sobrepuestas. (Viollet-le-Duc: *Dictionnaire raisonné du Mobilier français...*)

3.<sup>a</sup>

«brocados y tornasoles.»

Desde el siglo XII se fabricaban telas de tornasol, ó cambiantes que la leyenda suponía, ya tejidas en una isla habitada sólo por mujeres, á las cuales dirigían las hadas en su trabajo, ya fabricadas por enanos en encantados países. La procedencia de ésta, como de todas las telas suntuarias de la época, era oriental... (Viollet, *íd. id.*)



4.<sup>a</sup>

«luce un brial de examito»

El *examito* (en latín *examitus*) era una tela tupida de seda, compuesta de seis hilos, generalmente blanca, verde ó roja, y usada sólo por la nobleza; de esta tela, también de origen oriental, y entretejida á veces con oro ó plata, se hacían cubiertas de libros, vainas de espadas, briales, mantos y las sobrevestes que llevaban los caballeros sobre la armadura de mallas... (Viollet-le Duc, *íd.*) *Brial de xamyt se vistie*. (Vida de Santa María Egipciaca: A. de los Ríos., loc. cit.)

5.<sup>a</sup>«Desplieganse en las banderas  
cendales y singlatones...»

El *singlatón* ó *cisclatón* era un tejido muy semejante al examito, importado también de Oriente, pero que llegó á fabricarse con éxito en Almería; tanto, que los singlatones de España gozaron de merecida fama... (*Roman d'Alexandre*, siglo XIII.)

«Y no puede dejar de ser que sus armas vuelen por los aires, y que cendales, cisclatones y tafetanes no sean destrozados...» (*Serventesio de Beltran de Born, Historia de los Trovadores*, por D. V. Balaguer.)

## Romance IX

1.<sup>a</sup>«... que hallándose en Tarragona  
el Rey don Jaime, Dios quiso...»2.<sup>a</sup>«Y de Aragón los Monarcas,  
tan nobles como benignos...»

El retrato moral que hemos tratado de hacer aquí de los Reyes de Aragón, está inspirado en la Crónica de Ramón Muntaner.

## Romance XI

1.<sup>a</sup>«.....  
ante un rico altar portátil,  
de jaspe, con anchas orlas  
de oro.....»

Los altares portátiles se componían de una losa de mármol, ó de cualquier otra piedra dura, tal como jaspe, ágata, etc., encajada en una orla ó marco de cobre cincelado, ó esmaltado, de plata sobredorada, etc.

Estos altares se transportaban, generalmente, encerrados en cofres de madera, ó estuches de cuero, ornados con los blasones del personaje á quien pertenecían.

El inventario del duque de Anjou menciona uno de estos altares. (Viollet-le-Duc, loc. cit.)

## Romance XII

1.<sup>a</sup>«... pasan los almogavares,  
los hijos de las montañas...»



A propósito de los almogávares, véanse las Crónicas de Muntaner y Desclot.

## Romance XIV

1.<sup>a</sup>

«cuyo extenso manto verde,  
cual de rico *tailesán*.»

*Tailesán*.—Tela generalmente verde, de que se hacían los mantos de los príncipes.

2.<sup>a</sup>

«Vela tu noble cabeza  
con el flotante *listam*.»

*Listam*.—Velo que llevaban pendiente del casco los guerreros musulmanes.

## Romance XV

1.<sup>a</sup>

«Almazares de escarlata»

*Almazares*.—Túnicas.

2.<sup>a</sup>

«Almunafas como céfiros»

*Almunafas*.—Velos que usaban las mujeres.

3.<sup>a</sup>

«... que el hijo de Pedro el Noble  
mandaba ya en cuatro reinos.»

Por más que Cataluña se llamase Condado, en aquella época (y sólo en aquella época) bien podía considerarse como otro reino, tanto más si tal nombre se daba al de Mallorca.

## Romance XIX

1.<sup>a</sup>

«... trajimos esta corona  
con oro y piedras labrada.»

Esta corona, según dice el Rey en su Crónica, le costó más de cien mil sueldos torneses.

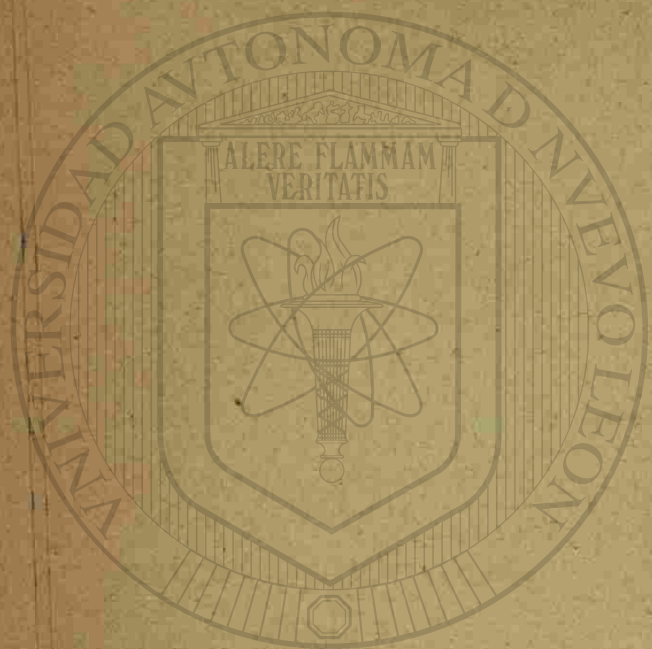
2.<sup>a</sup>

«Pedro Segundo, el Católico,  
fué tributario del Papa...»

El impuesto que Pedro II prometió á Inocencio III, era de doscientos *mazmodines juceftes*, por año.

FIN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

	Páginas.
I.—Tradición.....	1
II.—Jaime.....	7
III.—Monzón.....	17
IV.—La fuga.....	31
V.—La Merced.....	37
VI.—Bodas reales.....	51
VII.—Los ricos-homes.....	61
VIII.—Muerte del mesnadero.....	71
IX.—El banquete.....	79
X.—La flota.....	91
XI.—Sitio de Mallorca.....	103
XII.—¡Al asalto!.....	117
XIII.—El Puig de Santa María.....	137
XIV.—Cercos de Valencia.....	157
XV.—La rendición.....	177
XVI.—Relato de un trovador.....	197
XVII.—Por la espada y por la ley.....	203
XVIII.—Conquista de Murcia.....	215
XIX.—El Concilio de Lyon.....	223
XX.—Muerte del Rey.....	233
XXI.—El siglo XIII.....	239
Notas.....	247





